

# PETROS MÁRKARIS

inédito

Un caso del comisario  
**JARITOS**  
y otros relatos clandestinos

Un mundo de novela ... [www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)

**Un mundo de novela ...**  
**[www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)**



Nueve relatos, nueve casos policíacos en los que se ven involucrados inmigrantes albaneses, de países del Este o subsaharianos, en los que intervienen asesinos, sicarios, viejos racistas o camareros, que se desarrollan en Atenas, en los prolegómenos de la cita olímpica de 2004. Historias como el asesinato de tres árabes en las inmediaciones de las instalaciones olímpicas o el que comete un camarero sudanés tras ganar una quiniela muestran la cara más sórdida y grotesca de la actual sociedad griega.

Petros Márkaris

# **Un caso del comisario Jaritos y otros relatos clandestinos**

Kostas Jaritos - 04

Título original: *Balkan Blues*

Petros Márkaris, 2005

Traducción: Ersi Marina Samará Spiliotopulu

Editor digital: Titivillus



**INGLESES, FRANCESES  
Y PORTUGUESES...**

## Noche primera: Francia 0 - Grecia 1

—¡Despierta, Seitaridis, que se te escapa Henry...! Menos mal que ha ido fuera. No lo haces mal, pero aún te falta mucho... ¡Délas, eres un genio! ¡Le has quitado hasta los calzoncillos a Zizou! ¡Fissas, gilipollas! ¿Estas son horas de regatear? No me extraña que el Panathinaikós te mandara al Benfica... Karagunis, a por Basinás. ¡Cambia de táctica! ¡Que no, Vrisas, que no! ¿Dónde has aprendido a jugar? ¡Por eso acabaste en la Fiore...! Zagorakis, qué grande eres, menuda finta sobre Lizarazou... Muy bien, al centro, al centro, figura, al centro... Sí... sí... A Jaristeas... ¡Gool! ¡Gol! ¡Gol! ¡Gooooool!

El que grita y se desgañita es Fanis Uzunidis, médico cardiólogo responsable del Servicio de Cardiología del Hospital Estatal General de Atenas, mi médico de cabecera y novio no oficial de mi hija. Conocí al doctor Fanis Uzunidis en el Estatal General hace cuatro años, y nuestra relación significa mucho para mí. Al forofo de fútbol acabo de conocerlo esta noche, y mi relación con él no me dice nada.

—Si no te calmas al final tendremos que llevarte a tu propio hospital con un infarto —le digo.

—Si llegamos a las semifinales, ¿a quién le importa el corazón? —Y como si quisiera ilustrar sus palabras, grita—: ¡A por Lizarazou, Basinás! ¡Pilla a Lizarazou!

—¿Y todos esos consejos que nos dais a los pacientes para que no nos alteremos?

—Pero ¿a qué viene tanto hablar de medicina? —contesta irritado y sin apartar la mirada de la caja tonta.

—¡Déjale ya que vea el partido en paz! —interviene Adrianí—. ¿Ahora te ha dado por charlar? Y pensar que cuando estamos solos tengo que sacarte las palabras con pinzas...

La idea de que Fanis viniera a nuestra casa a ver el partido fue de Adrianí. Hasta se ofreció a cocinar para él. Yo propuse encargar *suvlakis*, porque es lo que se hace cuando hay partido, o al menos eso dicen mis ayudantes. «Esta noche en casa, *suvlakis* y fútbol por la tele». Lo repite Dermitzakis todos los miércoles, desde septiembre hasta mayo. Pero Adrianí no quiso ni oír hablar del tema. «No vamos a servir *suvlakis* a Fanis. Deja, prepararé algo ligero, sin salsas. Será más fácil de comer y a ti no se te indigestará con los nervios del partido». Hizo albóndigas y tarta de calabacín. Deliciosos, aunque el *suvlaki* tiene un encanto especial, no se puede negar.

Fanis no deja de consultar su reloj.

—¡Cinco minutos, muchachos! ¡Cinco minutos más y estamos en la semifinal! —grita.

Desde la calle llega el estruendo de pitidos rítmicos y ensordecedores.

—¿Qué están celebrando? ¡Hasta el último segundo no hay nada escrito! —comenta Adrianí, que sigue viendo el partido en la tele—. ¡Eso es cantar victoria antes de tiempo!

—Pero bueno, ¿es que no pitas? ¡Pita, campeón! —suplica Fanis—. ¿Es necesario que agotes hasta el último segundo de descuento? ¡Un puñetero sueco! ¿A qué esperas? —Se ve que el sueco le ha oído y se ha enfadado, porque lo atormenta con un minuto más de partido antes de señalar el fin del encuentro—. ¡Hemos pasado! ¡Hemos pasado! ¡Estamos en las semifinales! —Fanis, de pie y con los puños en alto, da saltos de entusiasmo. Quién podría imaginar que este hombre hacía electrocardiogramas y libraba recetas médicas por la mañana. Me agarra del brazo y empieza a tirar de mí—. ¡Venga, vámonos!

—¿Adónde?

—¡A Omonia, a Sintagma, a donde sea! Esta noche arderá Atenas, comisario.

—Ni arderá ni es asunto nuestro.

Me mira como si no diera crédito a sus oídos.

—¿Vas a quedarte en casa un día como este?



—¡Tiene razón! —le secunda Adrianí—. ¿Cuándo fue la última vez que celebramos una victoria? Basta con contar las bofetadas que nos dieron en Chipre y en Imia<sup>[1]</sup>.

No lo dice porque quiera celebrarlo, sino porque para ella nuestro matrimonio es como una partida de cartas en la que siempre ha de alinearse con mi oponente, como si yo fuera la banca. Decido dejarlo pasar y participar sin ganas en la celebración nacional, sobre todo para no decepcionar a Fanis.

La calle Protesilau aún está en calma. Sólo unos cuantos coches pitan rítmicamente. Los bocinazos empiezan a cobrar fuerza entre Ifikratus y Filolau. Al mismo tiempo, aumenta el gentío que aúlla y agita banderas. Con penas y trabajo logramos avanzar hasta el cine Palas, pero allí el movimiento de coches y peatones se detiene por completo.

—¡Cuidado, no nos separemos! —grita Adrianí, y se agarra a mi brazo. Cinco metros más adelante Fanis agita una mano.

Un grupo de jóvenes que llevan la bandera griega a modo de capa pasan de largo entonando:

—¡Franceses, cabrones, seremos campeones!

Uno de ellos me da una palmada en el hombro.

—¡Muy bien hecho, abuelo! ¡Hay que salir a celebrarlo! ¡Menuda fiera, el yayo!

Un hombre de mi edad, a quien zarandean de un lado al otro, comenta emocionado:

—El pueblo unido jamás será vencido, señor mío. El pueblo unido jamás será vencido.

No sé si es el entusiasmo del griego que gana, aunque sea una partida de chaquete, o el entusiasmo del poli ante una manifestación pacífica, pero la cosa es que empiezo a disfrutar. Pero es mi sino: nueve de cada diez veces el principio de la diversión acarrea también su fin. Noto que Adrianí me tira de la manga.

—Te suena el móvil.

Debido a la insistencia de Adrianí, por un lado, y, a las quejas del departamento y las broncas de Guikas, que me llamaba dinosaurio con busca, por otro, acabé comprándome un móvil para que me dejaran en paz. Generalmente, es Adrianí o mis ayudantes quienes lo oyen sonar. Al final me

compraré un Hyundai, para no ser un dinosaurio con Mirafiori.

Me llevo el teléfono al oído y me tapo el otro con un dedo, a ver si consigo oír algo. La voz de Vlasópulos llega del más allá.

—Comisario, tiene que ir al Estadio Olímpico enseguida. Es muy urgente.

—¿Por qué? ¿Se ha venido abajo el techo de Calatrava?

—Puede, no tengo ni idea. Sólo sé que son órdenes del director. Él también va.

—Ven a buscarme con un coche patrulla. Te esperaré en la esquina de Formiónos con Ymitú. Es que si no, no llegaré nunca. Hay mucha gente.

Dejo a Adrianí al cuidado de Fanis y me largo. El Palas está a cinco manzanas de la esquina de Formiónos, pero tardo tres cuartos de hora en llegar. El coche patrulla ya está esperándome.

—¿Cómo has venido tan rápido? —pregunto extrañado.

—Pedí un coche de Tráfico de Kesarianí.

Sonríe y espera un elogio por su ingenio, pero se queda con las ganas. El conductor enfila hacia Zografu para salir a la avenida Kifisiás, ya lejos del centro, y tomar la calle Spiru Luis desde Marusi. Por suerte, el camino está despejado, en Spiru Luis hay el tráfico de siempre y llegamos al OAKA<sup>[2]</sup> en un cuarto de hora.

En la entrada me espera un cincuentón alto de cara bronceada. Tan ansioso está, que se apresura a abrirme la puerta del coche como si fuera el portero de un hotel.

—Kalavritis, ingeniero.

—Comisario Jaritos. ¿Fue usted quien nos llamó?

—Sí. Acompañeme, le enseñaré el motivo.

Le sigo al interior de las instalaciones olímpicas y en la penumbra vislumbro la mole del estadio y el techo de Calatrava en las alturas. A la izquierda, unas instalaciones provisionales recuerdan las casetas de tiro de los parques de atracciones.

—Están construyendo las cantinas —explica Kalavritis. Después señala algo parecido a una enorme valla—. Este es el muro de las naciones. Sobre él proyectarán imágenes y dará la sensación de estar en movimiento.

—¿Por qué no dejamos la visita turística para otra ocasión? —señalo.

Se recupera de inmediato de su delirio constructor.

—Tiene razón. Ya hemos llegado.

Me encuentro ante un lago enorme, con fuentes en el centro. Aún no lo han llenado, y el suelo a su alrededor está levantado. Los focos del fondo se encienden de repente y el espacio queda iluminado.

—Mire —dice Kalavritis, señalando un lugar fuera del lago.

Por entre la tierra removida asoma una mano con los dedos abiertos, como si estuviera insultándonos<sup>[3]</sup>.

—Llama a la científica —le indico a Vlasópulos, que está a mi lado—. Y al forense. —Vlasópulos se va corriendo y yo me vuelvo hacia Kalavritis—. ¿Quién lo encontró?

—Los obreros albaneses que están plantando. —Y señala unos árboles raquíticos metidos en unos hoyos redondos como pozos—. Vieron una mano que salía del agua y me llamaron enseguida. Mañana deberíamos echar cemento en la plaza circundante, frente al muro de las naciones que le decía. Detuve los trabajos enseguida, metí a los operarios en una caravana para que no pudieran hablar con nadie más y llamé a la policía.

—Muy bien hecho. Ahora, llame a un par de obreros para que excaven.

—¿No va a esperar a su director? Dijo que está de camino.

—¿Por qué habría de esperarle? No será él quien coja la pala.

—No, pero... a lo mejor quiere estar presente cuando saquen al cuerpo.

—¿Cómo sabe que va a haber un cuerpo? —Me mira sorprendido—. Quizá sólo hayan enterrado la mano —le explico.

La idea le produce un evidente alivio y suspira murmurando «ojalá». Cuando se dispone a salir en busca de los obreros, le detengo.

—Preferiría obreros que no sepan griego —le digo.

Se echa a reír.

—Ninguno de ellos habla griego. Llegan de noche en autocar desde Albania y por la mañana ya empiezan a trabajar, para terminar las obras a tiempo para las Olimpiadas. ¿Cuándo iban a aprender el idioma?

Ahora que me he quedado solo, observo la mano con más atención. Mi idea inicial no parece muy probable. La tierra alrededor está excavada hasta una profundidad considerable, y si sólo estuviera la mano, se habría caído o, al menos se habría inclinado a un lado. Mucho me temo que, cuando excaven un poco más, encontraremos el cuerpo que sostiene la mano. Rodeo el lago.

El lado opuesto linda con un arco metálico que se extiende paralelo al techo de Calatrava, formando algo similar a un largo paseo cubierto. Parece que por el otro lado las obras ya han terminado. De repente, se me ocurre que los que plantaron la mano no la dejaron asomar por error, sino porque querían que la descubriéramos. Pero ¿por qué? ¿Por qué llamar la atención hacia alguien que, sin lugar a dudas, has asesinado y, con toda seguridad, has enterrado ilegalmente? Tal vez averigüe más cuando desenterramos al muerto.

Kalavritis aparece bajo el arco metálico, acompañado de un par de albaneses provistos de palas y azadas. Les enseño cómo deben cavar alrededor de la mano, para que no golpeen accidentalmente el cadáver y lo desmiembren. Poco después empieza a asomar un cuerpo que, a primera vista, parece masculino.

—¡Mala suerte! —dice Kalavritis, decepcionado—. Hay un cadáver.

No le contesto porque, mientras tanto, yo había cambiado de opinión y ya me esperaba el hallazgo. Cojo una de las palas y enseño a los albaneses cómo quitar la tierra que cubre el cuerpo sin golpearlo. Así llegamos a desenterrar a un hombre de unos treinta y cinco años, completamente desnudo y con el pelo negro y rizado. Tiene los ojos cerrados y el antebrazo izquierdo pegado al muslo. La mano que nos insultaba era la derecha.

Sobre el vientre desnudo del muerto habían escrito con pintura negra: «Al Qaeda».

—¡No! —susurra Kalavritis a mi lado—. ¡Dios mío, eso no!

Yo no digo nada. Me quedo mirando la víctima desnuda de Al Qaeda insultándonos.

## Noche segunda: Grecia 1 - Chequia 0

El agente americano está de pie detrás de Guikas, director de Seguridad y jefe mío, que tan pronto nos mira a nosotros como al tráfico de la avenida Alexandras a través de la ventana. A Guikas no le gusta nada tenerlo a sus espaldas, pero no puede evitarlo. En uno de los dos sillones que están delante del escritorio de Guikas se sienta Stavrópulos, el forense que ha hecho la autopsia de la víctima de Al Qaeda. El otro lo ocupo yo.

El agente americano se llama no-sé-qué Parker; no me acuerdo de su nombre de pila. Tiene unos treinta y cinco años, es alto y lleva el pelo rapado. Luce un traje de lino de color claro, una camisa azul marino y corbata. Me parecería más normal encontrármelo en una sucursal del Banco Nacional que en el despacho de Guikas.

Parker se da la vuelta detrás de Guikas y mira a Stavrópulos.

—*So, tell me again* —indica.

—Ya se lo he dicho —responde Stavrópulos en inglés—. Ese hombre murió de causas naturales.

—*I don't believe it. There must be some mistake.*

Cada palabra del agente irrita más a Stavrópulos.

—No hay ningún error. El hombre murió de un infarto.

La conversación se desarrolla en inglés. Yo lo hablo con muletas, Guikas y Stavrópulos, con bastón, y Parker, sobre patines. Cualquiera le da alcance.

Entre nosotros: al americano no le falta la razón. ¿Cómo creer que ese tipo al que desenterramos desnudo, con la mano derecha en alto y las palabras «Al Qaeda» escritas en la barriga, falleció de muerte natural? Las mismas dudas corroen a Guikas.

—¿Está seguro de haber descartado cualquier otra posibilidad, señor Stavrópulos? —pregunta en griego.

—Completamente, señor director.

—Cuéntelo con todo detalle en inglés, a ver si le convencemos.

—No hallamos rastros de estrofantina ni de estricnina en su organismo. Llenamos la cavidad torácica con agua, pero no aparecieron burbujas, lo cual elimina la posibilidad de que le inyectaran aire para provocarle un infarto.

—Nada de eso sería necesario —interviene Parker—. Pudieron matarle clavándole una aguja directamente en el corazón. Una mujer de Richmond acabó así con su marido.

—Quedaría un hematoma —aduce Stavrópulos de inmediato—. Lo buscamos, pero no había nada de eso.

—Según el ADN, era árabe —insiste Parker.

—También los árabes sufren infartos —replica Stavrópulos.

—Que yo sepa, sería la primera vez que un atentado terrorista produce una muerte natural —intervengo yo con mi inglés cojo.

Parker no me hace el menor caso, como si hubiera dicho la mayor tontería del mundo, y se dirige a Guikas.

—Quisiera que uno de nuestros forenses examinara el cadáver.

Guikas está en un aprieto. Se vuelve para mirar a Stavrópulos, quien se encoge de hombros con indiferencia.

—Que lo examine. No encontrará nada más.

Guikas no está del todo convencido.

—Debo informar al ministro, Fred. —Así recuerdo el nombre de pila del americano.

—*Listen, Nic.* ¿Qué tratamos de evitar? Que el presidente propague la noticia de que Atenas no es segura para los viajeros. ¿Te imaginas lo que pasaría? Los primeros en no venir serían nuestros atletas. Nadie quiere echar a perder los Juegos. El presidente, tampoco. Créeme.

Guikas tiene que tragarse el «Nic», además del chantaje. Llama al ministro. Le cuenta en pocas palabras lo que quiere el americano y se queda esperando instrucciones. Al final, dice «gracias, lo entiendo», y cuelga el teléfono. Luego se vuelve hacia mí.

—Me ha dicho que haga lo que pide este, no vaya a ser que la prensa

extranjera nos acuse de falta de seguridad cara a los Juegos Olímpicos. — Acto seguido se dirige a Parker—: Vale, el ministro lo aprueba —anuncia en tono agrio.

Parker se vuelve hacia Stavrópulos con una sonrisa radiante.

—El forense Garner estará con usted dentro de una hora. —Ve que nos hemos quedado de piedra y sigue sonriendo—: Estábamos seguros de su colaboración, por eso le llamamos ayer, para ganar tiempo —explica. Luego le da una palmada a Guikas en la espalda—. *Thanks, Nic.*

Por un lado, lo siento por Guikas. Por otro, recuerdo que cuando volvió de un seminario de seis meses con el FBI, hablaba maravillas de los sistemas y los métodos yanquis. Pues ahora que apechugue.

—¿Qué hemos hecho hasta ahora? —pregunta Parker sin dirigirse a nadie en particular.

Guikas se vuelve hacia mí y espera que me explique.

—Estamos seguros de que el muerto no trabajaba en las obras. Nadie le conocía. Ahora tenemos que averiguar quién era, dónde vivía y dónde trabajaba, si es que lo hacía. Y eso llevará su tiempo. —Todo esto en un inglés macarrónico.

—Nada de eso es suficiente ni prioritario —dice Parker—. No nos importa quién era. Lo que nos urge averiguar es quiénes tienen relación con Al Qaeda en Grecia y han querido enviarnos un mensaje. Ya deberíamos haberlo investigado. —Después se dirige a mí por primera vez—: No eres lo bastante rápido —suelta—. *You are not fast enough.*

—No le hagas caso, tú a lo tuyo —interviene Guikas. Pero no habla en inglés, para apoyarme, sino en griego, para consolarme.

Me levanto sin pronunciar palabra y salgo del despacho. Si me despidiera de los otros dos sin hacerlo de Parker, sería una grosería. Así que decido no despedirme de nadie.

Mis dos ayudantes, Vlasópulos y Dermitzakis, están en el Departamento de Extranjería tratando de averiguar la identidad del muerto que insultaba. Un pelotón de policías está peinando los lugares que frecuentan los emigrantes ilegales con la absurda esperanza de tener doble suerte: primero, que alguien le reconozca, y segundo, que quiera admitirlo.

El comentario de Parker me ha cabreado y opto por largarme para evitar

estallidos inoportunos. Pido un coche patrulla y voy al OAKA, a ver si descubro algo que se me escapara la noche en que encontramos el cadáver. El tipo murió de muerte natural, de acuerdo, pero alguien pudo burlar las medidas de seguridad para enterrarlo junto al lago. Quien lo hizo ha de tener un pase y trabajar en las obras.

—¿Puede darme la lista de los conductores acreditados de las obras? —le pido a Kalavritis, el ingeniero que me recibió la primera noche y que casi se ha convertido en mi cicerone permanente.

—Por supuesto. ¿Le serviría de algo?

—Alguien metió al muerto en el recinto. Es muy probable que fuera un conductor. Lo cargó en el camión y entró, convencido de que nadie le detendría. También me gustaría hablar con todos los obreros que trabajan en el lago, excepto con los que encontraron el cadáver. A esos ya los interrogamos.

—¡Necesitaré un intérprete! —advierde riéndose—. Son todos albaneses. Le mandaré a Sotiris, el capataz que habla albanés.

Me acompaña a un despacho prefabricado y me trae la lista. Mientras le echo un vistazo, me doy cuenta de mi esperanza secreta: encontrar nombres de conductores árabes. Quedo decepcionado porque no hay ni uno. Son todos griegos.

Pronto llegan los primeros albaneses con Sotiris, el capataz, un muchacho que rondará los veinticinco. La foto del muerto no les dice nada, y tampoco han visto actividades sospechosas. Los únicos camiones que se acercan al lugar donde ellos trabajan son los que llevan los árboles y los que cargan cemento.

Los albaneses se suceden, Sotiris va traduciendo sus palabras, pero yo sigo sin averiguar nada nuevo.

—¿Eres de Albania? —le pregunto.

—No, soy de Lárissa.

—¿Y cómo has aprendido el idioma?

—De un albanés que me dio clases. —Se fija en mi mirada de asombro y se echa a reír—: Empecé a estudiarlo cuando todavía estaba en Formación Profesional, porque comprendí que serían los albaneses quienes construirían las instalaciones olímpicas. Salí de la escuela con el título de capataz y



sabiendo albanés. Durante estos últimos cuatro años me ha ido de fábula. Está en mi curriculum: «Idiomas extranjeros: inglés y albanés».

Dos horas más tarde, cuando ya sé que no voy a descubrir nada nuevo, suena el móvil. Es Guikas.

—Ven, el americano quiere hablar con nosotros.

El coche patrulla ya se ha ido y tengo que coger el autobús. Tardo tres cuartos de hora en llegar al despacho de Guikas. El único nuevo en el grupo es otro americano, un cincuentón con barba y camiseta, quien ha cogido una de las sillas de la mesa de reuniones y se ha sentado junto a Stavrópulos. Deduzco que es Garner, el forense americano. Stavrópulos me dirige una mirada de satisfacción.

Garner es el primero en hablar.

—Estoy de acuerdo con mi colega —dice en inglés—. Ese hombre murió de un infarto.

Tres pares de ojos se dirigen simultáneamente hacia Parker, como si hubiéramos estado esperando este momento. Nuestras miradas y el callejón sin salida en que nos encontramos le enfurecen, y se revuelve hacia Guikas como una fiera.

—*This is foul play, Nicos* —dice—. Al Qaeda está preparando algo y no sabemos qué. Me sentiría más tranquilo si hubiese sido una bomba humana o un cadáver decapitado. Porque al menos es lo habitual. *Is standard terrorist procedure*. ¿Una víctima del terrorismo que ha muerto por causas naturales? *Something big is going on*. Están preparando algo gordo.

—Por gordo que sea, no ha habido ningún crimen —intervengo yo.

Se vuelve y me mira como si acabara de detectar mi presencia y el hecho le molestara sobremanera.

—So? —pregunta.

—So, en Grecia no se puede investigar un crimen que no ha llegado a cometerse.

—Pero podemos aumentar las medidas de seguridad. —La observación va dirigida a Guikas, no a mí—. Es preciso colocar más cámaras en la calle. ¿Cuántas hay de momento?

—Unas doscientas cincuenta.

—Necesitamos más. Quiero ver a los responsables de los sistemas de

seguridad dentro de un cuarto de hora. *Fifteen minutes*.

En realidad, yo ya habría podido marcharme, porque la seguridad no es asunto mío. Pero veo que Guikas me indica que me quede. Se van Stavrópulos y Parker. Los responsables de Seguridad para los Juegos Olímpicos llegan al cabo de una hora, y cuando han decidido en qué puntos es necesario reforzar las medidas, son casi las once y media.

Saco el Mirafiori del garaje de la jefatura y emprendo el camino a casa. La ciudad está tranquila y desierta. De no ser porque todas las ventanas están iluminadas, se diría que es el 15 de agosto. De vez en cuando pasa algún autobús o taxi apresurado. En cuanto doblo por Spiru Merkuris, un grito sale de todas las ventanas a la vez. Al principio, me parece inarticulado. Sólo a la tercera distingo la palabra «gol».

Al llegar a la altura del parque, las calles se han llenado de gente que grita y agita banderas. Un viejo que conduce un Mercedes de los años setenta saca la cabeza por la ventanilla y aúlla:

—¡Es una vergüenza! ¡Ni cuando la Liberación había tantas banderas<sup>[4]</sup>!

El Mirafiori avanza centímetro a centímetro. Poco antes de llegar a la esquina con Eftijidu el tráfico se colapsa por completo y quedo atrapado entre coches que pitan rítmicamente y griegos abanderados que vitorean:

—E-e-e... o-o-o... ¡Campeones...!

En medio de este pandemonio no sé cuándo ha empezado a sonar el móvil, pero en un momento dado consigo oírlo.

—¿Dónde estás, papi? —dice la voz de Katerina en el otro extremo.

—Estoy atrapado entre Spiru Merkuri y Eftijidu, y creo que estaré aquí unas cinco horas.

—¡Muy bien, pues ahora vamos contigo!

—¿Y tú dónde estás? —pregunto, porque había creído que me llamaba desde Salónica.

—En Atenas. He llegado esta mañana. No podía ver la semifinal contra Chequia sola en Salónica. Me habría dado algo.

—No salgáis de casa. Esto es un infierno.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo vamos a quedarnos en casa una noche como esta? ¡Todo el mundo está en la calle!

Cuelgo y decido esperar. De todas formas, tampoco puedo ir a ninguna

parte. Me sentía muy orgulloso de que mi hija abogada saliera con un médico cardiólogo. Una letrada con un científico, la pareja ideal. ¿Cómo iba a imaginar que ambos son, ante todo, forofos del fútbol? Insondable, el alma humana.

Tres jóvenes empiezan a golpear el capó del Mirafiori entonando al ritmo:  
—¡Grecia, seguro, a Portugal dale duro!

El Mirafiori puede morir de muerte natural esta noche, como el cadáver que insultaba.

## Noche tercera: Portugal 0 - Grecia 1

Entre sueños oigo la melodía de «Vamos como entonces» y creo encontrarme en la Plaka de mi juventud o en Kaníoglu de Nea Filadelfia a principios de los años sesenta. La canción suena una y otra vez, como si quisiera arrastrarme a bailar un vals, cuando oigo la voz de Adrianí a mi lado:

—Despierta, te suena el móvil.

Me incorporo sobresaltado y, aún medio dormido, busco el botón. Diez segundos después consigo oír la voz de Vlasópulos.

—Comisario, hemos encontrado otro cadáver. En la Estación del Norte. Pasaré por su casa en diez minutos.

Menos mal, porque el Mirafiori está en cuidados intensivos después de las bofetadas que le dieron cuando ganamos a Chequia.

Consulto el despertador de la mesilla, que indica las seis y cinco. Me levanto de la cama. Adrianí ha vuelto a pillar el sueño, pero debo despertarla para comunicarle el cambio de planes. Habíamos quedado en ir al aeropuerto para despedir a Katerina y Fanis, que salen para Lisboa. Fanis removió cielo y tierra, recurrió a sus contactos y consiguió dos pasajes en un vuelo chárter para la final.

—Después de tantos años con Fanis, nunca habíamos viajado al extranjero —se justificó Katerina.

—Id, hija mía. Aunque podríais haber empezado por Estambul y Santa Sofía, como todo el mundo.

Vlasópulos me espera con el coche patrulla delante de la puerta. Hace sonar la sirena, aunque sólo por cumplir el expediente, porque las calles están vacías.

—¿Dónde lo habéis encontrado? ¿En el Intercity?

Me mira y se echa a reír.

—No. Ya verá.

En diez minutos llegamos a la Estación del Norte, aunque Vlasópulos pasa de largo y se detiene un poco más allá, delante de un flamante convoy de la nueva línea de cercanías.

—¿Lo metieron en un tren de cercanías? —pregunto, atónito.

—Sí, antes de estrenarlo. Se ve que querían inaugurarlo.

Junto al tren hay dos coches patrulla y una ambulancia. Subo al vagón y me topo con Parker, el agente americano. Está de pie en medio del paso y conversa en voz baja con Guikas.

Prefiero no cabrearme a primera hora de la mañana y opto por echar un vistazo al muerto antes que nada. Es un tipo moreno, de rostro enjuto y con un bigotito fino. A primera vista me parece paquistaní, aunque bien podría ser un tamil de Sri Lanka; cualquiera los distingue. Está desnudo, como el muerto del OAKA, y en su pecho lampiño han escrito con rotulador verde: «Ansar Al Islam.» Tiene la mano derecha en alto con los dedos abiertos, como si estuviera insultándonos. Stavrópulos y Garner se inclinan sobre él y lo examinan detenidamente. Seguro que, mientras estaba vivo, el pobre jamás había recibido tantas atenciones.

—*You know what this means: Iraq, Al Zarqawi!* —suenan la voz enfurecida de Parker a mis espaldas.

Me vuelvo y veo que se acerca con Guikas. Como se la tengo jurada desde nuestro último encuentro, ni siquiera me digno a responder. Dirijo una mirada interrogadora a mi superior.

—Es la organización que secuestra y ejecuta extranjeros en Irak. Zarqawi es el líder —me explica.

—A ése ya podía haberle llamado más tarde, al menos trabajaríamos tranquilos —le digo, señalando a Parker.

—Te comprendo, pero son las órdenes. Si existe la menor sospecha de un atentado terrorista, hay que avisar inmediatamente a los americanos.

Stavrópulos y Garner ya han terminado e intercambian opiniones en voz baja. Mientras, espero a que Stavrópulos quede libre para hacerle algunas preguntas preliminares, me aborda el jefe de estación.

—Disculpe, comisario. ¿Tardarán mucho?

—¿Tiene prisa?

Me mira ansioso.

—Es que habíamos programado un recorrido de prueba con el señor ministro de Transporte y Comunicaciones. Llegará dentro de una hora, con la prensa.

—Cambien de convoy.

—Será difícil. Los otros no están a punto.

—Entonces, cancelen el viaje.

—¡Imposible! —exclama aterrorizado—. Buscan cualquier pretexto para acusarnos de no estar preparados.

—¿Qué quiere que le diga? Aunque a lo mejor al señor ministro le apetece viajar con un muerto que insulta.

Me toma por chalado y opta por marcharse. Stavrópulos ya ha dejado de hablar con Garner, y me acerco a él.

—¿Alguna conclusión?

—Sí. Al menos exteriormente no se aprecian indicios de agresión. No le dispararon, ni le acuchillaron, ni le estrangularon, ni tiene magulladuras.

—Más de lo mismo, entonces. Éste también murió de muerte natural.

—Eso parece, aunque te lo confirmaré cuando hayamos hecho la autopsia.

Es evidente que Parker está manteniendo la misma conversación con Garner porque, en cuanto terminan, se dirige rápidamente a Guikas.

—¿Recuerdas lo que te comenté el otro día, Nic? —dice en inglés—: *This is big*.

—Ha redactado una lista y quiere que procedamos a detener a unos islamistas —me explica Guikas en griego.

—Pues adelante. A lo mejor así nos deja hacer nuestro trabajo en paz.

—¿Y si decide enviar unos cuantos a Guantánamo?

No sé qué responder y le miro en silencio. Los fotógrafos han empezado a fotografiar el cadáver y la científica está peinando el suelo. Dejo a los técnicos a lo suyo y bajo del tren. Vlasópulos ha traído al tipo que encontró el cadáver, un hombre de unos treinta y cinco años, encargado de los equipos de limpieza.

—En realidad no lo encontré yo —dice—. Abrí las puertas para que entraran los equipos a limpiar y poco después oí gritos. Lo descubrió una de las mujeres.

—Cuando echaste un vistazo, como dices, ¿no viste a un tipo sentado haciendo un gesto obsceno?

—No, yo subí en la cabina del conductor y el muerto estaba en el último vagón. No había mucha luz y tal vez no me fijé.

—¿Cuánto tardó en entrar el equipo de limpieza desde que abriste la puerta?

Piensa un poco.

—Un cuarto de hora, más o menos.

—¿Y mientras tanto el convoy quedó sin vigilancia?

Se encoge de hombros.

—¿Qué podía pasar? ¿Que robaran los asientos y las puertas automáticas?

Quizá sea cierto que no vio al muerto, pero lo más probable es que quien fuera subiese al tren mientras las puertas estaban abiertas y el convoy, sin vigilancia.

La mujer de la limpieza sigue conmocionada y le cuesta hablar. Subió al vagón por la puerta de delante y vio a una persona que la insultaba. Al principio, le tomó por un bromista. Cuando se dio cuenta de que estaba en cueros y muerto, empezó a gritar y echó a correr. Punto final. Su testimonio apoya la hipótesis de que el muerto subió al tren en el cuarto de hora en que éste quedó sin vigilancia.

Vlasópulos interroga al resto del personal, aunque no averigua nada importante. Todos coinciden en que debieron de meter el cadáver por la parte de atrás de la estación, que por la noche queda desierta. Nadie vio ningún camión, de modo que debieron de traerlo en un coche pequeño. El hecho de que allí estuvieran aparcados camiones grandes cargados de mercancías facilitó las cosas a los autores. Escondieron su coche detrás de los camiones y esperaron el momento oportuno para bajar al muerto y llevarlo hasta el tren.

No me queda nada más por hacer y me dirijo a mi despacho. Durante todo el trayecto rezo por no volver a encontrarme con Parker. Parece que Dios atiende mis oraciones, a pesar de estar ocupado a jornada completa en ayudar a nuestro equipo a ganar el euro, como llamamos a la copa para abreviar,

influidos por la moneda.

Mi despacho está tranquilo. Una de dos: o los periodistas no han oído todavía lo sucedido o intuyen la importancia del caso y corren directamente a hablar con Guikas, dejándome a mí en paz. Cinco minutos más tarde suena el teléfono. Es Stavrópulos.

—El hombre murió de tuberculosis —dice—. Los pulmones están hechos polvo.

—¿Cuándo falleció?

—Calcula unas cuarenta y ocho horas. Más adelante lo sabremos con mayor precisión.

No puede ser, de un momento al otro saltará la buena noticia. Es cuestión de tiempo. Llamo a mis dos ayudantes.

—Pedid fotografías del segundo muerto al laboratorio y peinad los hospitales. En alguno de ellos debían de tratarle la tuberculosis.

Vlasópulos y Dermitzakis se marchan y yo informo a Guikas.

—O sea, que esta vez tampoco hay víctima.

—Depende. Si buscamos una víctima de asesinato, no la hay. Pero si se trata de la profanación de un cadáver, eso ya es otro cantar.

—¿Tú qué piensas?

—De momento, nada. A primera vista, parece un atentado terrorista, aunque hay algo que no encaja y todavía no sé qué es.

—Tendré que informar a Parker.

—De eso ya se ocupará Garner. Estaba presente en la autopsia.

—Tienes razón. Cada uno a lo suyo. Nos pasamos de serviciales.

Me echo a reír y Guikas me observa cariacontecido. Sé que hemos entrado en la fase que exige más paciencia. Seguro que tardaremos días en llegar a alguna parte. Pero la suerte está de mi parte y Dermitzakis llama al cabo de dos horas.

—Le hemos localizado, comisario. En el Sismanoglio.

Entro en el ascensor para subir a informar a Guikas, luego se me ocurre que podría toparme con Parker, pulso el botón de parada y vuelvo a bajar.

Últimamente recorro tanto a los coches patrulla que ya me veo trasladado a Intervención Inmediata. Dermitzakis me espera en la escalinata del Sismanoglio y juntos nos dirigimos al despacho del director. Con él está el



médico que examinó al muerto cuando ingresó en el hospital.

—Le trajeron una noche porque expectoraba sangre —dice el médico—. Estaba muy mal.

—¿Cuánto tiempo se quedó en el hospital?

—Unas horas, supongo. Cuando volví a pasar, no estaba en su cama.

Da por sentado que conozco la razón y no se toma la molestia de explicármela. Muchos inmigrantes ilegales se escapan de los hospitales, por temor a que la dirección avise a la policía y sean deportados.

—¿Tiene sus datos?

—Los tengo yo —interviene el director ejecutivo y me tiende la ficha del paciente.

Se llamaba Zia Sharif y era paquistaní, nacido en 1970. En la ficha figuraba una dirección en Llosia. Enviaré a alguien a comprobarla, aunque hay muchas probabilidades de que sea falsa.

Indico al conductor del coche patrulla que me lleve a casa, aunque podría coger el autobús. Las calles están desiertas por la final contra Portugal.

Ya son las nueve. Adrianí está planchando en la cocina.

—¿No vienes a ver el partido? —pregunto—. ¿Quién sabe? ¡A lo mejor vemos a los chicos con las caras pintadas de azul y blanco!

Sostiene la plancha en el aire y me dirige una mirada severa.

—Claro, si no lo dices, revientas.

Pero deja la plancha y viene a sentarse a mi lado. Para ser sincero, sí que temo ver a Katerina y a Fanis pintados con los colores de la bandera y, de tanto en tanto, echo miradas furtivas hacia las gradas donde están los nuestros. A medida que avanza el partido mi humor mejora, no sé si por el entusiasmo de nuestros seguidores o por la multitud de banderas. Medio campo está lleno de banderas griegas, unas tendidas como pancartas y otras ondeando al viento. ¿Se habrá despertado mi patriotismo? A saber. Tantos años de izar y arriar banderas en la academia, alguna secuela habrán dejado.

Cuando marcan el gol me levanto de un salto y empiezo a aullar sin darme cuenta, quizá para suplir dignamente la ausencia de Fanis.

—¿Has visto? ¡Ha marcado el mismo que metió el gol contra Francia! —dice Adrianí—. Cómo se llama...

Yo no lo sé pero, justo en ese momento, el locutor pronuncia el nombre

de Jaristeas.

—¡Bravo, Jaristeas! —grita Adrianí con entusiasmo—. ¿Has visto? De cabeza, como ese día. ¡Menuda cabeza, hijo mío! ¡Un coco de hierro!

Mientras vuelven a mostrar la secuencia del gol, me parece ver a Katerina saltando, pero Dermitzakis interrumpe la escena.

—Nada, comisario. El paquistaní había dado una dirección falsa.

—¡Están jugando la Copa de Europa y tú me llamas para hablar del paquistaní! ¡Qué demonios! ¿Te has contagiado de Parker? Déjalo para mañana.

Y cuelgo el teléfono.

## Noche cuarta: La recepción

Vuelta al pasado. En 1987, cuando ganamos la Copa de Europa de baloncesto, yo estaba apostado delante del hipódromo con una unidad antidisturbios, esperando la llegada de las multitudes para poner freno a su entusiasmo. Diecisiete años más tarde me encuentro en el interior del estadio antiguo, al frente de una unidad de vigilancia, esperando la llegada de los campeones de Europa. Por primera vez en mucho tiempo vuelvo a llevar uniforme y me siento recién salido del baúl con la naftalina.

La recepción en el estadio estaba prevista para las siete. Son las ocho y el autocar con los campeones todavía no ha aparecido. Hace calor, y mi cabeza suda bajo la gorra. Me pongo en contacto con Vlasópulos, que está cerca del Eginitio.

—¿Alguna luz en el horizonte?

—No, y se rumorea que tardarán cinco horas en llegar al estadio.

—¿Cómo viajan? ¿En carreta de bueyes?

—En autocar, pero ha quedado rodeado por la multitud y avanza a diez kilómetros por hora.

El estadio está lleno a rebosar desde las cinco y eso me preocupa. Hasta el momento, no hemos tenido que intervenir ni una vez. La gente corea consignas y canta sin interrupciones ni intermedios. No paran ni para respirar. Con el paso de las horas empezarán a inquietarse y a buscar válvulas de escape. Ya suenan las primeras consignas en contra de los albaneses.

—¡Albaneses, capullos, acabaréis en el trullo!

—¡Sinvergüenzas! ¿Habéis venido para celebrar la Copa, o para insultar a gente que no os ha hecho nada? —grita un cincuentón a los jóvenes que están

sentados detrás de él.

—Ellos construyen las obras olímpicas por cuatro cuartos y nosotros les insultamos —añade el de al lado.

Los jóvenes pasan de todo y siguen coreando consignas contra los albaneses.

Un comisario baja del palco de autoridades y viene a mi lado.

—La cosa está que arde —dice—. El arzobispo y la alcaldesa están molestos con el retraso y nos culpan a nosotros.

También yo tengo los nervios de punta, porque no estoy acostumbrado a estar de pie y, pasadas ya tres horas, me duelen las piernas.

—Si no hubiese tanta gente, los traeríamos en helicóptero, pero así no podría ni aterrizar.

A nuestro alrededor las consignas se convierten en vítores y gritos de «aquí están los campeones», y finalmente los futbolistas entran en el estadio. Algunos aficionados entusiastas saltan al campo para abrazarlos, mientras los nuestros intervienen tratando de poner orden en el cotarro.

Algunas caras de los futbolistas me suenan, pero he olvidado la mayoría de los nombres. Al cien por cien, es decir, cara y nombre, recuerdo sólo a Zagorakis y al «alemán loco», como llaman los forofos a Rechangel. A medias, es decir, la cara sólo, recuerdo al «coco de hierro», como le llama Adrianí, el que metió el gol en la final.

Veo que el arzobispo baja del palco y me dispongo a escuchar la versión sacra de nuestro éxito futbolístico cuando suena mi radio.

—¡Ven enseguida a jefatura! —ordena la voz de Guikas—. Te mando un sustituto.

—¿Qué ocurre?

—Ven y lo verás.

Por su tono de voz ya adivino qué voy a ver. Llamo a Margaritis, director de la jefatura y amigo mío, para tratar de averiguar algo más.

—Pásate por aquí. No puedo hablar de esto por línea abierta —dice, con lo que mi preocupación aumenta exponencialmente.

Fuera del estadio impera el caos. Los seguidores fanáticos que han querido acompañar al autocar pretenden entrar en el recinto; mientras, los nuestros intentan disuadirlos, porque en el estadio ya no cabe ni un alfiler y

hay un gran alboroto. Tardo casi media hora en encontrar un coche patrulla disponible que me lleve a jefatura. Me recibe Margaritis en persona.

—Ahora entenderás por qué no podía hablar —dice, y me conduce ante una fila de pantallas de televisión.

Delante de las pantallas están sentados técnicos de paisano y entre ellos Guikas, que no aparta la mirada de los televisores.

—La tercera —me indica Margaritis.

Miro y veo a un hombre que insulta a la cámara. Está desnudo y tiene la mano derecha levantada, como los dos anteriores. Sin embargo, en este caso hay dos diferencias: en primer lugar, se trata de un hombre negro, y en segundo, no lleva nada escrito en el cuerpo. En cambio, lleva un cartel colgado del cuello.

—Nos la envió el zepelín hace un rato —prosigue Margaritis—. Hacía un vuelo de prueba cuando detectó a un tipo sentado en un banco y haciendo ese gesto obsceno.

—Enséñale toda la serie —interviene Guikas.

En la pantalla aparecen fotografías sucesivas del muerto sacadas desde distintos ángulos, pero no me interesan. Sólo me llama la atención el cartel.

—¿Pueden ampliar la imagen para ver qué pone? —pregunto a Margaritis.

El técnico que tengo delante empieza a pulsar las teclas del ordenador. La imagen se amplía hasta que puedo leer con claridad: «Hezbollah». Qué bien, la colección completa, para que todas las organizaciones queden satisfechas, pienso.

—¿Dónde le han encontrado? —pregunto a nadie en concreto.

El técnico vuelve a pulsar teclas. En la esquina inferior izquierda de la pantalla leo: «Calle Ermú, 20.20 h.»

—¡Y luego dicen que el zepelín no vale lo que cuesta! —comenta Guikas—. Los caza al vuelo.

Sí, los insultos mortuorios.

—¿A qué altura de Ermú? —pregunto al técnico.

—En el tramo que convirtieron en zona peatonal hace poco, de cara a las Olimpiadas. Pasada la plaza de los Santos Incorporóeos.

—Ya he dado orden que cerquen el recinto —anuncia Guikas—. Vete y

yo informaré a Parker.

—¿Es necesario?

Se vuelve y me mira con expresión agria.

—No quiero problemas, y menos justamente hoy, sólo porque a ti no te gusta colaborar —me espeta.

—Al menos, deme una hora de margen.

Aunque no me contesta, sé que me la concederá. Aviso primero al forense Stavrópulos y a la científica. Después llamo por radio a mis dos ayudantes y les indico que me esperen en la plaza de los Santos Incorpóreos.

Vamos por la avenida Alexandras para evitar el tráfico y, con la sirena en marcha, llegamos a la plaza en diez minutos. Vlasópulos y Dermitzakis ya están allí. Stavrópulos y la científica, aún no.

Desde la plaza accedemos al nuevo tramo peatonal de la calle Ermú, que termina a la altura de la avenida Pireo. A la derecha se alza un edificio neoclásico que está siendo restaurado. El muerto se encuentra sentado en un banco unos cuarenta metros más allá, de cara a una calle empinada provista de barandilla de madera que termina en una especie de rellano. En la fotografía no se apreciaba pero, visto al natural, parece dirigir su imprecación a alguien que está en el descansillo.

Aparentaba más edad que en la foto. Su cabello rizado empieza a encanecer. Tiene la boca entreabierta y le falta la mitad de los dientes inferiores. Debe de tener más de cincuenta años, aunque con los negros nunca se sabe. Es posible que su aspecto avejentado se deba a la dureza de su vida.

—¡Tampoco este tiene heridas visibles! —dice Stavrópulos detrás de mí—. Salvo que le hayan apuñalado por la espalda, pero lo dudo. —A pesar de todo, da la vuelta al banco para asegurarse—. Nada. Ni puñalada, ni tiro en la nuca. —Cuando se dispone a sacar sus instrumentos, yo le detengo.

—Llévalo al depósito ahora mismo. No perdamos tiempo.

Mientras trasladan el cadáver a la ambulancia, una limusina negra llega a toda velocidad y se detiene justo delante de nosotros. De su interior sale Parker.

—*Wait, wait* —grita, y corre hacia la ambulancia—. *I must have a look at him.*

—Esperad, quiere verle —indico a los camilleros.

Ellos dejan la camilla en el suelo y observan con curiosidad a Parker, que examina al muerto. La mano derecha del cadáver está insultando al aire. Stavrópulos le informa de que no hay indicios de violencia.

—Esto es de locos. *This is sick!* —exclama Parker, furioso—. Y la cosa irá a más, porque los islamistas están enfermos. —Luego se vuelve hacia mí—. ¡Y usted aún no ha hecho nada! —me recrimina—. *You have done nothing so far.*

—¿Por qué? ¿Lo ha hecho usted? —contesto, cabreado.

Tiene la respuesta preparada.

—Es su responsabilidad. *It's your job.* Nosotros sólo estamos aquí para ayudar. —Entonces me comunica que Guikas nos espera. *Now!* No sé si fue Guikas quien convocó la reunión o si se la impuso este.

Se ofrece a llevarme con la limusina.

—Gracias, pero he venido en un coche patrulla —respondo. Me ha ofendido cuanto ha querido y no pienso deberle el transporte.

Menos mal que se me ocurrió la brillante idea de mandar a Parker directamente al despacho de Guikas porque, nada más salir al rellano, veo a un pelotón de periodistas delante de mi oficina. A la tercera va la vencida. Las dos primeras veces conseguimos mantenerlo en secreto, pero parece que ahora alguien se ha ido de la lengua.

—¿Qué es esa historia del muerto en la zona peatonal, comisario?

—¿Es cierto que hace un gesto obsceno?

—¿Y que lleva colgado un cartel con el nombre de Hezbollah?

Intento pararles los pies.

—En estos momentos no puedo deciros nada.

—¿A qué viene tanto secretismo? —Se alza la voz indignada de un periodista de la televisión—. Se rumorea que no es el primero, que ya ha habido otros muertos antes.

—¿Hay sospechas de un atentado terrorista? —pregunta otro.

—Tened paciencia, se emitirá un comunicado oficial.

La promesa de un comunicado oficial los calma un poco y aprovecho la oportunidad para escaparme.

—¿Cómo se han enterado? —se extraña Guikas.

—Por jefatura —contesto—. Alguien fue al lavabo y aprovechó la

ocasión para hacer una llamadita.

Me mira en silencio. Parker, que no participa en esa conversación hecha en griego, nos interrumpe con una teoría nueva. Aunque me crispe los nervios, he de reconocer que es el único que tiene ideas.

—Estos cadáveres desnudos significan algo. Son un mensaje. *A message*.

—¿Qué mensaje? —pregunta Guikas.

—De la cárcel de Abu Graib —responde Parker en tono triunfal—. Las fotos más ofensivas de Abu Graib mostraban a iraquíes desnudos. Quieren recordárnoslos.

—Es una idea interesante —observa Guikas satisfecho, porque necesita desesperadamente agarrarse a algo.

—Hay algo que no encaja.

Parker se vuelve y me mira.

—¿Qué es lo que no encaja?

—El insulto. *This*. —Y levanto la mano con los dedos abiertos para dárselo a entender, ya que no sé cómo se dice «insulto» en inglés—. Este gesto obsceno de insultar es típicamente griego. Es imposible que la conozcan los árabes.

Parker tiene la respuesta preparada.

—Es para despistarnos. *They are trying to mislead us*. Esto indica que los autores viven en Grecia y la conocen. Hemos de averiguar qué iraquíes de los que viven aquí tienen parientes en Abu Graib.

De vuelta en casa, me encuentro con Katerina y Fanis, que deliran de entusiasmo por la victoria.

—¡Por lo poco que hemos podido ver, Lisboa es una ciudad preciosa! —dice Katerina—. ¡Y la gente, qué amable! Piensa, mamá, que a pesar de su derrota, nos estrechaban la mano y nos sonreían.

—¡Nosotros haríamos lo mismo! —sentencia Adrianí.

Me acuerdo de los jóvenes que insultaban a los albaneses en el estadio. Fanis quiere decir algo, pero Katerina le manda callar con un ademán.

—Me pareció verte dando saltos en la televisión —le digo.

—Ni sé lo que hice en medio del entusiasmo. Es muy posible que estuviera dando saltos.

—Todos saltábamos. ¡Sólo los imbéciles no saltaban! —apostilla Fanis.



Suena mi móvil y la conversación queda interrumpida.

—La causa de la muerte fue insuficiencia renal —anuncia la voz de Stavrópulos—. No se le podría calificar de víctima. Le faltaba un riñón. Es posible que se lo extirparan, o también que lo vendiera.

—¿Cuándo murió?

—Hace veinticuatro horas, más o menos.

De repente, comprendo qué es lo que no encajaba en la teoría de Parker. Los muertos no estaban desnudos para hacernos recordar Abu Graib. Estaban desnudos porque los habían robado, del depósito o bien de la funeraria.

## Epílogo: Vuelta a la rutina

Vuelta a la rutina. Katerina toma el tren de las ocho para Salónica y su doctorado. La acompaño a la estación, porque Fanis tiene turno de mañana. Hemos quedado en que vendrá a cenar esta noche. Katerina calcula que presentará su tesis dentro de seis meses y que luego volverá a Atenas, para gran alborozo de todos los interesados, sobre todo mío, porque por fin me libraré de los gastos que implica su estancia en Salónica.

De vuelta a la rutina. Forman parte de la misma los baches, las calles excavadas, los raíles del tranvía, las obras del periférico y las aceras levantadas. Me cuesta Dios y ayuda sacar el Mirafiori sano y salvo de estas trampas y conducirlo de una pieza hasta mi casa.

—Las nuevas aceras tienen carril para ciegos —anuncia Adrianí.

—Han confundido los cegatos con los ciegos.

—¿Por qué?

—¡A lo mejor en Grecia somos todos medio cegatos, pero no tenemos tantos ciegos como para que sean necesarias las aceras especiales!

Me fulmina con la mirada y coge el carrito para ir al mercado. Quiere comprar berenjenas para hacer *imam*, uno de los platos preferidos de Fanis.

Decido ir al trabajo en autobús, porque tenemos aceras para ciegos pero no carriles para cacharros y, si el Mirafiori se cae en una zanja, tendrán que sacarlo con escaleras mecánicas, que tanto se han puesto de moda.

Cambio de autobús y al cabo de media hora llego a Alexandras. Vlasópulos me ve pasar y corre detrás de mí.

—¡Le hemos localizado! —anuncia satisfecho—. Seguía una terapia en el Tzanio.

—Llámales y diles que quiero hablar con el director del Departamento de Diálisis.

El director es un cuarentón que se llama Meskos. Nos espera en su despacho, con el historial clínico del africano abierto encima de su escritorio. Lo toma para hojearlo.

—Se llamaba Abdala Abu Sahín y era de Sudán —nos dice—. Nacido en 1960. Era paciente nuestro desde marzo de 2002.

—Según la autopsia, sólo tenía un riñón. ¿Era así, o se lo extirparon después de la muerte?

—Sólo tenía un riñón. Dijo que el otro se lo habían extirpado, algo más que probable. No creo que pudiera venderlo en las condiciones en que estaba. Claro que nunca se sabe, hay muchas estafas en el tema de los trasplantes.

—¿Murió en el hospital?

—No. Según veo, tenía hora para una sesión de terapia, pero no acudió.

El director consulta su reloj para darme a entender que ya me lo ha contado todo y que tiene otras cosas que hacer. No le culpo, aunque me queda una última pregunta.

—Si hubiera muerto en el hospital y nadie hubiese reclamado el cuerpo, ¿a dónde lo habrían llevado?

—Al depósito —responde sin vacilación—. Cuando está previsto que un cadáver sea repatriado, ha de haber una dirección para avisar a la familia y alguien debe cubrir los gastos del traslado. Hasta entonces, permanece en el depósito. —Hace una pequeña pausa y añade—: Generalmente, sin embargo, no se dan estas condiciones y el muerto termina en algún laboratorio o facultad de medicina para servir a propósitos educativos o de investigación.

Mando a Vlasópulos y a Dermitzakis a investigar en las inmediaciones del depósito, por si alguien hubiera visto un coche sospechoso los días en que encontramos los cadáveres. Nos separamos y yo me dirijo al Departamento Forense.

Stavrópulos está relleno de formularios en su despacho. Levanta la cabeza y me mira extrañado.

—¿Tú por aquí? No sueles visitarnos.

—He venido para hacerte una pregunta, pero no te apresures en contestar. ¿Cabe la posibilidad de que ya hubieras visto estos cadáveres antes de que te

llamáramos para practicarles la autopsia?

—Que les hubiera visto... ¿dónde? ¿En el metro? —pregunta con ironía.

—No, aquí. En el depósito.

—¿Me estás tomando el pelo?

Le explico mi teoría. Los tres cuerpos tuvieron que ser robados, ya fuese de la morgue de algún hospital o del depósito de cadáveres. El segundo y el tercero no habían muerto en el hospital. Si este fuera también el caso del primero, que murió de un infarto, sólo pudieron haber robado los cadáveres del depósito.

Mi teoría no le gusta nada. Se levanta de un salto y me dice, indignado:

—¿Te has vuelto loco, Jaritos? ¿Qué crees que es el depósito? ¿Una verdulería?

—¿Qué riesgo corría quien robó los cadáveres? Estamos hablando de tres árabes que no tenían dónde caerse muertos. El ladrón sabía que nadie los reclamaría.

—No sé si sabes que nosotros también somos un organismo público. Aquí también hay archivos y protocolos.

—Ya lo sé. Veamos los puntos en común. El gesto obsceno, que conecta a los tres cadáveres, tuvo que esbozarse antes de comenzar el rigor mortis. ¿Es cierto?

—Cierto.

—Por lo tanto, el autor de los robos debió de tener acceso inmediato a los cuerpos.

—También es cierto.

—Y ahora una pregunta: cuando traen a un muerto a las tres de la madrugada, ¿lo registráis enseguida o lo dejáis para la mañana siguiente?

Se siente incómodo y responde a regañadientes:

—Normalmente, lo dejamos para la mañana.

—Entonces, alguien que hiciera el turno de noche habría podido manipular un cadáver y sacarlo del depósito sin que nadie se percatara. El cadáver no estaba registrado, por lo tanto, para vosotros no existía.

Suelta un largo suspiro.

—Quién se lo iba a imaginar... —murmura.

—Nadie. Yo tampoco, al principio. Hazme un favor. Averigua

discretamente si algún miembro del personal estaba de guardia las tres noches en que fueron robados los cadáveres.

Mientras le espero llamo a Vlasópulos para ver si han localizado algún coche sospechoso.

—Un Toyota Yaris, comisario. Las fechas coinciden. Se fijó en él un vecino que padece de insomnio y suele pasarse las noches en el balcón. Imaginé que se trataba de un asunto de drogas, porque el coche aparecía siempre a eso de las dos de la madrugada. Hacia las tres él se acostaba y el Yaris seguía allí. Por la mañana ya no estaba.

—¿Color?

—Plateado, aunque estaba oscuro y no podría jurarlo.

Stavrópulos regresa y se sienta a su escritorio. A juzgar por su expresión deduzco que mi teoría se ha confirmado.

—Pavlos Orkópulos, trabaja por convenio. Estuvo aquí las tres noches.

—¿Le tocaba la guardia nocturna?

—La primera noche, sí. Las otras dos, no. Se cambió el turno con un compañero. Está matriculado en Formación Profesional y dijo que prefiere trabajar de noche, porque se está más tranquilo y puede estudiar para los exámenes de septiembre. —Calla y me mira—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Nada. Si me lo llevo para interrogarle, lo negará todo y nos será difícil demostrar que fue él quien robó los cadáveres. Pero alguien tuvo que introducir el cuerpo en el Estadio Olímpico. O sea, que hay un cómplice.

Llamo por teléfono a Kalavritis, el ingeniero del Estadio Olímpico, y le pido que me espere junto a la entrada a la obra dentro de un cuarto de hora.

—Pon la sirena y pisa a fondo —le digo a Vlasópulos, que ha venido a buscarme con un coche patrulla. Quiero llegar antes de que algún listillo avise a Parker y tenga que cargar con su presencia.

Kalavritis me espera en la entrada, paseándose nervioso arriba y abajo.

—¿Hay alguna novedad? —pregunta, y su mirada me dice que preferiría que no la hubiera.

—Quiero una lista de los coches registrados en la obra.

Su inquietud va en aumento.

—Si ha de haber un escándalo, debo informar a la dirección de la empresa. No quiero cargar con la responsabilidad.

—Lo que buscamos no tiene nada que ver con la empresa ni directamente con las obras —le tranquilizo.

Vuelve a acompañarme a la oficina prefabricada, donde espero. Estoy sobre ascuas pero, por suerte, no llego a quemarme porque Kalavritis no tarda ni cinco minutos en presentarse con la lista. Más o menos por la mitad veo el Yaris y leo el nombre del propietario: Sotiris Kumerkas. Mando a Vlasópulos en busca del coche y pido que me traigan a Sotiris, el capataz que presume de saber albanés en su curriculum.

—¿Otro interrogatorio de albaneses? —pregunta él, sonriendo.

—No, hemos terminado con el interrogatorio y con los albaneses. Sólo queda una pregunta. Quiero que me digas cómo los trasladasteis.

—¿A quiénes?

—A los muertos del depósito. ¿Los llevabais envueltos en una sábana?

Se produce una pequeña pausa.

—¡Al final lo ha descubierto! —dice impertérrito y sin dejar de sonreír.

—Sí, y a tu cómplice, también. Orkópulos.

Sigue sonriendo tan tranquilo.

—En el asiento trasero del coche. Los sentábamos detrás y, un poco más abajo, retirábamos la sábana hasta la cintura. —Se echa a reír—. Parecían hombres vivos que insultaban al conductor del coche que iba delante.

—¿Por qué lo hicisteis? No lo entiendo.

—Fue Orkópulos quien me dio la idea. Una tarde que íbamos juntos en el coche vi que no dejaba de hacer el gesto. Cuando le pregunté a quién insultaba, me dijo que a las cámaras instaladas para los Juegos Olímpicos. «Insulto a los maderos que controlan las cámaras», explicó. Entonces, se me ocurrió otra cosa: dejar en ridículo el sistema de seguridad al completo.

—¿Por qué? ¿Qué ganabais con eso?

—¡Vamos, comisario! —exclama indignado—. ¡Setenta mil policías en las calles, más el zepelín, más las cámaras! Queríamos organizar unos Juegos Olímpicos y hemos vuelto a los tiempos de la dictadura. Y todo eso porque los americanos nos contagian el miedo al terrorismo como si fuera el sida. Nos drogan con sus sistemas de seguridad. Se nos ocurrió ridiculizarlos con muertos que insultan para demostrar que no valen nada.

—Pues con las cámaras os habéis equivocado. No hay ningún policía

mirando. Sólo hay una cinta que graba el tráfico. Y ¿quieres que te diga una cosa? Entre nosotros. La mitad pronto serán inservibles. Porque los nuestros tendrán demasiada pereza para cambiar las cintas, o se olvidarán de hacerlo, o estarán ocupados en cualquier otra cosa.

Me mira fugazmente decepcionado, pero enseguida se recupera.

—¡Sí, pero lo del muerto y el zepelín sí que fue bueno! —grita entusiasmado—. Imagínese, todo un zepelín, dos millones de euros mensuales en alquiler, y lo único que pilla es un muerto que lo insulta con la mano. ¡Qué metedura de pata!

—Todo esto es provisional, Kumerkas. No volveremos a los tiempos de la dictadura que, de todas maneras, tú no viviste.

Se echa a reír de nuevo.

—¡Vamos, comisario! En Grecia todo va al revés. Nada más permanente que lo provisional y nada más provisional que lo permanente. Le daré un ejemplo. Mañana por la mañana salen los suyos y anuncian: se realizarán controles estrictos y se impondrán cuantiosas multas a todos los operadores de maquinaria que no lleven casco. Un gran milagro que dura tres días, como diría mi madre. Pasado ese tiempo se olvidarán y volveremos a lo de siempre. Ahora dicen que las cámaras son provisionales, que sólo las han instalado para los Juegos Olímpicos. Pero seguro que después de los Juegos se inventarán mil excusas para no retirarlas y dejarlas donde están indefinidamente.

—¿Y vale la pena ir a la cárcel por eso?

—¡Expresamos el sentir popular! —replica con orgullo—. Mañana la prensa y los medios de comunicación se pondrán de nuestra parte, por no decir que nos declararán presos políticos. Aunque nos caigan un par de años, seremos famosos, como Kenderis y Zanu<sup>[5]</sup>. Si abrimos una cafetería, serviremos cafés a cuatro euros y cañitas a cinco, y amortizaremos este episodio en menos de un año.

Lo dejo en manos de Vlasópulos e indico a Dermitzakis que me lleve a Orkópulos, el futuro socio, a comisaría. En el momento de salir de la zona de obras veo llegar la limusina de Parker. El vehículo se detiene justo delante de mí y el americano baja como un rayo, fuera de sí.

—¿Qué significa esto? —grita en inglés—. ¿Por qué no me ha

informado? Siempre actúa a mis espaldas. *You are operating behind my back.*

—*Finish* —le digo en tono cortante.

Me mira asombrado.

—*Finish?* —repite mecánicamente—. *What do you mean?*

Le veo como al entrenador de los portugueses y me entran ganas de dar saltos como hizo Rechangél, que tomó las riendas del equipo sin ninguna esperanza y lo condujo a la victoria final.

—¡Todo ha terminado! —insisto, y le explico lo ocurrido.

Me escucha con cara de pasmo y, para cuando acabo, ha tenido que cerrar el pico. Luego se echa a reír y me da una palmada en la espalda, entusiasmado.

—*Great, Kostas!* —exclama. Y sigue en inglés—: *Not, I'm sure that nothing will happen.* Estoy seguro de que no pasará nada.

—¿Y eso? ¿Hemos ganado puntos en su estima? —pregunto en tono irónico.

—¡Si a nosotros nos han vuelto locos, seguro que también volverán locos a Al Qaeda! —responde y me rodea los hombros con el brazo con la intención de meterme en la limusina.



**DE REFILÓN**

Ambas manos sostienen con fuerza las cajas llenas de peras. Las palmas, vueltas hacia arriba y con los dedos juntos, sirven de base, mientras los pulgares sujetan la última caja, la de más arriba, como si fueran ganchos. Los antebrazos desaparecen en el interior de dos mangas a cuadros blancos y negros, como un tablero de ajedrez. Al puño de la izquierda le falta el botón y las puntas se menean extrañamente.

Los pies han encontrado refugio en un par de zapatillas deportivas de lona. La tela es de color granate, aunque encima hay una capa negra o marrón, según el color del barro que la cubre.

—¡Allí no! ¡En la otra pila, donde pone A-A! ¡Te lo he dicho mil veces! ¡Serás idiota!

El pie izquierdo da un giro brusco para cambiar de dirección y se hunde en uno de los charcos del camino. El agua salta como de una fuente que acabara de ponerse en marcha. Los tejanos negros no absorben las salpicaduras, las escupen, y las gotas van resbalando una tras otra, lentamente al principio, tanteando la superficie, y después más rápido, como si estuvieran deslizándose por una rampa bruñida. Las más débiles se quedan atascadas en la rodilla derecha, allí donde el tejido está desgastado, pero gracias al ímpetu acumulado superan el obstáculo y siguen bajando hasta el calzado de lona.

—¡Si estropeas las peras me las pagarás, inútil!

El pie derecho da un salto repentino a la derecha y queda suspendido en el aire para evitar el charco, mientras los brazos se afanan desesperadamente por sujetar la carga. Por un instante, las cajas pierden el equilibrio y se tambalean, pero los pulgares-gancho las retienen y les permiten recuperar la estabilidad.

Los pies ya pisan las losas con firmeza, sin encontrar más obstáculos. Sólo retroceden un paso cuando van a tropezar con unas naranjas caídas y

aplastadas, que evitan con destreza antes de seguir avanzando hacia la pila de cajas. Los brazos se levantan y las cajas quedan suspendidas en el aire, luego bajan con cuidado y quedan depositadas sobre las demás peras. Los pulgares se relajan y los antebrazos empiezan a asomar por entre las rendijas de las cajas.

La piel recuerda la del pescado, similar a la lubina, de un color blanco sucio que vira al gris hacia los nudillos y con estrías que se vuelven más profundas cerca de las articulaciones. Las uñas no son prolongaciones de los dedos, sino apéndices escamosos de tres colores: negros en los extremos, blancos en el centro y amarillentos en la raíz. El tinte amarillento se expande por los dedos segundo y tercero de la mano derecha, mientras que el pulgar de la izquierda carece de uña.

Las manos se desplazan despacio hacia los bolsillos del pantalón. La izquierda se esconde enseguida en su refugio, aunque la derecha cambia de opinión en el último instante y vuelve a dirigirse a las cajas de peras.

Los dedos empiezan a recorrer la madera de arriba abajo con dulzura, suavemente, como si la acariciaran. Llegan a la cuarta caja y se meten rápidamente por la rendija. Al salir, cobijan en el hueco de la mano una pera envuelta en su pañuelito blanco. El pulgar y el meñique la sostienen pegada al pantalón, mientras la palma forma una pantalla que oculta la fruta.

La mano derecha se mete apresuradamente en el bolsillo derecho del pantalón, como una alimaña que se refugia en su madriguera para esconder la presa. Los pies reemprenden el camino, ahora ya más lenta, más ociosamente, a ritmo de paseo y no de trabajo. El derecho da un giro lento, el izquierdo lo sigue. Caminan pegaditos a unos montones de cajas vacías y tiradas de cualquier manera, unas de pie, otras de lado y otras más, medio rotas.

Los pies se detienen allí donde terminan las hileras de cajas y empieza un muro desnudo. En la base crece un poquito de hierba, amarilla y pisoteada. Los pies trazan un círculo de noventa grados delante de la hierba, el izquierdo por delante y el derecho algo rezagado. Las rodillas se doblan al unísono y bajan hacia el suelo, hasta quedar al mismo nivel. Luego se separan, con la punta del pie derecho mirando hacia uno de los edificios y la punta del pie izquierdo hacia las pilas de cajas vacías que acaba de dejar atrás.

La mano derecha sale lentamente del bolsillo del pantalón con la pera

entre los dedos. La sacude un poco para quitar la envoltura de seda y luego empieza a llevarla a la boca, muy lentamente, como si quisiera retrasar el primer mordisco.

Un segundo par de pies aparece en escena y se dirige al primero. Caminan a buen ritmo y en línea recta, sin desviarse. La colisión se produce cuando el pie izquierdo recién llegado avanza inesperadamente y tropieza con el tobillo que ya estaba allí. El pie derecho recién llegado pierde el equilibrio y da un traspiés en el aire. Por un momento, parece que va a caer encima del otro par de pies, pero consigue adelantarse y al aterrizar arrastra la mano derecha que sostenía la pera. La palma de la mano, sorprendida, deja caer la fruta. La pera va a parar sobre la hierba mojada, con las marcas de la dentadura que la ha mordido contra el suelo.

El pie izquierdo recién llegado se arrastra sobre el otro pie izquierdo como si quisiera empujarlo, se engancha en el espacio entre ambos pies, consigue liberarse, tropieza con el pie derecho rival y lo arrastra consigo. Al final, se detiene junto al otro pie derecho, aunque con la rodilla algo doblada.

—¿Qué? ¿Descansando a las once de la mañana? ¡Inútil! ¿Qué te has creído? ¿Que sigues en tu país, comiendo a costa del partido?

El segundo par de pies se aleja aún más rápido, con el ímpetu que confiere la mala leche. Los dedos de la mano derecha se abren y abrazan la pera. La huella del mordisco se ha ensuciado. Los dedos levantan la pera y la acercan al pantalón, cambian de dirección en mitad del recorrido y la llevan hacia la manga del brazo izquierdo. Apoyan la cara mordida de la pera al tablero de ajedrez y empiezan a frotarla en diagonal, como se mueven los alfiles en una partida. El movimiento se repite varias veces, luego los dedos cambian de rumbo y llevan la pera hacia la boca. Al mismo tiempo ambos pies se mueven hacia las rodillas, para dejar espacio libre y evitar nuevas colisiones.

—Eh, Tuerto, ve a Stamatakos; que te dé cinco cajas de melones y me las traes al camión.

—¿Por qué dar trabajo siempre a él y no dar a nosotros?

—Porque cobra la mitad que vosotros. ¡Despierta, tío, esto es la globalización! ¿Sabes qué significa globalización? Que todos los muertos de hambre de los Balcanes pueden venir aquí para trabajar por un mendrugo de

pan. Y que yo puedo dar el trabajo al que come menos. ¡Esto es la globalización!

—Él no ser nuestro.

—¡Me importa un pito! Oye, Tuerto. ¿Aún estás ahí?

La pera a medio comer cae de la mano y va a parar al suelo, mientras ambos brazos se desplazan hacia atrás. Los dedos se pegan al muro y empiezan a subir. El cuerpo se levanta apoyándose en las plantas de los pies. Cuando ya está del todo erguido, los pies dan media vuelta para enfilear la recta que apunta al edificio de enfrente. Ahora mantienen el rumbo fijo hacia su destino, como un barco que se dispone a atracar en el puerto.

El suelo del edificio está sembrado de verduras: lechugas, coles, tomates, coliflores; toda una huerta pisoteada. Los pies avanzan con destreza entre hortalizas, pisan con firmeza las hojas más grandes y evitan las más resbaladizas. A su alrededor se libra una guerra verbal en todos los frentes, por los precios y por atraer a los compradores ensalzando el atractivo de los productos.

Los pies, que seguían acercándose a las cajas de los melones, se detienen bruscamente a cierta distancia. La mano izquierda se mete en el bolsillo del pantalón mientras la derecha empieza a rascar el brazo izquierdo cubierto por la manga ajedrecística. Un frotamiento de espera y turbación.

—Darme cajas con melones.

—¿Cómo voy a dártelas a ti, si Zeofanidis quiere al Tuerto?

—Yo hacer con mismo dinero.

—Eso díselo a Zeofanidis. Yo cumplo sus órdenes no tengo ganas de líos con los mafiosos. Tuerto, ven aquí.

El pie derecho vuelve a ponerse en marcha en primer lugar, el izquierdo lo sigue, y mientras los pasos se agilizan, ambas manos se tienden en línea recta hacia delante, como si les urgiera agarrar las cajas, antes de que cualquier otro las atrape. Los pies van a parar delante de las cajas con los melones. Las manos se aferran a las primeras cinco cajas. Los pies, sincronizados, retroceden un paso para que las manos dispongan de espacio suficiente para tomar impulso y levantar las cajas. Pero la carga pesa mucho y, en cuanto las cajas se separan del montón, caen hacia el suelo. Las manos las siguen, incapaces de detener la caída, al tiempo que las rodillas se doblan

en vano, sin conseguir ofrecer su ayuda a las manos. Las cajas aterrizan sobre el pie derecho, que no ha logrado retirarse con la misma rapidez que el izquierdo. Las manos quedan brevemente paralizadas, incapaces de reaccionar. No obstante, se recuperan enseguida, cuando la primera caja se vence hacia un lado y los melones amenazan con rodar por el suelo. Ambas manos bajan a la vez y se convierten en barrotes que aprisionan las cajas e impiden la caída de los melones. Permanecen así unos instantes, después el cuerpo vuelve a enderezarse, aunque sea con dificultad, mientras las manos tiran de las cajas y las levantan. Los pies dan media vuelta lentamente, con cuidado, como ciegos que tantean el suelo en busca de obstáculos. El pie izquierdo avanza con normalidad pero el derecho se arrastra un poco, le cuesta dar el siguiente paso y obliga al izquierdo a rezagarse para esperarlo.

La camioneta está aparcada delante del edificio, medio cargada ya de tomates, coliflores y sacos de patatas y cebollas. Los pies están cansados. A medida que se acercan a la camioneta, el derecho se arrastra cada vez más y el ímpetu del izquierdo va disminuyendo. Las manos tiemblan y las cajas se separan del tórax, tambaleándose. El pie izquierdo da un último saltito hacia delante, el derecho se arrastra una vez más y los dos se reúnen junto a la carrocería. La tensión de los brazos se relaja de golpe y las cajas caen en el interior del vehículo con un crujido extraño.

—¡No las dejes ahí, en el borde! ¡Hatajo de inútiles! ¡Sois el colmo de la vagancia! Sube y empújalas hacia el fondo.

Pies y manos se quedan quietos por un instante, como si no acertaran a decidir si deben obedecer o marcharse de allí. Las manos son las primeras en obedecer: se agarran a la carrocería para izar el resto del cuerpo. Las piernas no tienen más remedio que conformarse. Las manos empujan las cajas en diagonal a la derecha, hacia el espacio vacío en el fondo de la camioneta. Pies y manos aguardan un momento la llegada de otra orden y, al ver que no se produce, los pies se acercan al borde del cajón y saltan al suelo, sin que las manos opongan resistencia.

—Zeofanidis está en las oficinas. Dice que te pases por allí para cobrar.

De nuevo media vuelta y los pies enfilan el camino al edificio. Ahora caminan lentamente, con desgana, arrastrándose imperceptiblemente por el suelo. Los brazos cuelgan y se mecen sin ritmo, como si dieran bandazos.

Los pies vacilan un momento delante del edificio, luego doblan a la derecha y se dirigen a una puerta que pone: «Caballeros». El pie derecho empuja la puerta y la mantiene abierta para que pase el pie izquierdo. Luego suelta la puerta, que se cierra a sus espaldas.

En el suelo, un charco sucio de tamaño mediano. Los pies chapotean con indiferencia, tal vez para limpiar las zapatillas de deporte granates, y se dirigen al primer cubículo libre, que carece de puerta, al igual que los demás. Las huellas ennegrecidas de las pisadas, unas encima de otras, dibujan un extraño mosaico. A ambos lados de la taza hay montones de papel higiénico, pañuelos de papel y trozos de periódico. Algunos muestran restos de inmundicia, otros los ocultan porque han caído del revés.

Los pies se acercan al retrete y se separan bruscamente, como si hubieran intercambiado palabras ofensivas y quisieran seguir caminos distintos. Hay suciedad reciente en la escasa agua del fondo, restos secos en las paredes y dos moscas enormes que no dejan de inspeccionar el conjunto. La mano derecha busca la cremallera del pantalón y la baja. La mano izquierda se mete en la abertura, saca el pene y lo sujeta con firmeza entre el índice y el pulgar, formando un anillo que se desliza lentamente y obliga al pene a estirarse sobre la taza. Cuando la mano izquierda llega al extremo del pene, la derecha acude para sostener el miembro en el momento en que empieza a salir la orina. Es de color amarillo oscuro y choca con fuerza contra la pared posterior de la taza, salpicando todo alrededor. El chorro va mermando poco a poco, la orina cae cada vez más cerca, hasta que se desprenden las últimas gotas.

La mano derecha roza el pene con la palma para meterlo de nuevo en el interior del pantalón, pero el miembro no parece dispuesto a obedecer. Empieza a estirarse y pierde su flaccidez. La mano no insiste, se retira y deja el pene libre. Este empieza a bajar, pero la erección lo mantiene paralelo al suelo. La palma izquierda pasa por debajo del pene y empieza a acariciarlo suavemente, con ternura, mientras el cuerpo se inclina un poco hacia delante. El pene permanece por un rato paralelo al suelo, hasta completar su erección. Después cambia de dirección y empieza a subir lentamente, paso a paso, como si estuviera aburrido de mirar la taza del váter y quisiera ver el techo. La palma izquierda se ha retirado y las manos no hacen ningún esfuerzo por

detener la trayectoria del pene.

—¡Así que estás aquí, gilipollas! Zeofanidis te buscaba. Date prisa, porque tiene que irse.

Bruscamente, la mano izquierda abre la abertura del pantalón mientras la derecha agarra el pene y trata de hacer dos cosas a la vez: empujarlo hacia abajo y meterlo en la bragueta. Pero el pene está duro y va por su cuenta; prefiere la trayectoria ascendente. Las manos se asustan, la izquierda suelta la abertura del pantalón y aprieta el pene, la derecha lo empuja hacia el interior. Pero la bragueta ya se ha cerrado y la mano izquierda tiene que abandonar el intento de ayudar a la derecha para volver a abrir el pantalón. El pene no puede resistir tanta presión, se curva y entra de mala gana, mientras la mano izquierda se apresura a subir la cremallera.

Los pies abandonan los lavabos a paso ligero, casi a ritmo de marcha militar, apresurándose en dirección a la camioneta cargada de cajas.

—¿Dónde coño te habías metido? Tengo prisa. ¡Gilipollas! Tendría que haberme marchado sin pagarte.

La mano derecha se adelanta con la palma abierta, dispuesta a recibir los billetes.

—Mañana te quiero aquí a las seis. Ojito, no vayas a dormirte. ¡A ver si me dejas colgado!

Los billetes caen lentamente, de uno en uno, en la palma de la mano. El pulgar se levanta y se cierra como un resorte sobre cada uno de ellos. La caída de billetes se detiene y la mano se repliega para apretarlos. El pie izquierdo gira a la izquierda y echa a caminar, esperando que el derecho dé el siguiente paso. La mano derecha mete los billetes en el bolsillo del pantalón.

De repente, otro par de pies surge de la nada y se planta delante de los primeros. Los dos pares de pies y manos quedan inmóviles por un instante, enfrentados. Después la mano derecha recién llegada desaparece detrás de la espalda. Al reaparecer, la hoja de un cuchillo brilla entre los dedos.

—¡Eh, que este ha sacado un cuchillo!

—Tú, a lo tuyo. Eso no va con nosotros. Ellos son así. Se rajan a la mínima de cambio.

La mano derecha que lleva los billetes se detiene antes de meterse en el bolsillo del pantalón. La palma aprieta todavía más el dinero, mientras la



izquierda se levanta con cuidado para proteger el tórax.

Sin querer, los pies retroceden un paso. Están dispuestos a dar la vuelta y echar a correr, cuando la mano que tiene el cuchillo inicia un movimiento recto muy preciso, con la destreza que confiere el hábito, y lo clava en el otro vientre.

—¡Que le mata, cojones!

—Entra en el coche y no te busques problemas.

—Le está matando por cargar con tus cajas.

—Buscaré a otro, que las cargará por menos dinero. Y si le mata a él también, encontraré a otro aún más barato. Las leyes del mercado son inflexibles.

El cuchillo vuelve a clavarse. La mano derecha se abre y los billetes caen lentamente al suelo, encima de unas naranjas podridas. La mano que no sostiene el cuchillo baja y recoge el dinero. Los pies dan media vuelta y desaparecen por donde han venido.

Primero, la mano derecha acude a la herida derecha. Luego, la mano izquierda acude a la herida izquierda. Ambas muestran las palmas, manchadas de rojo. Dos gotas caen de la mano izquierda sobre una de las zapatillas color granate, que las absorbe. Las manos quedan abiertas y un tanto curvadas, como si estuvieran expuestas al público. Las piernas empiezan a doblarse, poco a poco al principio, después a ritmo de derrumbe. Llegan al suelo y se estiran, mientras ambos brazos se extienden hacia los lados, con las palmas siempre vueltas hacia arriba, muy rojas. La punta del pie derecho mira al cielo, el pie izquierdo sigue inclinándose en ángulo cerrado, imitando la torre de Pisa, y allí se queda. Inmóvil.

# **LA EMANCIPACIÓN DE TATIANA**

# 1

La cabeza rubia se inclinaba sobre la caja registradora, inmóvil. Así seguiría toda la tarde, hasta la hora de cerrar. Desde lejos, se diría que era un busto colocado allí por algún escultor que quería prestar gracia y belleza a ese restaurante impersonal llamado Odessa. ¿Por qué una familia de refugiados rusos de ascendencia griega había preferido Odessa al Odisós de su patria recobrada? Tal vez porque ignoraban el término griego. O quizá porque el nombre Odessa sugería que el restaurante servía comida rusa. Esto, al menos, nadie podría ponerlo en duda. En una época en que los griegos han sustituido la chuleta de cerdo con escalopines en salsa de nísperos y nueces, y la caballa a la plancha por lenguado marinado en piña y naranja, el Odessa servía auténtico *borsch* y ensaladilla rusa de verdad, que nada tenía que ver con la ensaladilla grecorrusa, esa que utilizan en las sandwicherías para remozar el pan.

El Odessa estaba decorado al estilo de los restaurantes griegos: mesas de formica cubiertas con manteles de papel, con las palabras «buen provecho» impresas. Servían el pan en una cesta que contenía, además, los cubiertos y las servilletas. En la pared de la izquierda colgaba la reproducción de un grabado de la Odessa del siglo x d. C. En el resto de las fotografías aparecían las islas griegas vistas a través del objetivo del Organismo Nacional de Turismo. Y la cabeza rubia de Tatiana, inclinada sobre la caja registradora, rectilínea e inmóvil.

Se diría que la joven lo hacía a propósito, para atraer la atención de la clientela masculina. Su fanática dedicación a las cuentas incrementaba la afluencia masculina a los lavabos, que estaban junto a la caja. Hombres de todas las edades pasaban por delante de ella con la esperanza de que su aura

la inspirara a alzar la vista y mirarlos. Lo único que conseguían era esperar a lo tonto delante de la puerta de los servicios.

Quizás habrían desistido de sus vanos esfuerzos de haber sabido que Tatiana mantenía los ojos fijos en la caja debido a la mirada vigilante de su padre. El Odessa era el negocio familiar de los Serjidis, o Serjof, como se habían llamado en la antigua Unión Soviética. María, la madre, se ocupaba de la cocina. Los dos hijos, Vanguelis e Iosif, trabajaban como camareros, y Tatiana, la menor de la familia, hacía las veces de cajera. El único que no hacía nada era Vasilis, el padre. Él sólo daba las órdenes y lo supervisaba todo.

Cuando Vasilis llegó a Grecia en 1993 se llevó consigo la relación de amor y odio que mantenía con el régimen soviético: aceptaba una parte del sistema socialista, rechazaba la otra visceralmente. «El partido y el secretario provincial me vigilan sin hacer nada —decía—. Yo bajo la cabeza, me callo la boca y trabajo, porque así es como funciona el sistema. Pero en casa el partido soy yo. Allí vigilo yo sin hacer nada, mientras mi mujer y mis hijos bajan la cabeza, se callan la boca y trabajan».

Este era el lado aceptable del sistema. Lo inadmisible tenía que ver con su hija, Tatiana. Cuando esta le anunció que quería ser perito agrícola, levantó la mano, le dio un bofetón y la mandó a la cocina, la única unidad productiva del hogar.

—A mí no me van esas teorías comunistas de que todos, chicos y chicas, han de estudiar —dijo—. Nuestras muchachas se quedan en casa y se ocupan de las tareas domésticas hasta que encuentran un buen muchacho para casarse.

Claro que Marx afirmaba que el socialismo crearía un hombre nuevo, pero Vasilis no conocía a Marx, sólo conocía al secretario provincial. La Unión Soviética se disolvió y Vasilis cogió a los suyos y se trasladó a Grecia, donde instaló la misma familia socialista, tal y como él la entendía. El sistema funcionaba como un reloj hasta el día en que decidió abrir el restaurante. Entonces se planteó la siguiente cuestión: qué hacer con Tatiana, una joven de veintidós años, cabello rubio, ojos azules, cuerpo de sílfide y dos piernas como copas de cristal. Consideró la posibilidad de encerrarla en casa bajo llave. ¿Y dejarla sola hasta las tres de la mañana, cuando volvieran

ellos? Entonces se le ocurrió la idea de la caja. La muchacha colaboraría en la empresa y él podría vigilarla.

El busto que los clientes admiraban todas las noches era obra de Vasilis. Tatiana percibía la mirada de su padre a todas horas, incluso cuando él se encontraba en la cocina o fuera del restaurante. Porque, cuando él no estaba, la vigilaban los hermanos. Así, la joven aprendió a mantener la cabeza gacha, a mirar únicamente las manos —las manos de sus hermanos, que iban a buscar las cuentas—, a escuchar las voces y a escribir: «Una ensalada de patatas para la 2. Tres *borsch* para la 11».

Con el paso del tiempo, su sentido del oído se afinó, como ocurre con los ciegos. Basándose en el vocerío del restaurante era capaz de calcular cuánta gente había, quiénes eran los clientes habituales y cuántos habían ido por primera vez. Le bastaba con oír una voz para saber quién se sentaba dónde y en qué mesa.

## 2

El Odessa estaba en la plaza de los Santos Incorpóreos, en la zona alta y baja de Atenas, allí donde los abrigo de pieles se reunían con las cazadoras de plástico y los Mercedes con los ciclomotores. No se contaba, desde luego, entre los bares y restaurantes caros que habían ocupado las residencias neoclásicas de la zona. Se alojaba en una vieja fábrica de grandes ventanas desnudas. Gracias a la cocina rusa, sin embargo, pronto adquirió una buena reputación. Poco a poco, fue librándose de las cazadoras de plástico y empezó a ascender hacia los abrigo de pelo de camello y de pura lana virgen.

Vasilis Serjidis soñaba con convertir el Odessa en un restaurante de manteles blancos almidonados, servilletas blancas almidonadas y cubiertos de lujo, como los establecimientos donde comían los cuadros del partido en el Pontos.

—Este es el reino de la vajilla barata y los manteles de papel —solía decir—. A mí ya me conviene, desde luego, pero no se puede negar que había más categoría donde vivíamos antes.

Claro que en los barrios altos habría encontrado muchos restaurantes como aquellos en los que comía la nomenclatura local del Pontos, pero Vasilis no conocía los barrios altos, como tampoco conocía a Marx.

No se descarta que los conociera el jefe de la sucursal ateniense de la mafia rusa, que visitó el Odessa una noche de sábado a eso de las once, cuando el local estaba abarrotado. Un cuarentón de estatura media y facciones marcadas. Uno de sus dos guardaespaldas se interpuso en el camino de Iosif y le preguntó en ruso:

—¿Y el jefe?

El muchacho enseguida comprendió de qué se trataba. Señaló a la cocina, mientras los platos iniciaban un temblequeo en sus manos. El mafioso avanzó sin decir palabra y sus dos guardaespaldas se apostaron junto a la puerta.

Tatiana notó la mirada del mafioso en la piel. Fue una de las raras veces en que se sintió turbada. Le entró pánico y quiso desaparecer detrás de la caja, pero la conmoción duró sólo un instante, porque el mafioso pasó de largo y entró en la cocina. Se detuvo delante de Vasilis y lo miró ceñudo, antes de echar otro vistazo al restaurante.

—Bonito local —comentó como para confirmar su primera impresión.

Vasilis, por instinto, quiso bajar el listón.

—Qué va, es una tasca de poca monta; apenas da para alimentar cuatro bocas.

—Puedes subir los precios. Hay una buena clientela.

—Si los subo, no vendrán más.

—Tienes demasiado miedo —dijo el otro, meneando la cabeza—. Lo barato no vende, tuvimos que hundirnos para darnos cuenta. Lo que necesitas es un restaurante caro pero bien protegido, para que no sufra daños.

Vasilis lo miró a los ojos.

—¡No necesito protección! —afirmó categóricamente, como si quisiera demostrar que de miedo, nada.

El otro se encogió de hombros.

—Mira a tu alrededor. Bancos, comercios, oficinas, todos contratan seguridad. Nosotros damos el mismo servicio a mitad de precio.

—No necesito protección —repitió Vasilis.

—Piénsatelo. No tienes nada que perder. Ya hablaremos.

Salió de la cocina sin esperar respuesta. Al pasar por delante de la caja, se detuvo.

—Levanta la cabeza para que te vea —indicó a Tatiana.

Su voz no fue dura ni imperiosa, sino más bien un murmullo sugerente. Tatiana obedeció y levantó la cabeza lentamente. Vio que el hombre recorría su rostro con la mirada, como si evaluara los detalles, pero esta vez no se asustó. Permitted que la observara a sus anchas.

—Eres una mujer hermosa —comentó él, en el mismo tono sugerente.

Tatiana volvió a bajar la vista y el mafioso se alejó. Ella oyó que se abría

la puerta del restaurante y dedujo que se había ido.

Vasilis contemplaba la escena desde la cocina. Sintió deseos de abalanzarse contra el mafioso, pero le contuvo el axioma soviético: «El secretario tiene las de ganar. Punto en boca y ocúpate de lo tuyo». Apretó los dientes hasta las tres de la mañana, cuando volvieron a casa. Allí se ensañó con su hija, a quien gritó: «¡Conque charlando con la mafia!» Y empezó a golpearla sin piedad. La familia hizo mutis. Vasilis pegó a Tatiana hasta que se quedó sin resuello. La dejó tirada en medio de la sala y fue a acostarse sin desnudarse siquiera.

La paliza no impidió que el mafioso se presentara en el restaurante la noche siguiente. En esta ocasión se sentó a una mesa, cenó y pagó la cuenta. Desde entonces, se convirtió en cliente habitual. Vasilis rabiaba, pero no se atrevía a meterse con él. Además, no le daba razones para ello: cenaba en compañía de sus dos guardaespaldas, pagaba y se iba. Sólo en una oportunidad preguntó a Vasilis si había considerado su propuesta. Vasilis repitió que no quería protección. El otro no insistió y el asunto quedó así.

Era Tatiana quien pagaba las consecuencias. Vasilis se desquitaba con ella cada dos noches.



### 3

El teléfono los despertó en plena noche. «El Odessa está en llamas», dijo una voz, y colgó en el acto.

Vanguelis, el hijo mayor, que se había levantado de la cama para contestar al teléfono, tardó unos momentos en asimilar la noticia. Cuando comprendió lo que pasaba despertó a la familia, se metieron todos en la furgoneta y fueron corriendo al restaurante.

Vieron las llamas desde lejos. En la acera de enfrente se había congregado un grupo de gente y los vecinos contemplaban el incendio desde los balcones, como si fuera la salida del sol que, de todas formas, no se podía ver. Dos camiones de los bomberos trataban de apagar las llamas, que envolvían el edificio entero. Vasilis supo que del restaurante no quedaría nada más que las cuatro paredes. Se acercó al jefe de los bomberos.

—¿Qué ha sido? ¿Una colilla o el gas?

El bombero se volvió para mirarlo.

—Un incendio provocado —contestó secamente—. Alguien tenía cuentas pendientes contigo.

—Yo no tengo enemigos. En el vecindario todos me conocen. —Aunque mientras lo decía pensaba en el mafioso, no rechistó, como había hecho en los viejos tiempos cuando se trataba del secretario del partido. Pensaba en él, pero nunca lo nombraba.

—Eso se lo cuentas a la policía —replicó el bombero, y volvió a su trabajo.

Cuando fue a prestar declaración, del Odessa sólo quedaban las brasas. Lo interrogaron durante más de tres horas, pero tampoco en esta ocasión nombró al mafioso. Delante de la comisaría le esperaba su familia en la

furgoneta, todos menos la hija.

—¿Dónde está Tatiana? —preguntó.

—No lo sabemos —respondió Iosif, el hijo menor—. Cuando nos reunimos para marchar había desaparecido.

—Habrá ido a casa —apuntó María.

Pero allí no estaba. Tampoco apareció los días siguientes. Vasilis y sus hijos recorrieron todos los locales donde prostituían a rusas, rusopontias y ucranianas, pero todo fue en vano. Dos golpes en una misma noche fueron demasiado para Vasilis. Para curarse al menos de uno, prohibió a su familia que volviera a hablar de Tatiana. Los dos hijos obedecieron enseguida, como custodios suplentes del honor familiar. La señora María no se atrevió a oponerse y lloró en secreto la pérdida de su hija.

Los dos golpes simultáneos fortalecieron a Vasilis en lugar de amedrentarlo. Tenía algún dinero ahorrado y decidió volver a abrir el restaurante. Puso manos a la obra, tratando de olvidar la desaparición de Tatiana. A fin de cuentas, no era la primera ni sería la última. Desde que se desmoronó la Unión Soviética, miles de jóvenes habían desaparecido de sus casas para terminar en algún país productor de petróleo.

Una semana antes de la inauguración se presentó el mafioso con sus guardaespaldas.

—¡Enhorabuena! —le dijo a Vasilis en tono amistoso—. Eres tenaz y trabajador. ¡Te felicito!

Vasilis se volvió y lo miró con rabia.

—No pienso pagar por tu protección. Dormiremos todos en el local, escopeta en mano. Quémalo, si te atreves.

El mafioso sonrió.

—¿Quién ha hablado de protección? —dijo amigablemente—. Se trata de hacernos socios.

—No quiero rendir cuentas a nadie. Y menos a un socio que me ha incendiado el local.

—Pondré la mitad del dinero para convertirlo en un restaurante de lujo, e iremos al sesenta y al cuarenta.

Vasilis vaciló. Por una parte, eso le permitiría cumplir un sueño; por otra, no le gustaba la idea de asociarse con la mafia. Luego lo meditó más

fríamente. Si el secretario provincial le hubiera propuesto ser socios, ¿acaso se habría negado?

—Muy bien, al cincuenta por ciento.

El mafioso sonrió y le dio una palmadita en la espalda, señal de que habían llegado a un acuerdo. El Odessa se convirtió en un auténtico local de lujo, con manteles almidonados, servilletas almidonadas y cubiertos caros, como los restaurantes donde comían el secretario y la nomenclatura del partido.

Una hora antes de la inauguración, Vasilis vio que un Mercedes negro se detenía delante del Odessa. Uno de los guardaespaldas del mafioso bajó para abrir la puerta. La joven que se apeó del coche llevaba un lujoso abrigo de pieles, y estaba peinada y maquillada como si acabara de salir de la peluquería. A Vasilis le costó reconocer a Tatiana. Se quedó petrificado y fue incapaz de articular palabra. Su hija pasó de largo sin hacerle ningún caso y entró en el restaurante. En cuanto se recobró, Vasilis echó a correr tras ella.

—¡Putá! —gritó, y quiso levantarle la mano, pero los dos guardaespaldas lo agarraron y le obligaron a sentarse en una silla.

Tatiana se volvió y lo contempló con indiferencia. Se quitó el abrigo de piel y lo dejó caer en una silla. Debajo llevaba un vestido de noche negro. Innumerables joyas le cubrían por completo el cuello, las orejas y los brazos.

—A partir de hoy te ocuparás de la caja —dijo a su padre en ruso—. Yo llevaré el restaurante. Así lo ha decidido Igor. —Luego se dirigió a sus hermanos, que contemplaban la escena boquiabiertos—. Tenéis una semana para convertirlos en camareros profesionales —les dijo, también en ruso—. De lo contrario, os despediré y contrataré a otros. No quiero poca montas en el local.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —gritó Vasilis, fuera de sí—. Yo he levantado este local con mis propias manos.

—Lo sé —respondió su hija con frialdad—. Por eso te dejo la mitad. Pero si no aprendes a comportarte, te compraré tu parte y te echaré a la calle.

A partir de aquella noche Tatiana no volvió a hablar en griego y se dirigió en ruso a todos. Vasilis cerró la boca y se puso a trabajar, como había hecho en la Unión Soviética. Del negocio no podía quejarse. A las órdenes de Tatiana, iba viento en popa. Su única queja era su hija. ¿Cómo había podido

renunciar así a su familia, a su patria y a su lengua?

Claro que, si hubiera leído a Marx, sabría que el dinero no tiene patria ni familia. Pero ya hemos dicho que Vasilis no había leído a Marx.

# **CAFÉ BATIDO**

La tipa que escribe esta historia me ha mandado a una de las islas de la línea árida, apenas una talla más grande que una roca. El cascarón que hace el recorrido nos desembarca a las tres de la mañana, con dos horas de retraso, y los pasajeros salen medio dormidos, con los baúles agitándose a sus espaldas como lanchas neumáticas en la estela de un yate.

Soy el único que no dispone de coche ni de comité de bienvenida. Miro a mi alrededor, pero ¿qué hay que ver? Una pared de piedra a diez metros y una palmera detrás del muro roban parte de la luz que llega del puerto. El resto, bultos negros en la noche. Casi me he hecho a la idea de que tendré que recorrer a pie el camino hasta el pueblo cuando se detiene a mi lado una camioneta agrícola cargada de cebollas.

—¿Adónde vas, paisano? —pregunta el conductor.

—Al pueblo.

—Sube.

Tomo asiento a su lado y la camioneta arranca jadeando, con el tubo de escape agitando la noche cada diez metros.

—¿Dónde te alojas? —pregunta el conductor.

—Todavía no lo sé.

¿Cómo explicar que la tipa que escribe la historia lo quiere así? Que llegue a un islote de la línea árida sin medio de transporte ni noción de dónde voy a alojarme.

—Estás de suerte —dice él—. Yo tengo unas habitaciones para alquilar.

Miro por el parabrisas. Sólo veo la estrecha franja de camino de tierra que iluminan los faros del coche. El conductor calla y conduce a ciegas. Ahora que ya se ha asegurado un cliente, no es preciso que siga hablando.

La tipa que escribe la historia me ha mandado aquí para que mate a una

cincuentona. Se llama Alikí y, si la fotografía que vi de ella le hace justicia, es una morena desgarbada de pelo corto, con la cara llena de arrugas. Mira a la cámara con la sonrisa lánguida de la alcohólica que en vano se empeña en hacerse querer.

Cuando pregunté por qué tenía que matarla, la tipa me paró los pies.

—Tú no preguntes. El móvil es cosa mía.

No insistí. Sé que estoy condenado a interpretar el papel de malo, de modo que callo y cumplo con mi trabajo. En esta ocasión, además, me ha impuesto ciertas condiciones. No puedo matarla con un arma; prohibido usar cuchillo o pistola. Puedo tirarla por un barranco o empujarla al mar por un precipicio.

Al menos he tenido suerte con la habitación. Es limpia y tranquila. Ahora estoy sentado en el café de enfrente tomando un café batido, mientras el sudor va bajando de mi nuca a la espalda en lentas gotas. A las diez de la mañana el sol ya abrasa los muretes de piedra, las rocas que asoman por entre los hierbajos secos y las casas encaladas con sus postigos azules.

Me estoy preguntando cómo encontraré a la tal Alikí cuando la veo salir de la misma casa donde me alojo. La tipa no ha dejado nada al azar, pienso. No va vestida de negro, como en la fotografía, sino que lleva una camiseta de algodón, una falda estampada y un ancho sombrero de paja, adornado con una cinta roja. Lo único que no puede disimular es su cara arrugada y esa mirada ausente que tienen los alcohólicos por la mañana. Hace un calor abrasador, pero ella pide un Nescafé caliente, sin leche. Será que el café batido no basta para mantenerla en pie. Saca del bolso una libreta, donde empieza a anotar algo. A las tres palabras sostiene el bolígrafo en el aire y proyecta su mirada a lo lejos, hacia las rocas que centellean bajo el sol. Vuelve a sus anotaciones. Algo me dice que este escribir y soñar promete, y pido otro café batido.

«Lo haré», repetía Jimmy una y otra vez. Esta vez no habría obstáculos: ni móvil, que detestaba conocer, ni relación alguna con la futura víctima. Esta vez se trataba de una tal Alikí, de quien no disponía más datos, a la que tenía que matar sin saber por qué.

«¡Lo haré! —afirmó resueltamente para sí mientras miraba a la tal Alikí, que otra vez mantenía el bolígrafo suspendido—. Es la oportunidad que he estado esperando para librarme del cutrerío y llegar a ser alguien». Y tomó otro sorbo de café.

Cada vez que levantaba la vista de la libreta y antes de pasearla por el paisaje circundante, Alikí observaba a través de sus gafas de sol al tipo que estaba sentado a la mesa de al lado.

«¿Por qué no me quita los ojos de encima? —se preguntaba—. ¿Qué quiere? Si le gusta con esta pinta, seguro que es un perverso».

Y con este pensamiento se levantó para ir a bañarse a Tsiguri.

He hecho algunos progresos. Desde hace dos días consigo estar siempre a su lado. Esta mañana, en Tsiguri, hemos tomado el sol a dos metros de distancia, aunque mirábamos en direcciones opuestas de la playa para fingir que no nos veíamos.

Ahora es la una de la madrugada y estamos sentados a mesas contiguas en el Egli, el pequeño bar que extiende sus dominios por el paseo marítimo. A través de los altavoces nos llega una música que parece elegida al azar: cantos tradicionales, canciones melódicas, Madonna y música de las islas.

Alikí termina la cuarta garrafitita de aguardiente a palo seco y yo, el segundo café batido. Apura la copa, deja el dinero encima de la nota con la cuenta y se levanta. La dejo pasar de largo mientras pienso que quizás este sea el momento apropiado. A lo mejor puedo aprovechar que se tambalea y la tiro al mar. Pero un imprevisto me obliga a cambiar de planes. Al pasar por mi lado, se detiene para afianzar el equilibrio, se vuelve y me sonrío.

—Nosotros dos somos como un menú barato —dice—. Pita y café. —Y se echa a reír.

Sonrío lo justo para disimular mi turbación. Intento pensar en una respuesta, pero ella se me adelanta.

—¿Te importa si me quedo un rato contigo? —Se sienta e indica al camarero que le sirva la quinta garrafitita—. ¿Me acompañas para tomar la última?

—Tal vez no te conviene beber más. —En cuanto lo suelto, maldigo mi



estupidez. En lugar de disuadirla, debería estar animándola.

Por suerte, no necesita que la animen.

—¿Y qué quieres que tome? ¿Café? —responde con una sonrisa irónica.

—Te ayudaría a despejarte un poco.

—¿Y a ti quién te ha dicho que quiero despejarme? —De repente, sus propias palabras le producen pánico—. No, no, tranquilo... ¡no voy a contarte por qué me doy a la bebida! —Y para demostrármelo me echa los brazos al cuello y me da un beso-ventosa en la mejilla—. Mira... eres un encanto y me apetece mucho tomar una última copa contigo.

Y sigue abrazada a mi cuello. No sé si por ternura o porque tiene miedo de caerse si me suelta.

Sus habitaciones estaban a medio camino de Mesaría. Durante el trayecto Jimmy iba sosteniendo a Alikí, porque ella tropezaba constantemente, ya fuese con alguna piedra o con sus propios pies, y corría peligro de caer. Cada vez que la ayudaba a enderezarse, ella prorrumpía en elogios:

—Ya sabía yo que eras un caballero. Lo supe nada más verte.

Y acto seguido intentaba darle un beso, intento que fracasaba la mitad de las veces, porque no conseguía estirar el cuerpo lo suficiente.

Al final, la llevó hasta la casa. Lo más difícil fue subirla al primer piso. Alikí llegaba al tercer escalón, tropezaba y caía hacia atrás. Al cuarto intento, Jimmy desistió, la levantó en brazos y empezó a subir las escaleras.

—¿Por qué me sigues a todas horas?

La pregunta fue inesperada y esta vez fue Jimmy quien estuvo a punto de caerse. Consiguió mantener el equilibrio al tiempo que buscaba una respuesta desesperadamente. Por suerte, la propia Alikí lo sacó del apuro.

—Deja, no me lo digas. De todas formas, mañana ya no me acordaré.

Cuando llegaron a la puerta de su habitación, ella le abrazó con más fuerza y le susurró:

—Quédate conmigo esta noche.

De pronto se le ocurrió que podría matarla allí mismo, en su cama. Sería facilísimo. Le bastaría con doblar una toalla del baño y cubrirle la cara.

—Quédate, por favor... Puedo... No estoy tan borracha... —susurró

Aliki. De repente, se deshizo en sollozos—. No, no lloraré mientras lo hagamos... —le aseguró—. Te lo prometo. Sé controlarme.

Jimmy empezó a desnudarla lentamente, casi con ternura. Aliki cerró los ojos y empezó a sonreír pese a las lágrimas. Cuando llegó a las braguitas y el sujetador, ella se volvió de costado y empezó a roncar.

Ya había cogido la toalla y se disponía a salir del baño cuando reparó en la cuchilla que ella usaba para afeitarse las piernas. ¿Por qué con la toalla? Pensó. ¿No sería más inteligente cortarle las venas, para que pareciera un suicidio? Se sintió muy orgulloso de su idea pero, al inclinarse sobre la mujer para cogerle la muñeca, la vio así, borracha, marchita, con el pecho colgando dentro del sujetador y la boca entreabierta, y lo invadió una tristeza infinita. Arrojó la cuchilla encima de la cama y salió a toda prisa de la habitación.

—Soy un fracasado —se repetía una y otra vez mientras recorría el camino de tierra mal iluminado—. Por eso nunca he llegado a ser más que un personaje secundario. Nadie quiere a los personajes que se desvían sin razón de la historia.

A los cien metros los faros de un coche iluminaron el camino que tenía delante. Hizo una seña al conductor y él se detuvo a su lado.

—Sube, si vas al puerto —le dijo.

En el puerto, el transbordador acababa de bajar la escotilla.

—¿Puedo sacar el pasaje en el barco? —preguntó Jimmy al oficial.

—¿Para dónde?

—Para Pireo.

—No acepta pasaje para Pireo. Han cambiado el recorrido. Primero irá a Amorgós y mañana volverá a pasar para recoger a los pasajeros que van a Pireo.

Esta vez, Jimmy no se libró de la caminata.

La tipa que escribe la historia no quiere que abandone la isla bajo ningún concepto y seguirá poniéndome pegatas hasta que cumpla sus órdenes. La caminata de anoche me aclaró las ideas y me sentí avergonzado. No te echas a llorar por ver a una mujer desgraciada en la cama. Al contrario. La matas por piedad, para librarla de sus penas.

Hilvano estos pensamientos mientras tomo mi café batido. Aliko sale de la casa y se acerca a mí sonriendo. El color de sus ojos parece deslavado y su mirada está turbia.

—Hoy te llevo de excursión —anuncia.

—¿Adónde?

—A Nikiá. Junto a la costa hay un pueblo abandonado. ¿Sabes ir en moto?

—Sí.

—Vale, tomo unas notas y nos vamos, ¿de acuerdo?

Saca la libreta, escribe algo y vuelve a guardarla en el bolso.

Antes de llegar a la tienda donde alquilan ciclomotores, se detiene de repente en medio de la calle y me mira.

—¿Sabes? Esta mañana me ha pasado una cosa muy rara: me he encontrado una cuchilla de afeitar en la cama.

Me lo suelta tal cual y me pilla desprevenido, aunque consigo mantener la calma.

—Seguramente te la dejaste olvidada después de bañarte.

—Es más probable que intentara cortarme las venas sin conseguirlo — replica y se ríe.

El camino a Nikiá es estrecho, plagado de curvas cerradas y malezas caídas en la calzada. Ni un árbol, ni por asomo. Sólo el mar no se pierde nunca de vista, aunque vayas hacia la montaña, como nosotros.

En la explanada, el camino se bifurca. Un brazo sube hacia el pueblo; el otro baja hacia el mar y el pueblo abandonado.

—Nosotros vamos hacia el mar —dice Aliko, y señala el camino.

Mientras avanzamos, la aldea fantasma va surgiendo ante nosotros, con sus casas de piedra encantadas, comunicadas mediante escalones y escaleras que conducen al pequeño puerto pesquero. Me quedo absorto contemplándolo cuando oigo a mi lado la voz de Aliko.

—La cuchilla de afeitar no la olvidé yo. La dejaste tú anoche. —Me vuelvo y la miro sorprendido. Ella añade—: Querías matarme, pero por alguna razón cambiaste de opinión. —Y sonrío, como si hubiera dicho la cosa más normal del mundo.

—¿Te has vuelto loca?

La tipa que escribe la historia seguramente me dará una bofetada por recurrir a una frase tan manida.

—Sé que has venido a la isla para matarme —insiste Alikí.

Me trago la lengua y me quedo mirándola.

—No es necesario que disimules. —Sigue hablando con tranquilidad y sonriendo—. Todo me ha ido mal en la vida. Soy un completo fracaso, cada dos por tres tengo que someterme a desintoxicación. Si me matas, me harás un favor. Sólo te pongo una condición.

Guarda silencio y yo sigo sin abrir la boca. Me guardo las espaldas para ver adonde quiere llegar.

—Quiero que me tires al puerto desde el punto que elija yo, para convertirme en otro fantasma.

Se me ocurre que la tipa que escribe la historia me da tantas facilidades que es como dar un paseo en patinete. Si vuelvo a fracasar, no sólo no tendré un lugar en la historia, es que no lo tendré ni en los chistes.

Alikí va y se planta justo por encima del pueblo abandonado.

—¡Aquí! —indica—. Tú te pones detrás de mí. Yo cerraré los ojos y tú me das un pequeño empujón, como si estuviéramos jugando.

Me sitúo en silencio detrás de ella. Así como está, inmóvil, no sé si ha cerrado los ojos y espera, o si contempla el Egeo.

Alikí se arrepintió en el mismo instante en que sintió las manos de Jimmy en los hombros. Inició un movimiento brusco para apartarse a un lado.

—¡No, no quiero! —le gritó—. ¡Para, he cambiado de opinión!

Quiso huir hacia la explanada, pero Jimmy la agarró por los brazos.

—Vamos, tenemos que terminar con esto, tanto tú como yo —le dijo—. Aunque no queramos ninguno de los dos, tenemos que terminar con esto.

Le dio un fuerte empujón. Desesperada, Alikí se aferró a su camiseta y, al despeñarse hacia abajo, lo arrastró con ella. Empezaron a caer ante los escalones del pueblo fantasma, ante las casas encantadas y las ventanas vacías, hasta abajo, hasta el rompeolas en ruinas y las rocas que estaban esperándoles.

«Tantas borracheras y es la primera vez que veo el mundo mientras caigo

en picado», pensó Alikí. Su última idea fue que le gustaba el espectáculo.

—¡Desde luego, la gente se ha vuelto completamente loca! —comentó el joven que leía el periódico en la plaza.

—¿Por qué? —preguntó la chica que lo acompañaba, más por educación que por auténtico interés.

—Escucha esto: «Ayer se suicidó la escritora Alikí Fotiadi. Encontraron su cadáver en el pueblo abandonado de Nikiá, con una nota en la libreta: “La escritura es mi vida. Ya no puedo escribir, por tanto, ya no puedo vivir”. Su editor nos comentó que las dos últimas obras de Alikí Fotiadi fueron muy mal recibidas por el público y la crítica, y que esto provocó una honda depresión en la autora».

—¿Y qué? ¿Por qué te extraña tanto? —preguntó la chica.

—¡Despierta! —exclamó indignado el joven—. ¿Quién se suicida hoy en día por unos libros?

Tomó un sorbo de café batido y abrió las páginas de economía.

# **SUITE PARA FLAUTA Y VIOLÍN**

Se apostaba en la acera de Satovriandu, entre la avenida Patisión y la del Tres de Septiembre. Un sitio extraño para un limpiabotas. Los pocos que aún quedan en Atenas están en la avenida Panepistimíu, entre las calles Vukurestíu y Sina. ¿Quién iba a acudir a un limpiabotas en los peligrosos alrededores de la plaza Omonia? A juzgar por su actitud, nadie. Estaba sentado con los brazos apoyados en las rodillas y, con los ojos entornados, escuchaba música de un viejo casete, reliquia de los años ochenta. El sonido llegaba ahogado a mis oídos y no alcanzaba a distinguir de qué se trataba. Desde luego, de canciones griegas, no. Estas no requieren tanta atención. Sólo cuando pasé por su lado los sonidos cobraron nitidez y empecé a reconocer el *Concierto para violín* de Mendelssohn.

En Atenas se ven muchas cosas. Pero, desde luego, nunca se verá a un taxista con la radio del coche apagada ni a un limpiabotas que escuche a Mendelssohn. Quizá me esto lo que me impulsó a lustrarme los zapatos, y no la nostalgia de los betunes de antaño ni el deseo de contribuir a la economía de una profesión en proceso de extinción.

Cuando apoyé el pie en el estribo, el limpiabotas bajó discretamente el volumen de su casete. Los dedos medios de sus manos formaban un ángulo extraño, como si estuvieran deformados por la artrosis. Sostenía los cepillos con el pulgar, el índice y el meñique, mientras los demás dedos permanecían inmóviles. Le sobraba práctica, porque los cepillos acariciaban la piel del zapato con buen ritmo y a gran velocidad. En el momento en que la orquesta iniciaba la segunda parte del concierto, él ya había terminado y daba unos golpecitos a la suela con el cepillo, para que bajara el pie.

Mi camino no me lleva a menudo por la calle Satovriandu. Mi vida cotidiana transcurre en el eje Marusi-Mesogia<sup>[6]</sup>, que recorro una o dos veces al día, de modo que transcurrió más de un mes antes que volviera a encontrarme en esa vía peatonal. El limpia estaba en la misma posición, con

su cajón y su casete. En esta ocasión, la música sonaba más impetuosa pero más confusa. De nuevo, sólo cuando estuve a un paso de él logré distinguir la cadencia del *Concierto para violín* de Beethoven. Cuando vio que apoyaba el pie en el estribo, bajó el volumen de la música, como en la anterior ocasión.

—No es necesario que la bajes, no me molesta —le dije—. Aunque, claro, el casete no hace justicia al sonido de la gran orquesta. Sobre todo, al aire libre.

Dejó de lustrar y me dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Cómo sabes que el *Concierto para violín* de Beethoven es para una gran orquesta?

—También sé que los conciertos de Vivaldi o de Mozart no lo son.

Quiso añadir algo, pero cambió de opinión y siguió lustrándome los zapatos. La expresión de su rostro indicaba que no pensaba rebajarse a hablar de música conmigo.

—¿Te extraña que supiera que el *Concierto para violín* de Beethoven es para una gran orquesta? —insistí, porque su actitud empezaba a crisparme los nervios.

—Me extraña encontrar a un griego que entienda de música clásica.

—¿Por qué? Tenemos orquestas sinfónicas y también todo un Palacio de la Música.

Se echó a reír.

—Sí, tenéis todo eso, pero os falta el amor. Nosotros, en Bulgaria, amamos la música clásica más que vosotros. Sé que no me crees, pero es tal cual. —Hablaban bien el griego, con un pesado acento del norte.

—¿Por qué no iba a creerte?

—Porque los griegos siempre os consideráis superiores en todo.

Su mirada volvía a ser desafiante, pero esta vez intenté responder con calma.

—De acuerdo, es posible que no seamos tan aficionados a la música clásica como vosotros, pero tampoco es que nos dé alergia. No a todos, al menos.

—¿Cómo se suele decir? ¿Él que se quema con el caldo sopla hasta el queso?

—No, hasta el yogur. Él que se quema con el caldo sopla hasta el yogur.



¿Por qué? ¿Tú te has quemado?

Optó por no responder y se dedicó a lustrarme los zapatos. Observé que sostenía el paño con fuerza entre los dos dedos de la mano derecha, mientras los del medio colgaban, incapaces de ayudarlo.

—¿Tocabas el piano?

—El violín —contestó con cierta reticencia.

—¿Y por qué lo dejaste? ¿Por la artrosis? —apunté, señalando los dedos. Dejó el paño y me regaló una sonrisa sardónica.

—No se me había ocurrido. A partir de ahora diré que fue por la... ¿cómo la has llamado?

—Artrosis. ¿Quieres decir que no se debió a la enfermedad?

Volvió a reír.

—No, fue cosa de la mafia. Ellos me rompieron los dedos para que no pudiera tocar.

¿Por qué rompería la mafia los dedos de un músico? Seguro que no era uno de los capos de la noche, ni el propietario de un club nocturno. Era un violinista. Supuse que me estaba mintiendo. Los emigrantes ilegales lo hacen a menudo, sea para conseguir algún beneficio o porque quieren crear una personalidad nueva, a la medida de su nuevo país.

Él vio mi mirada recelosa en el momento de coger el dinero, pero no dijo nada. Se limitó a sacar de un compartimento de su cajón, junto con el cambio, un papel doblado en cuatro. Me lo tendió sin hacer ningún comentario.

Era la fotocopia de un diploma del Conservatorio Estatal de Sofía y, sujeta con un alfiler, la traducción oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores de Grecia. La traducción detallaba que Christo Stoitschef había completado los cursos de violín clásico del Conservatorio Estatal de Sofía con sobresaliente. Eso certificaba que no era un mentiroso, pero no explicaba por qué la mafia le había roto los dedos, salvo que tocara insoportablemente mal, cosa que no parecía muy probable.

Le devolví los documentos en silencio. Al guardarlos con cuidado en el pequeño compartimento, sacó una tarjeta y me la tendió. Llevaba escrito a mano y con temblorosas letras mayúsculas su nombre y el número de un teléfono móvil. Y por debajo, también con letras mayúsculas: «Profesor de violín».

—Quizá sepas de algún niño que quiera tomar clases —dijo—. Para enseñar a tocar no es necesario usar los dedos. Basta con explicar correctamente.

Tenía razón, aunque no se contrata a un profesor de violín con los dedos rotos, como no se contrata a un profesor de esgrima al que le falta una mano. Pero no quise decepcionarle y opté por una respuesta vaga.

—Vale, si sé de alguien, ya te avisaré.

De nuevo me observó con su expresión irónica. Era evidente que trataba de encontrar algún alumno por cuestión de orgullo, aunque ni siquiera él mismo creía que fuera a conseguirlo.

Estábamos sentados a una de las mesas del asador en la esquina de Satovriandu con Doru, justo detrás del puesto del limpia. Al final, la promesa que le hice no había resultado tan vaga. Le había encontrado un puesto como profesor de violín en un centro de educación especial. No puedo decir que la junta y la directora estuvieran encantados con mi propuesta, aunque conseguí convencerles de que un profesor minusválido se ganaría más fácilmente a los niños.

Esto es lo que le explicaba mientras comíamos; él, una ración de pollo con pita y yo, una de hamburguesas. En esta ocasión no me dedicó su habitual mirada de ironía, sino una de incredulidad. Le costaba creer que la tarjeta escrita a mano que había entregado pocos días atrás a un desconocido bastara para cambiar su suerte. Para ser sincero, mi interés por él no estaba exento de segundas intenciones. Me intrigaba cómo un músico se puede liar tanto con la mafia como para que terminen destruyendo su carrera. Sólo se me ocurría que tal vez había tocado en un local nocturno donde también hacía de camello, hasta que metió la pata y tuvo problemas. Si este era el caso, se trataba de algo tan frecuente que estaba perdiendo el tiempo.

—¿Por qué te rompieron los dedos?

Planteé la pregunta a bocajarro a propósito, aunque la respuesta fue igual de directa:

—¿Por qué quieres saberlo? ¿A ti qué te importa?

—Por nada, sólo es curiosidad.

Dejó el tenedor en el plato y me miró.

—No preguntas sólo por curiosidad. Me has hecho un favor y ahora quieres tu recompensa. Ya que no puedo tocarte el violín, debo contarte mi historia. —Sentí vergüenza y quise retirar la pregunta cuando él prosiguió—: De acuerdo, te la contaré. No me gusta hacerlo, porque todavía duele. Pero ¿quién sabe? Tal vez sea una manera de ir acostumbrándome poco a poco al dolor.

Calló, cogió el tenedor y se metió un bocado en la boca. Empezó a masticar mecánicamente, como si el gesto le ayudara a concentrarse.

—Vine a Grecia en el noventa y dos. Busqué trabajo en las orquestas sinfónicas, pero no había vacantes de violinista. Les faltaban otros instrumentos: oboes, tubas, fagotes... Tampoco en Bulgaria tocaba en una gran orquesta, sino en bandas locales. La cuestión es que, en la época de Zivkof, en Bulgaria la gente bailaba tango, vals y fox trot. En toda Sofía, sólo había un par de clubes donde se tocara el rock. También había bandas de jazz, pero el jazz no necesita violines. Intenté ingresar en la Orquesta de Música Ligera de la Radio Griega, donde tomaron nota de mi nombre y dirección, aunque nunca llegaron a llamarme. Así que terminé haciendo lo mismo que hacen los músicos en el mundo entero: durante el día tocaba en las plazas y las galerías, y por la noche frecuentaba las tabernas y los restaurantes.

Calló y echó un vistazo alrededor, como si buscara algo. Vio que su vaso de cerveza estaba vacío y me preguntó tímidamente:

—¿Puedo pedir otra?

—Y otra más para mí.

Aprovechaba el pretexto de la cerveza para hacer un pequeño intervalo, porque las palabras le salían con dificultad. El asador estaba vacío y la cerveza llegó enseguida. Tomó un sorbo largo y siguió hablando con los labios cubiertos de espuma.

—Por la mañana tocaba en las galerías que van de la avenida Stadíu a Karayorgui de Serbia.

—¿En las galerías de Psarú?

—Sí, donde ahora hay una hamburguesería. A veces también tocaba en las plazas, aunque no tanto como en las galerías, sobre todo cuando llovía.

Hasta el mediodía, elegía piezas serias. El *Adagio en mi mayor* de Mozart, las *Canciones rusas* de Sarasate, o algún fragmento de la *Sonata para violín* de Schumann. Por las noches, mi repertorio era más ligero: el *Danubio azul*, algún chardas<sup>[7]</sup>, *La paloma* o *A media luz*. Un mediodía había colocado mi atril en las galerías y tocaba el segundo *Capricho vienés* de Kreisler. Pensaba terminar la pieza y marcharme cuando vi entrar en las galerías a una joven con cazadora y una espléndida melena rubia, recogida en la nuca. Llevaba un bolso que enseguida reconocí como el estuche de una flauta. Me dirigió una rápida mirada y siguió caminando hacia Karayorgui de Serbia. Al poco volvió sobre sus pasos y se quedó a cierta distancia, para oírme tocar. Cuando terminé, se acercó a mí. «Buenos días, soy Frida», me dijo en un griego macarrónico. Me contó que era de Albania, que había aprendido a tocar la flauta en el Conservatorio de Tirana y que también tocaba el *clarino*. Me preguntó si me molestaría que ella también tocara en las galerías, aunque en un horario distinto al mío.

Calló, como cuando se dice algo muy serio y luego se hace una pausa para subrayar la importancia de lo expresado. Clavó el tenedor en un trozo de carne, comprobó que ya estaba fría y se contentó con tomar un poco de cerveza.

—Acordamos que nos turnaríamos. Un día tocaría yo desde la mañana hasta mediodía y ella, desde mediodía hasta la tarde. Al día siguiente, al revés. Así no nos haríamos la competencia. Sólo coincidíamos a mediodía, cuando cambiaba la guardia, por así decirlo, y nos contábamos si había movimiento y si caía dinero. Pasaron un par de meses, vi que ella respetaba nuestro acuerdo y le propuse una colaboración. Por las mañanas, no, porque habríamos perdido dinero. Los que van de paso, si han de soltar algo, dejan lo mismo a un músico que a dos. Pero por las noches, cuando entra todo tipo de gente y cualquier cosa vende, no conviene tocar por separado, uno después del otro. A los clientes no les gusta que les interrumpen continuamente y al final ya no meten la mano en el bolsillo. Así empezamos a tocar juntos por las noches: tangos griegos y extranjeros, valsecitos... A menudo, Frida traía su *clarino* y tocábamos piezas populares. —Hizo una nueva pausa para tomar otro sorbo de cerveza—. Tú no eres emigrante y es posible que no lo entiendas, pero a los emigrantes les conviene vivir a dúo, como les conviene

tocar a dúo.

—Y decidisteis vivir juntos —intervine para demostrar que lo había entendido.

—Sí. Al principio, fuimos muy felices. Parecía que nuestra suerte había cambiado. Encontramos un pequeño apartamento, un semisótano cerca de la plaza de Ática, y formamos un hogar. Hasta entonces, habíamos compartido pisos con otros y, cuando apremiaba la necesidad, incluso habíamos vivido en almacenes. —Pensó un poco y añadió—: No sé, tal vez la culpa fuera del apartamento.

—¡Dos bestias en la misma jaula! —dije, para demostrar que de nuevo le entendía.

—No, dos músicos en la misma jaula —me corrigió—. No hay ningún problema mientras te dedicas a tangos, valeses y piezas populares. Decides tocar un poco más lento o un poco más rápido, o un poco más fuerte, para hacerte oír por encima del ruido de la taberna. Pero, cuando interpretas música de verdad en un apartamento pequeño, y tienes al otro encima diciéndote lo que piensa de cada nota que emites, la cosa cambia. ¿Has oído hablar de Karel Szymanovski?

Sin querer, me eché a reír.

—Me pides demasiado. Mis conocimientos terminan en Stravinsky.

—Szymanovski fue un gran músico. Te lo digo yo, y ten en cuenta que mi vida empezó y terminó con Szymanovski.

Ahora hablaba con voz entrecortada, tal vez para aumentar el suspense y dejarme sin aliento. O quizá se debía a la emoción.

—Me examiné en música de cámara con la *Sonata para violín en re menor* de Szymanovski y obtuve un sobresaliente, cuando terminaron las pruebas, los profesores vinieron a felicitarme uno tras otro. Desde entonces, me gustaba tocar esa sonata de vez en cuando. ¿Porque me complacía saber que la tocaba bien, o porque así recordaba mis exámenes, ya que, para la mayoría de los músicos, son el único éxito profesional que conocen en toda su vida? Piensa lo que quieras. Una noche, antes de salir para las tabernas, me dio por tocar la segunda parte de la sonata. Frida estaba planchando. Como te he dicho, lo que uno hacía, el otro lo veía o lo oía, imposible evitarlo, salvo que salieras a la calle. La cuestión es que ella dejó de planchar y me preguntó

en tono burlón si tocaba en tempo *moderato*. «No —respondí—. Es un *andantino tranquillo e dolce*». «Pues tú tocas como si fuera *moderato*», insistió Frida. ¿Te das cuenta? Una música de Albania, que había aprendido a tocar la flauta en un conservatorio de Tirana, y me decía cómo había de tocar la *Sonata* de Szymanovski, ¡a mí, que me valió un diploma con sobresaliente y las felicitaciones de mis profesores! ¡Intolerable, lo mires como lo mires! Nos enzarzamos en una pelea monumental, y entonces descubrimos que cada uno consideraba al otro un músico mediocre, aunque aquella fue la primera vez que lo admitíamos. Tuvimos que interrumpir la discusión para salir a trabajar, pero yo no pensaba dejarlo pasar, así que esperé mi oportunidad. Una noche que interpretó la primera flauta de la *Sonata para dos flautas* de Telemann, le dije que aquello que tocaba no era *gracioso*, sino *andante*. Nos enzarzamos en otra pelea y nos lanzamos acusaciones muy graves. Yo le dije que seguramente era albanesa de origen turco, por eso no se le daba mal el *clarino* y la música popular, aunque con la flauta y la música de cámara no acertaba una. Fue un error, nunca debí decirle eso, pero se trataba de una discusión sobre música y perdí los estribos. Entretanto, en lo profesional nos iba cada vez mejor. Vinieron a hablar con nosotros unos chicos que habían oído tocar a Frida en las galerías y nos propusieron formar un grupo de música callejera. Violín, acordeón, guitarra y bajo, y Frida alternaría la flauta con el *clarino*. Así que empezamos a tocar cada mañana en la calle Ermú. Pero discutíamos también dentro del grupo. Cada vez que hacíamos un descanso, empezaba la disputa. Qué mal suena; no, qué mal suena lo tuyo. O me incordiaba: «No toques tan *fortissimo*, hijo mío, que al final romperás las cuerdas». Y, cuando ella tocaba la flauta, yo la pinchaba: «¡Qué estilo; suena como un *clarino*!» No tardaron en llegar los golpes bajos, como decís vosotros: «Es un do y se oye como un do sostenido», le decía, por ejemplo. Y ella esperaba su oportunidad de desquitarse: «¿Estás tocando en si bemol? Suena como un la». Los otros músicos estaban hartos y de buena gana nos habrían echado, pero el trabajo iba bien y por eso aguantaban y trataban de calmarnos. En casa, nuestra vida se convirtió en un calvario. Piensa que llegué a tocar sólo con violín la primera parte de la *Novena* de Beethoven para demostrarle cuánto afinaba el *allegro ma non troppo, un poco maestoso*, en comparación con el *molto vivace* de la segunda parte.

Suspiró y pidió otra cerveza, esta vez sin solicitarme permiso.

—Una mañana, después de una bronca, los otros tres músicos me llevaron aparte y me explicaron que no podían seguir así. Frida y yo no tocábamos, nos peleábamos musicalmente. Al final decidieron que yo debía dejar el grupo y que Frida seguiría, porque dominaba dos instrumentos y les resultaba más útil. No rechisté; me fui directo a casa, recogí mis cuatro trapos y me largué. Pero aquello me sentó mal. Fatal. No se echa al primer violín para quedarse con el *clarino*, ¿no te parece? A la mañana siguiente fui y me planté en la acera de enfrente. Esperé a que hicieran un descanso y empecé a tocar yo. Aquello les fastidió. Lógicamente, no podían tocar sin interrupción, de vez en cuando necesitaban tomarse un respiro, y entonces me metía yo como una cuña y no paraba. ¿Y qué crees que elegía? La primera parte del *Concierto para violín en do mayor* de Vivaldi, la tercera parte del *Concierto para violín en mi mayor* de Bach, el «Verano» de las *Cuatro estaciones* y, cómo no, la *Sonata* de Szymanovski. Nadie me daba un duro, pero claro, eso era lo de menos. Quería ponerles nerviosos. Además, empezaron a ganar menos dinero, porque los transeúntes no sabían decidir si la moneda me la merecía yo o ellos, y al final no se la daban a nadie. El acordeón y el guitarra venían todos los días para pedirme que me fuera. Ellos eran muchos, decían, y no les resultaría fácil cambiar de puesto; en cambio yo tocaba solo y podía ir a cualquier parte. Ni por esas. Si podía tocar en cualquier parte, ¿por qué no en la acera de enfrente? Y seguí haciéndolo, hasta que una mañana descubrí que Frida ya no estaba. La habían echado, con la esperanza de que así me largaría yo también. No se equivocaron: me fui.

Levantó su vaso y lo apuró de un trago. Me miró un momento en silencio y luego prosiguió:

—¿Esperas que te diga que me dolió que la echaran? No, no me dolió nada. Ella me había echado a mí, ¿no es cierto? —Calló para ver si quería hacer algún comentario, pero yo me mantuve en silencio. Entonces, continuó con una sonrisa amarga—: Había aprendido de mí y me administró mi propia medicina. Como comprenderás, ya no tocábamos juntos por la noche. Yo había vuelto a lo de antes: tocaba chardas, *La Paloma*, algún que otro valsecito. Una noche, justo después de empezar a tocar en una taberna de Pangrati<sup>[8]</sup>, se abrió la puerta y entró Frida. Esperó que terminara *Vuelve*,

*aguando tu regreso* y atacó el *allegro* de la *Fantasía para flauta* de Fauré. Al principio la clientela lo tomó como una broma, pero cuando a *Los pájaros cantan para nosotros* siguió la *Suite para flauta* de Telemann, empezaron a gritar que nos calláramos. Un camarero nos puso de patitas en la calle y ninguno de los dos sacó ni un céntimo. Nos separamos delante de la puerta sin pronunciar palabra, sin mirarnos siquiera. Ambos sabíamos que había empezado la tercera parte del partido. A partir de la noche siguiente, adopté su táctica. No era difícil encontrarnos, porque frecuentábamos los mismos establecimientos. Cuando ella tocaba un valsecito con la flauta o una pieza popular con el *clarino*, yo la seguía con Paganini. Y, cuando yo interpretaba algún tango o una pieza de opereta, ella me sucedía con Vivaldi o con Bach. Al final de este enfrentamiento, abandonamos los tangos, los valeses y los aires populares y nos limitamos a la música de cámara, como si esperásemos que los comensales, volcados en sus chuletitas y sus pescaditos, determinarían cuál de los dos interpretaba mejor a Bach, Paganini o Telemann. Desde luego, la clientela se enfadaba muchísimo y exigía a los camareros que nos echaran. «Hemos venido a tomar unos vinitos y nos meten música clásica», se indignaban. «¿Desde cuándo acompañamos el aguardiente con Bach, y encima tocado por unos albaneses de mierda! ¡Si al menos fuera Jatzidakis o Theodorakis! Pero sois tan rastreros y nos odiáis tanto, que no queréis interpretar música griega». Comprenderás que no sacábamos ni cinco. El poco dinero que ganábamos por la mañana apenas nos alcanzaba para no morirnos de hambre. No conseguía pagar el alquiler y, cada dos por tres, me echaban de los pisos. Los propietarios de los locales ya nos conocían y no nos permitían entrar, pero nosotros volvíamos cada noche. A veces, llegaba yo primero y Frida se presentaba para jorobarme; otras, primero iba ella y se la fastidiaba yo. Hasta los vendedores de flores y de cedés se iban cuando llegábamos, porque sabían que habría problemas y no querían meterse en líos. —Calló de nuevo y me miró—: ¿Adivinas lo que pasó al final? —preguntó.

—Me lo imagino. Algún tabernero os hizo una faena.

Asintió con la cabeza.

—Un tabernero de Petrálona<sup>[9]</sup>. Nos había advertido: «Si seguís viniendo por aquí, lo pagaréis caro», prometió. Pero, cuando eres músico callejero,



recibes cien amenazas al día. No le hicimos caso y seguimos yendo dos o tres veces por semana. En general, nos echaban a los dos. Salíamos a la calle sin abrir la boca, nos alejábamos y volvíamos a encontrarnos en el siguiente local. Una noche, justo en el momento de separarnos delante de la taberna de Petrálona, aparecieron dos tipos y nos agarraron. Nos metieron a empujones en un coche y nos ordenaron que cerráramos el pico. Cruzamos toda la ciudad y llegamos a unos almacenes vacíos, creo que debajo de las vías del metro de Pireo. Allí me cogieron primero a mí, me sujetaron las manos encima de una mesa metálica y me rompieron los dedos. A continuación cogieron a Frida, le rajaron los dedos y se los quemaron con un hierro al rojo vivo. Luego nos soltaron. Sabían que no nos atreveríamos a denunciarlos. — Hizo una pequeña pausa y concluyó—: Ahora sabes por qué trabajo de limpiabotas.

—¿Dónde está Frida ahora? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Que yo sepa, trabaja de camarera en una cafetería de Petrúpolis.

No me resultó difícil encontrar la cafetería ni a la propia Frida. Era la única camarera rubia del establecimiento. La otra llevaba el cabello teñido de rojo. Christo no había mencionado que fuese tan guapa, tal vez por timidez, o quizá para que no lo tachara de idiota por haber sacrificado a una mujer como ella por una diferencia entre el do y el do sostenido.

Frida dejó un vaso de agua encima de la mesa, al tiempo que me preguntaba qué deseaba tomar. Pedí un capuchino y lo tomé despacito. Calculé que el griego moderno dedica a su café una media de una hora, y sólo entonces pedí la cuenta. Junto con el dinero, dejé una buena propina y mi tarjeta. Le echó un vistazo y me la devolvió.

—Se ha debido mezclar con los billetes —señaló con cierta hostilidad.

—No. Me han dicho que tocas la flauta y el clarinete.

Se sorprendió, y su mirada se tornó aún más hostil.

—Eso era antes. Ya no. Tuve un accidente. —Hablaba el griego con fluidez, aunque con el mismo acento cerrado que Christo.

—Pero podrías dar clases.

—¿Conoces a muchas albanesas profesoras de flauta? —preguntó con sarcasmo.

—No, pero vengo a ofrecerte un trabajo.

—¿De bailarina? —soltó, siempre con sorna.

—No, de profesora de música —insistí.

—¿Dónde?

—Tenemos que hablar tranquilamente. ¿Cuándo terminas tu turno?

Me dijo que la esperara a las nueve en otra cafetería, en los Santos Desamparados. Llegó con quince minutos de retraso. Su mirada me dijo que no confiaba en mí.

—Para empezar, ¿cómo has sabido de mí?

—Antes tocabas con un grupo en la calle Ermú. Ellos te mencionaron. — La explicación resultó convincente y se relajó—. Ya sé, sospechas que alguien puede haberte calumniado, pero incluso él habló bien de ti —añadí.

Se levantó de inmediato para irse. La agarré de la muñeca justo a tiempo.

—Le conocí por casualidad —añadí para tranquilizarla—. Trabaja de limpiabotas y dio la casualidad que me lustró los zapatos un par de veces. Tiene un pequeño casete y escucha siempre música clásica.

Aguardé su reacción, pero ella se limitó a menear la cabeza con una sonrisa irónica.

—Le comenté que estaba buscando a un profesor de flauta para niños discapacitados y te recomendó. Christo me habló del grupo y fui a preguntarles.

—¿No te dijo nada más?

Opté por el camino de la verdad.

—Sí. Me lo contó todo.

—Si te lo contó todo, es imposible que hablara bien de mí. Se cree un gran violinista, y a mí me considera una albanesa que ni siquiera sabe sostener bien la flauta. —De pronto, me mostró las palmas de las manos y los dedos quemados—. Mira lo que me hicieron, por culpa de él.

—Lo sé. También vi sus dedos rotos, que apenas le permiten sostener los cepillos y lustrar los zapatos.

Calló por un momento, como si intentara imaginarse a Christo con los cepillos. Pero su ira pudo más.

—Es egoísta, como todos los malos músicos —dijo—. Una vez me llevó a escuchar la orquesta filarmónica de Sofía. Se pasó medio mes hablándome del gran maestro Konstantin Ilief. Estuvimos toda una semana comiendo sólo pan con olivas para reunir el dinero de las entradas. Allí vi a un director contorsionándose en el podio, pero de buena música, ni rastro. Cuando se lo dije, Christo se enfureció. «¿Cómo va a entender la albanesa una orquesta de este calibre?», me espetó. ¿Qué crees, que sólo los griegos nos despreciáis? Nos desprecian los búlgaros, nos desprecian los serbios y los macedonios, hasta los nuestros de Kosovo nos desprecian. En fin. Yo era la albanesa que no entendía nada de música, sólo sabía fregar, planchar y cocinar. Él tocaba el violín y no movía ni un dedo en casa. Mal músico y mal amo. Mira, en la cafetería me toca servir cafés y fregar platos, pero me pagan por ello. Ya sé que el amo me engaña, me da la mitad de lo que me corresponde, no tengo pagas extra, no estoy asegurada, pero, a pesar de todo, me pagan. En casa hacía lo mismo sin cobrar ni un euro, y encima tenía que escuchar música mala. ¿Sabes que no se creyó que conociera a Karel Szymanovski? Que era amigo íntimo de Arthur Rubinstein y Pavel Kochanski y que su obra maestra era *Stabat Mater*. ¡Cómo puede una albanesa conocer a Szymanovski! Y él atacaba la segunda parte de la *Sonata para violín* y, en lugar de tocar *andantino tranquilo e dulce*, tocaba *moderato* a secas. ¡Ni siquiera *moderato cantabile*!

—¿Te interesa el trabajo que te ofrezco?

Mi pregunta la devolvió a la realidad y reavivó su recelo.

—¿Por qué me ofreces un trabajo?

—Porque estás discapacitada y comprenderás mejor a los niños con necesidades especiales.

—Vale, lo haré. Dime adónde debo ir —respondió sin pensarlo más.

Sé qué deseaba saber en realidad: si Christo estaría también allí. Pero no llegó a preguntarlo, tal vez por miedo. Si le hubiese dicho que sí, se habría visto obligada a declinar mi oferta.

Lo arreglé todo para que se encontraran en el colegio. Christo ya estaba allí, ataviado con sus mejores galas, o lo que quedaba de ellas. Estaba entre los

niños y el personal, detrás de la directora. Esperaba que el equipo de televisión estuviera listo para el reportaje en directo cuando se abrió la puerta y entró Frida. Se miraron, y la primera reacción de ella fue echar a correr. Pero Christo se adelantó y se interpuso en su camino. Por un instante permanecieron inmóviles, hasta que él abrió los brazos. Ella vaciló al principio, luego avanzó un paso, cubrió la distancia que los separaba y permitió que la estrechara contra su pecho. El abrazo los relajó y las lágrimas corrieron por sus mejillas. ¿Lágrimas de amor? ¿De destierro? ¿O lágrimas musicales, como aquellas que nos empañan los ojos cuando Tosca muere al final?

La directora, indiferente a tales emociones, se acercó a mí, disgustada.

—Pero ¿qué es esto? ¡Delante de los niños y antes de presentarse siquiera! —protestó.

—No se preocupe, no se repetirá —respondí en tono cortante.

No se atrevió a insistir. Temió que me fuera con el equipo de la tele y tanto la institución como ella misma se quedaran sin publicidad.

Los puestos de Frida y de Christo no corrían peligro mientras yo conservara mi puesto en la cadena. Ningún director del centro se arriesgaría a un escándalo público, y mucho menos un escándalo de discriminación racial contra dos músicos discapacitados. Pero si yo perdía mi puesto en la tele, ellos se encontrarían de patitas en la calle el día siguiente. Sin saberlo, su destino estaba ligado a mi futuro profesional.

**SIN DECORADOS**

—Oír, Gorgakis, amigo. ¿Por qué estas manchas encima de i?

—No son manchas, Basir, son puntos, y cuando son dos y van juntos no los llamamos puntos, sino diéresis. ¿Has entendido?

—No.

—Mira, si no fuera por estos dos puntos, no diríamos «Panazinaikós», sino «Panazinekós<sup>[10]</sup>». Ponemos la diéresis y leemos «Panazinaikós», como «Zermaicós<sup>[11]</sup>», por ejemplo. Sin los puntitos, «Panazinekós», con los puntitos, «Panazinaikós». ¿Lo has entendido?

—Bravo, Gorgakis ser buen maestro. Yo entender.

—Y no me llamo Gorgakis sino Yorgakis. ¿Aún no has aprendido a pronunciar la y?

—¿Como en yogur?

—Bien, ya sabes decir yogur. Yorgakis suena como yogur. A ver, sigue leyendo.

—¡Pa-na-ti-nai-kós!

—«... tinaikós» no. «... zinaikós». Esta es una zeta y esta es una delta.

—Pa-na-zi-nai-kós.

—Eso es. Ahora lo has dicho bien. Ves a ver qué quieren tomar y vuelve.

—Dos *suvlakis* cerdo completos, salada de tomate y salada verde.

—¿De dónde eres tú? ¿De Egipto?

—No. De Sudán.

—¿Sudán? Muertos de hambre, ¿eh?

—Sí, guerra.

—Ya sé, os matáis unos a los otros y tiene que ir la ONU a separaros. Campos de refugiados y todo eso. ¿Vienes de un campo de refugiados?

—No, yo de Jartum.

—De Jartum, ¿eh? Y allí, ¿cuántas veces llueve en un año?

—En Jartum llover. Desierto, no llover.

—Claro, allí beben agua una vez al mes. Y de lavarse ya ni hablamos. Un desastre. Imagínate... ¿Cuántos kilómetros ha hecho este desgraciado? ¿Tres mil? ¿Cinco mil? Y todo para venir a Atenas a servir *suvlakis*.

—La culpa es de ellos. Que no nos hubieran echado.

—¿A quiénes?

—A nosotros, a los griegos. ¿Sabes cómo era Jartum cuando aún estaban allí los griegos? ¡Un paraíso! Ni la propia Suiza, oye. Nos echaron y se fueron a la mierda. Y no es sólo Sudán. Les pasó lo mismo a todos los que nos echaron. Mira el caso de Egipto. Desde que Náser nos dio puerta, el país va de mal en peor. Y Turquía, que ahora llama a las puertas de Europa y espera que le abran. ¡Ya veremos si le abren!

—Pues sí que sabes de historia.

—Sí, tú ríete, a ti sólo te interesa la juerga. Pero ¿has visto cuánto han avanzado en Skopja en cinco años? ¿Por qué crees que ha sido? Porque hemos ido nosotros.

—Oír, Gorgakis, amigo. Pana-zi-naikós-Panjonios, ¿qué pongo?

—Primero, un poco de ortografía. Dale la vuelta al boletto y escribe «Panionios».

—¿Correcto así, Gorgakis, amigo?

—No correcto, Basir, amigo. «Panionios» se escribe con i. Dale la vuelta otra vez y escribe «Panserraicós»... Increíble. Esta, que es una palabra difícil, la has escrito bien.

—Porque estar en tercera, como yo, Gorgakis. Por eso. Jugar en misma liga. Ayer, antes dormir, conté dos *o*, cinco *i* y dos *e*. Mareo. Nunca apender... aprender.

—No te lo tomes así. Ni siquiera los griegos escriben bien.

—Ahora decir: ¿qué pongo Pana-thi-naikós-Panio-nios?

—Diría que uno-equis.

—¿Panionios empatar?

—Pero ¡qué dices! ¿Has visto cómo juega el Panionios últimamente? Y el Panathinaikós arrastra los pies.

—Sí, pero Panathinaikós jugar en gasa.

—Se dice casa. Ca-sa. Algo me dice que eres un vaselina<sup>[12]</sup>.

—Yo gustar Panathinaikós, pero ser Olimpiacós.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Cómo te puede gustar el Panathinaikós y ser del Olimpiacós?

—Si amigo Gorgakis, es Olimpiacós, yo también Olimpiacós.

—Así me tumbas siempre. ¿Y qué crees que debemos poner en PAOK-Olimpiacós?

—Un dos como un templo, Yorgakis. Un dos como un templo.

—¡Oye, Basir! Entre broma y broma estás aprendiendo griego. ¡Un maestro de mi calibre, y que tenga que preparar *suvlakis* en lugar de enseñar!

—Zodorís, deja de dar la lata. ¡No has parado desde que salimos de casa!

—¡Yo quiero pizza!

—¡Hoy comemos *suvlakis* y punto!

—¡Niki quiere *suvlaki*! ¡Yo quiero pizza!

—Escucha, Zodorís. Tú eres un ninja, ¿verdad? ¡Si hasta llevas el uniforme! Los ninjas no comen pizza, comen carne. Mucha carne. Y también pediremos calamares, ¿de acuerdo? ¡Oye! Quince pinchos de carne, dos de patatas con queso y dos de *tzatziki*. ¿Qué bebemos?

—Naranjada.

—Coca-Cola.

—Una naranjada, una Coca-Cola y una Kaiser.

—Naranjada... Coca-Cola y una cerveza. ¿Traer patatas ahora o con *suvlakis*?

—¿Por qué has hecho esto? ¡Dime! ¿Por qué lo has hecho?

—¡Soy un ninja!

—¡Una pesadilla, eso es lo que eres!

—¿Por qué le pegas, Yota?

—¿No has visto que le ha dado una patada al pobre hombre?

—¿Y qué? ¿Sabes cuántas patadas habrá recibido este en su vida? Ya no vendrá de una.

—¿Lo he visto bien? ¿El niño de las narices te ha arreado una patada?

—Dejar, Gorgakis, amigo. Mal pequeño.

—¡Despierta! ¡No permitas que te den patadas! ¡Ellos son los negros, no tú!

—Negros, no. Americanos.

—¿De qué americanos hablas, gilipollas?



—Niño dar patada, padre dar dos euros. Como americanos.

—Amigo, eres listo, lo reconozco. Por eso se te da tan bien el griego, que es una lengua difícil. Ven, mira eso y alucina. ¡Mira! ¡No, míralo bien! ¡Un Toyota Corola Verso! ¡Treinta y dos combinaciones distintas de espacio interior, equipo estéreo con reproductor de cedes, DVD con pantallas en el respaldo de los asientos delanteros! ¡A todo lujo! ¡Y qué glamour! ¡Lo he leído todo: *Auto-Motor-Sport*, *Cuatro Ruedas*, *Drive*, *Car and Driver*, todo! ¡No hay otro coche como este! Al principio me inclinaba por el Toyota Lancruiser pero...

—Lan-d-cruiser, Gorgakis, amigo. Así decir en inglés. Lan-d-cruiser.

—¡No me digas! ¿Y dónde has pillado tú el acento de Oxford, gilipollas? ¿En el Sudán? Cierra la revista y escríbeme «parabrisas». A ver. ¿Lo sabes escribir? ¿Ves? Parabrisas es una palabra y se escribe con i, no con y. ¡Venga ya y no me vaciles!

—Cuando termine la clase, ¿podrías traerme un pollo con pita? Ah, y no te agobies, que no hay prisa.

—Vale, hombre. Estoy enseñando a este pobre desgraciado un poco de griego. Ten paciencia, que no vas a morirte de hambre.

—Si tengo que esperar a que sepa bien el griego, ya me habré muerto de inanición.

—Venga, Basir, que este gilipollas nos ha interrumpido. ¡Mira el aparato de música y admira! Potenciador de señal de radio, reproductor de cedes, doble platina, dos altavoces de ochenta vatios y dos de cuarenta. ¡Lo pones a tope y superas el Palacio de la Música! ¡Y aquí está lo más glorioso de todo! ¡El Home Cinema de Philips! ¡Cierra los ojos e imagínate este sueño en pantalla gigante! ¡Cada mañana, antes de abrir el local, pongo el aparato a toda pastilla! Cada noche, cuando vuelvo hecho polvo del trabajo y quiero relajarme, pongo el Home Cinema a todo trapo. ¡Y, entremedio, el Toyota Corola Verso! ¿Sabes cuánto cuesta el paquete completo?

—¿Cuánto?

—¡Una quiniela de trece aciertos! Venga, te toca a ti. ¿Qué vas a hacer con tu dinero?

—No saber. Pensarlo.

—¿Comprarás una casa en Jartum o traerás aquí a tu familia?

—Aún no tomar decisión.

—¿Por qué no?

—Porque mucho dinero y no creer ganar. Mejor no tomar decisión.

—Para ganar, has de creértelo, amigo. Creértelo y soñar. Sólo entonces se gana. Tú no lo crees, no sueñas y me darás mala suerte a mí también.

—En mi patrio...

—Se dice «en mi patria». Patria es femenino.

—En mi patri-a creer en Dios, no creer en mucho dinero, Gorgakis, amigo.

—De acuerdo, como tú quieras. Echa un último vistazo a la quiniela porque la voy a cerrar. ¿Ponemos uno-equis a Panathinaikós?

—Vale.

—¿Ponemos dos a Olimpiacós?

—Vale.

—¿Y clavamos el Iraklís-Calamariá?

—Vale.

—La cierro y mañana la echo a primera hora de la mañana.

—Gorgakis, amigo. ¿Me hacer favor?

—¿Qué favor?

—Poner dinero mío y yo te doy lunes.

—No hay problema. Tu límite de crédito te cubre de sobras.

—Jefe! ¿Estáis a la faena o qué?

—¡Enseguida!

—Gorgakis, amigo, esta vez escribir pedido. Mira. ¿Escribir correcto?

—Dos de cerdo con pita, pollo con pita, dos de hamburguesas con patatas, dos de *tzatziki*, una ensalata. Todo correcto menos la ensalada, que se escribe con d. ¡Bravo, Basir, eres un as!

—Dime una cosa. ¿Los negros llevan el *tzatziki* como lo llevas tú?

—A ver, amigo. ¿Qué te ha hecho el pobre hombre y por qué te metes con los negros?

—¿Qué pasa? ¿Hemos ofendido a tu camarero? ¿Tú comerías *tzatziki* servido con un dedo negro metido dentro? Claro que a lo mejor el dedo sustituye la oliva de Kalamata. El color es parecido.

—Basir, trae el *tzatziki*, que se lo cambio. Y oye. Sujeta los platos por

debajo, con los cinco dedos. Así se hace en los buenos establecimientos.

—¡Adónde iré a parar este país! Hace unos años le habrían despedido por tratar así a un cliente. Ahora le disculpan, y encima es negro.

—¿Cómo va, Gorgakis, amigo?

—Reza para que no termine. Faltan los últimos cinco minutos, más el tiempo de descuento, y el Panionios va ganando uno a cero.

—Hemos metido la pata, Gorgakis. Quiniela a la basura.

—Espera, quedan ocho minutos. Nunca se sabe.

—Saber lo que digo, Gorgakis, amigo. Yo ser gafe. A la basura.

—Jefe, otra de patatas y una de *feta* con salsa de orégano.

—Y dos verdes.

—Chicos, lo siento. Hemos cerrado.

—Pero ¿qué dices?

—El local está cerrado.

—¿Hablas en serio? ¿Te ha dado por bajar las persianas en medio de la comida?

—Hoy es una excepción, tenemos que cerrar temprano. Y no os preocupéis por la cuenta: invita la casa.

—No se puede salir los domingos, maldita sea. Todos están apalancados. Mil veces mejor quedarse en casa y encargar una pizza.

—¡Basir, cierra el local y abre unas cervezas! ¡Hemos acertado, Basir! ¡Trece aciertos! ¡Increíble pero es verdad!

—¿Pa-na-zi-nai-kós meter gol?

—¿Verdad que es increíble? Marcó en el último minuto. ¡Es la primera vez en mi vida que me alegro porque haya ganado el Panathinaikós! Venga, tenemos que organizarnos. Tú cortas el pan y preparas la ensalada; yo aso los *suvlakis*, corto la pita y lo celebramos.

—Querer llamar mujer.

—Después. Primero hemos de ver la información deportiva para saber cuánto hemos ganado. Venga, a nuestra salud.

—Salud. Con la derecha.

—Se dice «enhorabuena», no con la derecha. Con la derecha entramos por primera vez en una casa y lo decimos cuando hay un buen comienzo. Cuando nos felicitamos por algo bueno, decimos enhorabuena.

—Enhorabuena.

—¿Ya sabes qué harás con el dinero?

—Todavía pensarlo.

—Sois lentos, muchacho. Sois muy lentos. Lo pensáis, le dais vueltas, llegan los americanos y os lo echan todo por tierra. Mira si no en Irak.

—Cuando faltar todo, Gorgakis, amigo, difícil saber qué comprar primero.

—Silencio ahora. Están dando los resultados... ¡Pero no! ¡Me cago en la mala suerte!

—¿Qué ha pasado?

—¿Sabes cuántos han conseguido trece aciertos? ¡Trece! Trece plenos, ¿te lo puedes creer? Veinte mil ciento cincuenta euracos a cada uno.

—¿Son pocos, Gorgakis, amigo? ¿Diez mil euros cada uno?

—¡Pero qué estás diciendo! ¡No te enteras de nada, joder! ¡Por una vez que aciertas, aparecen otros trece y te lo quitan del bolsillo, joder! Bueno, cierra y nos vamos a casa.

—¿No celebrar?

—¿Qué quieres que celebremos? ¿Qué hemos perdido dinero? Deja, se me han quitado las ganas.

—¿Adónde quieres llamar?

—Sudán.

—¿Adónde en Sudán?

—Jartum.

—Me lo sueltas a cuentagotas y hay cien más en la cola. Siéntate y espera.

—¿Cobrar dinero quiniela, Yorgakis, amigo?

—¿Qué dinero? Calderilla querrás decir. Lo cobré esta mañana.

—Me dar mis diez mil.

—¿Qué diez mil?

—Diez mil de quinielas.

—Pero bueno, Basir. Yo pagué el boleto de mi bolsillo. Yo lo llevé a sellar. ¿Y te he de dar la mitad? ¿Me has tomado por idiota?

—Decirte pagar mi parte y yo te dar cuando cobrar.

—Qué te iba a dar y me vas a dar. Yo fui a la administración, sellé el

boleto y lo pagué enterito de mi bolsillo. Es lo único que sé. Además, ¿qué he cobrado para darte a ti una parte? Veinte mil de nada. Tuve que dejar el Toyota Verso y conformarme con un Nissan Miera, y luego resultó que no me alcanzaba el dinero para el Home Cinema y tengo que pagarlo a plazos.

—Vale. Te dar ahora mismo dinero quiniela.

—Dámelo. Pero para la semana que viene.

—¿La que viene?

—La que jugaremos el domingo.

—No otro domingo. Yo querer mi dinero ahora.

—Basir, escucha. Ya sabes que te quiero.

—Saberlo.

—Sabes que soy tu amigo y te protejo.

—Saberlo.

—Sabes que yo te enseñé griego.

—Saberlo.

—Pues, te doy mi palabra de honor de que no tocaré ni un céntimo del siguiente boleto hasta que tú cobres los diez mil.

—No entender qué dice.

—Te digo que, cuando volvamos a ganar la quiniela, tú cobrarás primero tus diez mil, más lo que te corresponda del nuevo boleto, y luego ya cobraré yo. Te prometo que, a partir de la próxima quiniela, no recogeré ni un euro antes que tú.

—No nueva quiniela. Yo querer de esta.

—A ver, Basir. ¡Si ni siquiera has decidido en qué gastar el dinero! ¿A qué viene tanta prisa? ¡Primero decide! Si cobras ahora, no sabrás qué hacer con la pasta y la malgastarás. Hazme caso. Es peligroso ganar dinero si no tienes un plan. Estás confuso y se te irá de las manos. Bueno, lo dicho. A partir de la próxima semana, primero cobras tú y luego yo. Y ahora vámonos, hay que currar. Empieza a cortar los tomates...

—Nombre: Basir.

—Sí, señor.

—Apellido: Al Jaled.

—Sí, señor.

—Lugar y fecha de nacimiento: Jartum, 1975. ¿Correcto?

—Correcto.

—Bien, Basir. Volveré a leer lo que me has contado y, si quieres cambiar algo, me lo dices. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Trabajaba en el asador Ebro desde el año 2002. Allí conocí a Yorgos Tsákonas, que era el cocinero del establecimiento. El arriba mencionado Yorgos Tsákonas fue bueno conmigo desde mi primer día de trabajo. Transcurrido un tiempo nació entre nosotros una sincera amistad. Casi cada semana rellenábamos juntos un boleto de quinielas. Eso es lo que hicimos el jueves pasado, 7 de octubre. Yo no tenía dinero y le pedí a Yorgos Tsákonas que pagara el importe completo, asegurándole que le daría mi parte otro día, cosa que aceptó. El domingo, 10 de octubre, por la tarde, cuando supimos que teníamos trece aciertos, Yorgos Tsákonas cerró el local antes de la hora para celebrar nuestra victoria. Pero por el programa televisivo *Domingo de atletismo* supimos que, aparte de nosotros, había otros trece acertantes de trece. Entonces Yorgos Tsákonas cambió completamente de actitud. Se enfadó por tener que compartir el premio con trece acertantes más. El lunes por la mañana, a eso de las diez, cuando abre el asador, pregunté al arriba mencionado Yorgos Tsákonas si había cobrado ya el dinero de las quinielas. Me respondió que sí pero, cuando le pedí mi parte, que ascendía a diez mil euros, el mencionado Yorgos Tsákonas no quiso dármele. Al principio, alegó que había pagado el boleto en su totalidad y que, por lo tanto, le correspondía todo el premio. Cuando le dije que estaba dispuesto a entregarle enseguida la parte que le debía, respondió que la aceptaba, pero en depósito para la siguiente quiniela, que rellenaríamos juntos. Luego intentó tranquilizarme diciendo que, cuando ganásemos otra quiniela, yo cobraría primero los diez mil euros que me correspondían del boleto ganador, además de lo que me correspondiera del futuro boleto. No hizo caso a mis protestas y puso fin a la conversación alegando que había trabajo. Me ordenó que empezara a cortar los tomates y las cebollas para los *suvlakis* de la jornada. Mientras cortaba los tomates con el cuchillo, empecé a sentirme ofuscado por la injusticia que estaba cometiendo conmigo. En esos momentos, el arriba mencionado

Yorgos Tsákonas me daba la espalda y estaba colocando la carne en el asador. Sin darme cuenta de lo que hacía, le atacé por detrás y empecé a clavarle el cuchillo en la espalda, hasta que cayó al suelo, cubierto de sangre. Después recuerdo que tiré el cuchillo y salí corriendo del asador... ¿Has entendido lo que te acabo de leer?

—Sí, señor.

—No has entendido nada pero no importa. Lo he escrito tal como me lo has contado. He añadido la palabra «ofuscado», por si cuela.

—Lo he entendido todo. Sé griego. Lo escribo y lo leo.

—Qué suerte. Lo necesitarás en chirona. Vlasópulos, teniente. Ya está, ha firmado. Hemos terminado. Ahora mismo lo trasladan.

# **CARTA VERDE**



El chico, robusto y achaparrado, daba vueltas, con los brazos abiertos como palas de una veleta que gira a lo loco. Había pocos transeúntes en la acera de la avenida Tres de Septiembre, y su madre no cargaba las compras en una mano mientras sujetaba al chico con la otra. Le dejaba caminar por la parte interior de la acera, bajo régimen de vigilancia parcial.

El pequeño detectó la lata a unos diez pasos, a la altura de la plaza de la Victoria. Hasta el momento había dado patadas a un tetrabric pisoteado, a una bolsa de papel rota, a un limón podrido y a una caja de cartón vacía que, con enorme placer, consiguió mandar tres tiendas más allá. Aún no había ninguna lata en su repertorio. Echó un rápido vistazo al tipo sentado en la acera detrás del bote, con la cabeza vencida a un lado y los ojos cerrados. Llevaba unos tejanos raídos y una camisa a cuadros. Del cuello le colgaba un rótulo de cartón.

El chico siguió caminando como si nada. Debido a los movimientos bruscos se le había subido la camiseta, revelando una barriga hipertrófica en miniatura. Al siguiente paso, alzó la vista hacia la torre de la compañía telefónica mientras rozaba, casi por azar, la lata con la punta del pie. El golpe fue suave aunque artero, con efecto, de los que consiguen engañar al más experto de los guardametas. El bote giró un par de veces sobre su eje, se volcó y las monedas se desparramaron por el suelo. El chico no se detuvo a disfrutar del resultado de su patada, sino que echó a correr tras su madre, como corre el jugador después de marcar un gol. Así se perdió la oportunidad de leer el rótulo que colgaba del cuello del tipo con un cordel plateado, de los que se utilizan para atar ramos de flores o cajas de bombones: «Soy serbio de Bosnia y tengo hambre».

El sonido metálico despertó al serbio de Bosnia. Como no había visto la

patada del chico, se preguntó cómo se había volcado el tarro. Lo levantó y empezó a recoger las monedas. No habían ido a parar lejos, sólo una fue rodando de canto hacia la avenida Tres de Septiembre, hasta topar con un pie femenino enfundado en una sandalia. La mujer que cogió la moneda rondaría los setenta, una pieza de museo de la época en que la plaza de la Victoria era el orgullo de la burguesía ateniense. Echó una mirada iracunda a la otra mujer, aunque esta seguía su camino indiferente a la hazaña de su hijo.

—¡Desde luego, señora, podría enseñar a su crío a pedir perdón! —dijo en voz lo bastante alta para que la oyeran los transeúntes más cercanos, pero no la madre del crío en cuestión.

Se acercó a la lata y, en el momento de echar dentro la moneda, se fijó en el rótulo: «Soy serbio de Bosnia y tengo hambre».

—También vosotros, hijo mío, habéis venido aquí en masa —dijo lo bastante alto para que la oyera el bosnio, pero no los transeúntes—. Serbios, bosnios, serbios de Bosnia, de Skopja, albaneses... Mendigos y guerras civiles, este ha sido siempre nuestro destino.

El serbio de Bosnia vio con alivio que la mujer ya se alejaba. No quería llamar la atención. Sabía por experiencia que el buen mendigo debe confundirse con el entorno, como los árboles y los bancos de las aceras. Dobló las piernas, apoyó la barbilla en las rodillas y cerró los ojos. No quería parecer sano. Tampoco le interesaba parecer enfermo, un portador de gérmenes en un espacio público. Por eso se encogía y cerraba los ojos: ni sano ni enfermo, simplemente agotado y, por lo tanto, incapaz de trabajar. Su alarma interna le indicaba cuándo debía abrir los ojos para controlar lo que sucedía a su alrededor. A ese sistema lo llamaba «patrulla», y lo aplicaba repetidas veces.

Durante una de esas patrullas los vio. Estaban delante del Flocafé y se disponían a cruzar la calle en dirección a la plaza. Dos maxibebés campechanos, de brazos fornidos y espaldas anchas, que reían intercambiando empujones.

«Anteayer era uno, hoy se han doblado», pensó el mendigo, y los observó a través de los párpados entornados. Se acercaron a él, alegres y risueños.

Guardó la bolsa de tela debajo de las piernas y metió dentro la lata con las monedas. Los tipos se fijaron en el gesto y dejaron de bromear. Se separaron

para cortarle la retirada, uno hacia la avenida y otro hacia la calle Aristóteles. El serbio de Bosnia empezó a retroceder con la intención de escapar por la calle Esperanza.

Lo pillaron en la esquina. Uno de ellos le echó el brazo sobre los hombros y empezó a hablarle amigablemente en serbio:

—¿Cuándo sentarás la cabeza? Ya te advertí que no vinieras más por aquí. Este puesto es para los chicos. Da mucho dinero. ¿Ves?, ahora me he visto obligado a venir con mi amigo.

Lo abrazó con más fuerza para sostenerlo en pie, mientras su compinche le golpeaba en silencio, metódica e inexpresivamente. Se formó un grupo alrededor de ellos. Asiduos de la plaza, clientes y camareros de los restaurantes, transeúntes varios, observaban sin reaccionar, como si no estuvieran dispuestos a perderse un espectáculo gratuito simplemente por cuestión de principios. Sólo un niño pequeño, que su padre llevaba en brazos, empezó a lanzar puñetazos al aire, imitando los gestos del matón.

Dejaron al serbio de Bosnia desmadejado en la acera. Uno de ellos se agachó para coger su bolsa.

—Me lo llevo como multa —explicó en el mismo tono amistoso.

La multitud se separó para abrirles paso. El parlanchín se detuvo delante del niño para jugar con él fingiendo un combate de boxeo. Luego prosiguieron su camino hacia la calle Aristóteles, sin dejar de bromear intercambiando bromas y empujones.

Cuando se hubieron marchado, el serbio de Bosnia se esforzó por incorporarse, no fuera a ser que algún filántropo con efecto retardado llamara a la policía o a una ambulancia. Aunque no tenía por qué preocuparse: la gente ya se dispersaba. Al limpiarse la cara con un trapo descubrió que quedaba manchado, así que se palpó para ver dónde sangraba y empezó a presionar las heridas para detener la hemorragia.

Se apoyó en una pared hasta recuperar el control de las piernas y luego enfiló hacia la calle Filis. Se detuvo delante de un club nocturno. El mercero de al lado guardaba una copia de las llaves, para dárselas a la mujer de la limpieza o para abrir a los transportistas que traían bebidas adulteradas. Habían acordado que le daría algo para que se cambiara antes de empezar a trabajar.

—Pero ¿qué pintas traes? —El mercero lo observó con una mirada en la que se mezclaban el horror y la satisfacción.

—Llaves —dijo el serbio de Bosnia en tono seco.

No tenía ganas de hablar. Sólo quería lavarse la cara, cambiarse de ropa y marcharse de allí.

—¡Recoge tus harapos y lárgate! —dijo el mercero en un tono que no admitía discusiones—. Quise ser bueno, pero tú me arruinarás el negocio.

Se quedó en el lavabo el tiempo necesario para limpiarse la sangre de la cara. Estaba doblando su ropa limpia cuando vio al mercero en el umbral de la puerta, con la mano tendida.

—Mi dinero —exigió—. Tú te esfumarás y luego cualquiera te encuentra.

—No haber dinero... Llevárselo...

—¡A mí no me vengas con esas, imbécil! ¿A quién pretendes engañar?

Quiso agarrarlo por las solapas, pero en esas vio la sangre y le dio asco.

El serbio de Bosnia le mostró la cara.

—¿No lo ves?

—Y porque te han pegado tú quieres birlarme la pasta, ¿eh? ¡Ya te enseñaré yo!

El mercero se retiró del umbral como un rayo y le cerró la puerta en las narices. Al mismo tiempo, oyó la llave girando en la cerradura.

—¡Ahí te quedas hasta que llegue la policía para detenerte! —gritó el mercero desde fuera.

Al serbio de Bosnia le entró pánico y empezó a aporrear la puerta.

—Vale, vale, darte dinero.

Dio gracias a Dios por haber tenido la previsión de no guardar toda la recaudación en la bolsa, sino de distribuirla en los bolsillos. Claro que así perdería todo lo que había ganado a lo largo del día, pero lo único que deseaba en su lamentable estado era no caer en manos de la policía.

La puerta se abrió y la mano del mercero se apropió de los tres billetes.

—¡Aquí pagamos nuestras deudas! —gritó—. No como vosotros, que nos chupáis la sangre con la ayuda de Bruselas, todo préstamos a fondo perdido. ¡Sois basura!

El serbio de Bosnia pasó de largo y salió del lavabo sin decir ni una palabra.

—¿Por qué lo haces, Vasilis? —le preguntó Milena en serbio—. ¿Por qué finges ser serbio cuando eres griego?

Él no respondió. Se había cubierto la cara con una toalla empapada en agua fría. Se sentía exhausto y le daba pereza repetir lo mismo una y otra vez.

—Yo era profesora de francés en Sarajevo y ahora me dedico a limpiar la recepción y los servicios del hotel La Mirage. Es lógico. Pero a ti no te entiendo. Fuiste griego en Bosnia y quieres ser bosnio en Grecia.

Él fue a mojar de nuevo la toalla, que ya se había calentado. Un pretexto para no contestar. Hablar no conducía a ninguna parte. Ellos lo habían planeado de otra manera, pero las cosas les habían salido mal. Eso era todo. Después de fracasar dos veces en los exámenes de ingreso universitario de Grecia, acabó estudiando Ingeniería Química en Sarajevo. Allí conoció a Milena. Era un poco mayor que él y ya había terminado Filología Francesa. La madre de Vasilis murió mientras él estaba en Sarajevo. No tenía más familia, por lo que la de Milena lo acogió. Empezaron a vivir juntos a los tres meses de conocerse: Vasilis, Milena y la familia de su hermano, que era herrero. Con la guerra civil cerraron la universidad; ya nadie quería tomar clases de francés y dejaron de construir casas nuevas; más bien se dedicaron a derruir las viejas. Vasilis era su tabla de salvación. Recogieron los bártulos y se trasladaron a Grecia.

Pero allí se invirtieron los términos. Vasilis estaba en su país y todos dependían de él. Empezó a buscar un trabajo relacionado con sus estudios, en algún laboratorio o industria. Cada vez que le cerraban una puerta, bajaba un escalón. Cuando se dio cuenta de que sólo podría trabajar como obrero no especializado, le entró el pánico y rodó por los escalones de tres en tres. Al final, fue a buscar empleo en el sector de la construcción, pero allí tampoco lo aceptaron. Contrataban a extranjeros más fuertes, que trabajaban por la mitad del salario y sin cobrar las horas extras. Él era enclenque y griego, podría denunciarlos a la Seguridad Social y meterlos en líos.

Descubrió la mendicidad por azar, como quien gasta una broma. El día en que le cerraron la última puerta cogió enfurecido un cartón, escribió «Soy serbio de Bosnia y tengo hambre», se lo colgó del cuello con un cordel y se sentó en el suelo. Quería demostrar a los griegos que un compatriota suyo podía terminar como serbio en su propio país. Pensó que así los avergonzaría

a ellos y se castigaría a sí mismo. Se estaba estrujando los sesos para encontrar una solución al problema del trabajo cuando oyó el tintineo entre sus pies. Se agachó y vio la moneda. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo miraba y se la guardó en el bolsillo. Pronto cayó más dinero, esta vez un billete de cien<sup>[13]</sup>. De repente llegó a la conclusión obvia: si mendigas siendo griego, eres un drogata. Si mendigas siendo refugiado de los Balcanes, eres un ser inferior destinado a demostrar la generosidad del griego medio comedor de cordero. Así, por casualidad, descubrió la única profesión que podía ejercer: mendigo serbio de Bosnia.

—Bueno, si has de fingir que eres bosnio, ¿por qué no buscas trabajo en la construcción? Si quieres, pregunto por ahí —se ofreció el hermano de Milena, que tenía un oficio y fue el primero en colocarse.

Pero Vasilis no quería. Aunque no le pidieran los documentos, en cualquier momento se le podía escapar algo en griego y meterse en problemas. También mendigando se veía obligado a callar la boca, aunque no tanto. A fin de cuentas, no quería que sus compatriotas capataces lo explotaran como si de verdad fuera de Bosnia.

Mientras pensaba en todo eso, trataba de decidir dónde podría ir a mendigar a partir de entonces. Imposible volver a la plaza de la Victoria, era demasiado peligroso. De repente, se acordó de un asador en la parte baja de Lénorman, que ponía mesas en el parquecito y servía comidas y cenas. Tomó la decisión y se dispuso a salir para reconocer el terreno.

—Creo que conozco un puesto estupendo —dijo a Milena en serbio.

Ella no respondió. Lo miró brevemente en silencio, tratando de contener las lágrimas. Luego lo abrazó con fuerza.

Se apostó en la esquina del asador. Enfrente estaba el pequeño parque con los bancos y los parterres. Las mesas del local ocupaban el espacio entre los parterres, cubiertas con grandes manteles de papel sujetos con unas piezas de plástico para que no se los llevara el viento.

A la hora del almuerzo había pocos clientes y nadie le hizo caso. Con los primeros comensales de la noche empezaron los problemas. Se le acercó un camarero que, con gestos y palabras, trató de explicarle que tenían trabajo y

allí molestaba. Se levantó sin rechistar y fue al otro lado. Se instaló junto a la pared del edificio que estaba al otro lado del asador. Así perdía la ventaja de la esquina, pero también evitaba los líos.

El asador se llamaba Los Bistecs de Korajais. Cuando vio que se le acercaba un tipo con la camisa sudada y desabrochada, dedujo que se trataba del propio Korajais en persona.

—¡Te hemos dicho que te largues, no que cambies de puesto! —le soltó secamente—. No te quiero cerca del local.

—Aquí no local.

—Esta es mi casa. ¿Me entiendes? No mi piso, sino el edificio entero. Las cuatro plantas son mías. Levántate y marchando.

No sabría decir si obedeció por miedo o porque el olor a sudor y a fritanga de Korajais le resultó insoportable. En todo caso, siguió insistiendo. En cuanto Korajais le dio la espalda, se dirigió al parque. Eligió un banco y se instaló en él. Tenía delante las mesas del asador, mientras los comensales se encontraban en plena cena. Notó que el estómago le hacía ruidos. Es el síndrome de Sarajevo, pensó. Tengas hambre o no, en cuanto ves un plato de comida, las tripas empiezan a protestar.

—Yannis, dale algo para que se vaya. No me gusta que me miren los hambrientos mientras como.

—Llevamos todo el día echándolo, pero no se larga.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó el cliente a su mujer.

—¿Qué quiere decir qué más da? Ya que tenemos que cargar con ellos, al menos que no nos molesten mientras comemos.

Vasilis vio que el camarero se dirigía de nuevo hacia él acompañado de Korajais, pero no se movió del sitio.

—¿No te he dicho que te largues, imbécil?

—Aquí parque, aquí no asador.

—¡Ahora verás! —Y empezó a tirar de él para que se levantara.

De repente, se apoderó de él la misma rabia que el día en que decidió declararse serbio de Bosnia. Asestó una patada furibunda al camarero, que dio un traspiés y derribó la mesa del matrimonio. La bandeja con la carne resbaló y cayó en el regazo de la mujer, que se puso histérica. Vasilis se alegró, porque había sido ella quien había llamado la atención sobre él.

Korajais, con la ayuda del camarero y del marido, finalmente lograron inmovilizarlo hasta que llegara la poli.

—¡Que vuelvan todos a su país y nos dejen en paz!

La mujer conservaba intacto su ataque de histeria. Habían arrinconado a Vasilis avanzando en semicírculo, la mujer y su marido en los extremos; Korajais, el camarero y un policía formando la curva central.

—No puedo mandarle de vuelta —respondió el oficial de guardia en tono cansino—. Viene de un país en guerra y tiene estatus de refugiado político. —Se dirigió a Vasilis—. La documentación.

—No tener documentos. Refugiado político, venir clandestino.

Hablaba como todos los refugiados ilegales en casos como ese, sin mirar al representante del orden a los ojos.

—¡Qué bien! ¡Cualquier inútil puede destrozarte el local y luego hacerse pasar por refugiado político! —exclamó Korajais fuera de sí.

—¿Dónde lo has detenido? —preguntó el oficial de guardia al agente.

—En el parque, señor.

—¿Tienes permiso para poner mesas en el parque?

Korajais lo miró fijamente para darle a entender lo obvio, que sobornaba a alguien, pero el oficial no se dejó impresionar.

—¿Tienes permiso? —insistió.

—¿Y porque no tenga permiso resulta que este puede venir a destrozar las mesas y molestar a los clientes?

—Pon una denuncia.

—Y pasar tres años de tribunal en tribunal.

—Eso ya es cosa tuya.

Al no encontrar ayuda, Korajais se volvió hacia Vasilis:

—Con este estado de mierda que tenemos, hacéis bien en robar nuestras casas y destrozar nuestros negocios. Nos lo merecemos.

—Hemos llegado a un punto que les creo capaces de cobrar hasta de los refugiados ilegales —dijo la mujer cuando salieron al pasillo.

El oficial la oyó, pero no le hizo caso. Ya estaba acostumbrado. Miró a Vasilis.

—No hay cargos, puedes irte —le indicó.

—Tú, hombre bueno. Tú querer gente de mi país.



Ya no tenía que controlar sus palabras. El griego le salía macarrónico de forma espontánea, natural.

—Déjate de camelos y lárgate. Tienes suerte que esa bestia me cae mal.  
—Se refería a Korajais.

Dio las gracias por última vez y se fue.

Bajó los escalones de dos en dos. En la planta baja lo detuvo una cuarentona angustiada.

—¿Sabe en qué piso está el oficial de guardia?

—No le entiendo, soy extranjero —le respondió en serbio.

La comisaría estaba en una calle desierta y mal iluminada. Sólo una lechería trasnochadora arrojaba un poco de luz. Sacó el rótulo maltrecho, lo alisó como pudo y volvió a colgárselo del cuello. Apoyó la espalda en la pared de la lechería y fue bajando hasta quedar sentado en la acera. Había perdido la lata, de modo que extendió su pañuelo. No pasaban coches ni autobuses, y los transeúntes eran contados, apresurados e indiferentes. Sin embargo, él se quedó allí hasta la medianoche, inmóvil, con el rótulo colgado al cuello:

«Soy serbio de Bosnia y tengo hambre».

**SONIA Y VARIA**

Diría que anda por los sesenta y cinco, aunque podría ser más joven. La grasa y la calvicie sin duda le avejentan. Está tumbado de espaldas en la cama y yo me he sentado encima de él. Eso tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Si estuviera yo debajo, me aplastaría con sus ciento diez kilos de peso, pero al menos podría mirar al techo y pensar en Varna y el mar Negro. De esta manera, me libero de su peso, pero me veo obligada a mirarlo a la cara, ver las pequeñas gotas de sudor que brillan en su calva, se acumulan y se convierten en pequeños regueros que le resbalan hasta las cejas.

Está jadeando. No de placer, sino porque hace casi una hora que se afana por tener una erección.

—Tú no me ayudas —susurra con voz ronca—. No me ayudas nada.

No le contesto porque, si empezamos a hablar, pasará otra hora. Me limito a moverme un poco, para que no pueda quejarse.

—¡Así, muy bien! —dice, agradeciendo mi engaño, y empieza a manosearme los pechos. Sus palmas, sudorosas, resbalan encima de mis pezones. Hace un último y desesperado esfuerzo, pero le abandonan las fuerzas y desiste. Sus manos caen inertes encima del colchón y permanece inmóvil, contemplando las manchas de humedad que cubren el techo como una capa de nubes. Me levanto rápidamente, por miedo a que cambie de opinión y decida intentarlo de nuevo.

—No problem. Mucho trabago... Cansado... —le digo para consolarle—. Venir otro día, ir mejor.

Se vuelve para mirarme, pero yo sólo veo sus párpados, esos pequeños globos en forma de plátano que le cubren los ojos por completo.

—Claro —replica—. Y yo te pagaré la próxima vez. Lo que faltaba, que una búlgara me time.

No sé si callarme o ponerme a gritar, y opto por el silencio. Pretende quedarse con el dinero, por daños y perjuicios. Si protesto, me dará una

paliza por cinco mil miserables dracmas. Me consuelo pensando que abajo, en el bar, tendrá que vérselas con Andreas, el jefe. Él se queda con la pasta gorda y no permitirá que se le escape.

—Andreas me ha engañado esta noche —dice, como si me hubiera leído el pensamiento—. Eres sólo fachada, en la cama eres un paquete.

Se va y lloro la pasta perdida. De los cuarenta mil que vale el servicio, Andreas se queda con treinta y cinco y me da los cinco restantes. Y de estos aún me quita la mitad por la ropa que me compra, por el alquiler que debo pagarle, por la luz que gasto, por el agua que utilizo para lavarme...

Me visto rápidamente para bajar al bar y buscar el siguiente cliente pero, antes de llegar a la puerta, alguien la abre desde fuera. En el umbral aparece Andreas con sus dos matones.

—Nada más llegar ya tengo que aguantar tu mierda. —Me fulmina con una mirada tenebrosa, que desmiente la tranquilidad de su voz—. Aún no había entrado en el local cuando se me echó encima ese gordo.

—Yo no hacer nada... Él no poder.

—Él no tiene que poder. Tú has de poder. Sois las corderitas ilegales de Bulgaria las que habéis de tener la carne tierna, no el cliente que os compra.

Sus dos matones avanzan un paso con una sonrisilla en los labios y sé la que me espera. Miro detrás de mí. No puedo saltar por la ventana, quedaría tan inútil para ellos como para mí misma. Andreas se ha apostado en la puerta y me corta la salida. La mesa plegable tiene unas patas inclinadas que me impiden esconderme. Sólo queda la cama. Me subo de un salto y me enrosco como un feto, dejando sólo la espalda desprotegida. Mantengo la vista fija en la almohada, no veo nada, pero oigo sus risas y siento la lluvia de golpes. Al menos, en la cama me libero de las patadas, pienso con satisfacción, cuando de pronto una mano me agarra del pelo y me levanta la cabeza mientras otras dos empiezan a abofetearme. Después, las cuatro manos me agarran a la vez y me tiran al suelo. Ahora es el turno de los zapatos de punta, que se clavan indiscriminadamente en mis costillas, en mi espalda, en mis espinillas. Sólo se libra mi cara porque, si me la destrozan, ya no les serviré de nada.

Muerdo los labios con fuerza y me trago la sangre. Sé que no me pegan porque haya fallado. Me pegan porque soy la única que todavía no había recibido ninguna paliza; de hecho estaban buscando un pretexto para

dármela.

Se cansan y paran, jadeando. Me quedo enroscada en el suelo, no levanto los ojos para mirarlos. Lo sé gracias a Nina. «Cuando dejen de pegarte, no les mires nunca. Tu mirada les irrita y entonces vuelven a empezar».

Oigo la voz de Andreas.

—Ve a maquillarte, que estás horrible y vuelve dentro de una hora. Ah, y si me montas otra vez el numerito, te meto una sobredosis y saldrás por la tele.

Oigo que la puerta se cierra detrás de ellos. Me apoyo en la cama y consigo levantarme. No sé qué duele más, el cuerpo o la rabia. Rabia por la paliza no merecida, rabia por Andreas, que sólo me da cinco mil dracmas y encima me quita la mitad. Rabia porque se quedó con mi pasaporte y me tiene bien atrapada.

La casa es un viejo edificio de dos pisos, en una callejuela detrás de la plaza Kumunduru. En la planta baja hay un almacén. En el primer piso vivimos tres chicas, Varia, Nina y yo, una en cada habitación. Varia es de Rusia; Nina, de Rumania.

No hay luz en las escaleras, pero he aprendido a subir a tientas. Busco la pared en la oscuridad y me apoyo en ella porque, cada vez que pongo el pie en un escalón, el dolor se me clava en las costillas y me deja paralizada. Me acerco tropezando hasta mi puerta y oigo la voz de Varia que susurra:

—Sonia... Sonia...

Me vuelvo, pero no veo a nadie, sólo un haz de luz que sale de la puerta de su habitación. Me doy cuenta de que me está llamando desde el interior. No tengo ganas de contarle mi dolorosa historia, sólo quiero acostarme al menos media hora y descansar un poco, antes de maquillarme los moratones y volver al bar. Pero hay lazos entre Varia y yo, lazos entre dos desesperaciones idénticas, y no puedo fingir que no la he oído.

Habrá visto mi sombra por la rendija y abre un poco más la puerta.

—¿Qué pasa? ¿No trabajas esta noche? —le pregunto en ruso.

El ruso era mi pesadilla en el colegio. No entendía de qué me iba a servir y me parecía una tontería estrujarme los sesos para aprenderlo. «¡Hagas lo que hagas, necesitarás saber ruso!», decía la profesora, que me tenía mucha simpatía. Y, mira por dónde, resulta que tenía razón.

—Entra —dice Varia.

Pero tampoco ahora me abre del todo la puerta. Espera a que me cuele por la rendija y la cierra enseguida.

Si no la hubiera cerrado, habría dado media vuelta para salir corriendo. En medio de la habitación está tendido Kostas. Tiene el brazo derecho extendido y sus dedos rozan la pata de la mesa. El izquierdo está doblado, con la mano cerrada en puño. Mantiene la mirada fija en el brazo izquierdo, como si quisiera admirar el volumen de sus bíceps, aunque se lo impide el cuchillo que tiene clavado en el corazón. Se trata de un simple cuchillo con mango de madera, de los que se encuentran en todas las cocinas.

—¡Le he matado! —dice Varia—. Lo encontré sentado a la mesa, cenando. En cuanto me vio entrar, se levantó y empezó a pegarme...

Empieza a temblar, las palabras salen como sollozos, atropelladas. Debido a su agitación, por un lado, y a mi ruso deficiente, por el otro, me pierdo la mitad de lo que dice. De todas formas, no importa. Ya me sé la historia. Varia tuvo la mala suerte de toparse con Kostas cuando llegó a Atenas. Se hicieron novios y se fueron a vivir juntos, pero también la obligaba a atender clientes. Y para colmo era celoso. Cada vez que ella volvía de una cita, le daba una paliza.

—Nada más llegar, empezó a pegarme. «¡Todas las rusas sois unas putas!», gritaba. «Cuando los comunistas se apoderaron de Rusia, vinisteis a Grecia para prostituiros. Y ahora que ha caído el comunismo, venís a hacer de putas». —Calla, porque la voz le sale ronca, como si tuviera un ataque de asma, y tiene que recuperar el aliento—. No quería matarle —dice al final y se echa a llorar—. Vi el cuchillo encima de la mesa y lo cogí para amenazarle. No sé cómo he podido clavárselo.

La suerte del principiante. Le ha dado justo en el corazón. Me quedo mirando fijamente a Kostas cuando oigo un golpe sordo y me doy la vuelta. Varia se está dando cabezazos contra la pared. Corro hacia ella y la abrazo.

—¡No hagas eso! —le digo. Como si pudiera hacer otra cosa.

—Kostas escondía heroína en casa.

Enseguida comprendo lo que eso implica. Si encuentran la heroína, dirán que lo ha matado por la droga. Cualquiera convence a un tribunal de que lo ha matado porque era celoso y la pegaba. ¿Quién va a tener celos de una

emigrante ilegal rusa?

—¿Dónde guardaba la heroína?

—En la cocina. Entre el arroz y los macarrones. Parece azúcar.

Entro en la cocina y encuentro el paquete justo donde me ha dicho Varia. Lo levanto por una punta y me lo guardo en el bolso.

—Yo me ocupo de esto. No deben encontrarla aquí. Tú ve a la policía. Si te entregas, será un atenuante.

Ella se echa a llorar de nuevo.

—Le he matado. Es lo único que cuenta.

—Nina y yo declararemos. Diremos que te estaba torturando y que lo hiciste para salvar la vida.

—No me dejes sola —me suplica.

Si la acompaño a comisaría se nos hará de día y quién me libra luego de la ira de Andreas... Por otra parte, es mi amiga y no puedo abandonarla a su suerte. Le echo el brazo sobre los hombros y la conduzco dulcemente hacia la puerta. Antes de salir, se vuelve y me sonrío.

—Si hubieras venido quince minutos antes, a lo mejor todavía estaría vivo —dice con amargura.

La amargura no es por mí, es por su suerte. Miro a Kostas, tendido en el suelo con el cuchillo asomando de su pecho como el asta de una bandera clavada en la arena. En mis oídos resuenan las palabras de Andreas: «Nada más llegar, ya tengo que aguantar tu mierda».

Vuelvo a meter a Varia en la habitación.

—Trae una bolsa y una sábana —le digo.

Me mira extrañada.

—¿Para qué las quieres?

—Tú tráemelas y no preguntes.

Mientras la espero, saco un pañuelo de papel, envuelvo el mango del cuchillo y tiro de él. La sangre cubre la hoja hasta la mitad. Froto el mango con el pañuelo para borrar las huellas de Varia. Luego limpio con cuidado la hoja, aunque procuro dejar un poco de sangre en la punta. Como si alguien se hubiera tomado la molestia de limpiar el cuchillo y se le hubiera descuidado una gota.

Varia reaparece con una bolsa de plástico y una sábana de color amarillo.

Meto el cuchillo en la bolsa y lo guardo en mi bolso.

—¡Escúchame bien! —le digo—. No iremos a comisaría. Tú quédate aquí y, cuando llegue la policía, tienes que decirles que lo mató Andreas. Vino a casa, discutieron por la droga, bajaron a la calle y allí lo mató. Ambos traficaban con mujeres, ambos traficaban con heroína, se pelearon y lo mató. Si me lo contaran así, hasta yo me lo creería. ¿Por qué no va a creérselo la poli?

Varia me mira sin moverse del sitio.

—¿No está Andreas en el bar? —pregunta.

—No estaba cuando le mataste. Llegó más tarde. Venga, ayúdame a envolverlo con la sábana y a llevarlo abajo, al descampado.

Más que descampado se trata de un vertedero que hay junto a la casa. Doy un empujón a Varia para espabilarla. Por suerte, el muerto aún no está frío y nos resulta fácil envolverlo con la sábana. Pero, en el momento de agarrar los dos extremos para levantarlo, el dolor me atraviesa todo el cuerpo y mis manos se paralizan. Se me ocurre que podríamos arrastrarlo, pero el suelo está sucio y, si dejamos huellas, la poli las verá. Aprieto los dientes y al levantar la sábana se me escapa un gemido. La escalera es estrecha y está sumida en las tinieblas. A cada paso que damos, corremos el riesgo de caer con el cadáver como guinda.

Abro un poco la puerta de la calle y atisbo al exterior. Un grupo de jóvenes pasa gritando y cantando. Doblan la esquina hacia la plaza de Omonia, y nosotras sacamos el cadáver a toda prisa. Desenrollamos la sábana y, por suerte, Kostas cae de espaldas. Por un momento temo desplomarme a su lado, pero consigo mantener el equilibrio. Junto con la sábana, recojo las últimas fuerzas que me quedan.

—Ve a quitar la mesa —le digo a Varia—. Que no se note que Kostas estaba cenando en casa. Y pon la sábana en la cama, para que parezca arrugada de haber dormido en ella. Yo llamaré a la policía.

—¿Crees que se lo tragarán?

Su voz se quiebra en la oscuridad, cargada de dudas.

—Si no se lo tragan, iré contigo a la cárcel para hacerte compañía —contesto y me echo a reír, más que nada para darme ánimos a mí misma.



Pienso qué debo decir por teléfono y cómo para que no sepan que soy extranjera. Porque, si Andreas se entera de que ha sido una extranjera quien le ha denunciado, enseguida sospechará de mí.

Me acerco a la cabina y saco la tarjeta con la que cada semana llamo a los míos en Bulgaria. Antes de marcar el número de la poli, cubro el auricular con un pañuelo de papel. Empiezo a hablar lentamente, para no hacerme un lío y cometer errores.

—En el descampado de la calle Efmorfopulu está Kostas, muerto... Le ha matado Andreas, que tiene el bar Cozy... Se ha llevado el cuchillo...

—¿Tú quién eres? ¿Cómo te llamas?

No le permito seguir. Cuelgo el teléfono.

Me flaquean las piernas. Paro un taxi y le doy la dirección del bar. El conductor, un tipo cuarentón, me mira por el retrovisor.

—¿Eres de Albania? —pregunta.

—De Bulgaria.

—¿Qué tal si nos lo montamos a cambio de la carrera?

No entiendo del todo lo que dice pero pesco el significado. Callo porque, si empiezo a hablar, podría decir cosas que luego lamentaría.

—¿Por qué? —insiste, sonriéndome por el espejo—. ¿Ganabais más en Bulgaria? Todos muertos de hambre. Al llegar aquí se os ha abierto el apetito, porque nosotros somos tontos.

En el primer semáforo le tiro un billete de quinientos en el asiento y bajo del coche. No dudaría ni un momento en atacarme y luego decir que he querido robarle.

Los dos matones están tomando el fresco junto a la puerta del bar. Uno de ellos me agarra el culo al pasar y estalla en carcajadas. Para recordarme que yo soy una corderita de Bulgaria y, para él, todos los días son Pascua. Andreas está sentado a una mesa, charlando con un par de amigos. Se vuelve y me mira con indiferencia.

Voy directa a la pequeña cocina donde friegan los platos y las copas del bar. Sé que estará vacía porque María, la fregaplato, a estas horas ya se ha ido. Desenvuelvo con cuidado el cuchillo que llevaba en el bolso y lo introduzco en el cajón de los cubiertos, debajo de los demás cuchillos. Luego cojo de una esquina la bolsa de plástico con la heroína y la escondo en el

armarito que hay bajo el fregadero.

Me da tiempo de acostarme con dos clientes antes de que llegue el coche con la policía. El primero va rápido. Nada más acostarnos, ya termina. El segundo es de los que necesitan insultarte para correrse y va repitiendo monótonamente «Búlgara, puta, culona», como si fuera una nana. Ninguno de los dos se fija en mis moratones, porque están borrachos como una cuba.

Cuando bajo al bar por segunda vez, veo que la policía ha puesto a Andreas contra la pared y le están registrando. Las chicas se han agrupado en un rincón, desde donde miran asustadas. No le encuentran nada encima y empiezan a registrar el bar. Dos de ellos se dedican a quitar las botellas de los estantes mientras el tercero se dirige al interior. No tarda ni dos minutos.

—¡Señor! —llama al que sigue sosteniendo a Andreas, y acto seguido le muestra el cuchillo y la heroína, metidos en bolsitas de plástico.

—¡No son míos! —aúlla Andreas—. ¡Ni el cuchillo ni el caballo!

Tiene razón. No iba a ser esta mercancía la que habría utilizado para meterme una sobredosis y que saliera por la tele, pero no importa.

—Bueno, a lo mejor no son tuyos —accede el policía—. Pero si resulta que son del tío que has matado, la has cagado. Vosotras esperad, tenéis que declarar —nos advirtió mientras esposaba a Andreas.

—¡Vaya declaraciones tendremos esta noche! —dice un poli, y le guiña un ojo a su compañero.

—¿Estás loco? —responde el otro—. Esas rusorrumanobúlgaras sólo se lavan una vez en la vida, cuando la comadrona las limpia en la palangana. Acabarías pillando cualquier porquería. —Se vuelve hacia Irina, que está colgada de mí y tiembla de miedo—: Tú primera —le dice, y el aliento le apesta.

—¡Le han detenido! —anuncio a Varia al volver a casa—. Te has librado.

—Tú también te has librado.

—Andreas guardaba mi pasaporte y no sé dónde está. ¡El que lo encuentre será mi nuevo amo! —contesto.

Y me voy a dormir.

Paso dos días tranquilos encerrada en casa. No suena el teléfono ni nadie llama a la puerta. No sé si debo alegrarme o preocuparme. A lo mejor Andreas escondió tan bien mi pasaporte, que nadie lo ha encontrado, me digo para animarme.

Al tercer día por la mañana me despiertan varios porrazos en la puerta. Varia y Nina salen sobresaltadas y soñolientas de sus habitaciones. Nos miramos asustadas mientras los golpes siguen y suena una voz imperiosa:

—¡Policía, abrid la puerta!

Mando a las otras dos de vuelta a sus habitaciones y abro la puerta. Me encuentro cara a cara con dos polis jóvenes. Uno es delgado y lleva gafas. El otro, corpulento y rapado, es el que manda.

—¿Tú eres Sonia?

—Sí, señor —respondo amablemente. Empiezo a calcular cuántas noches tendré que dormir en una celda hasta que preparen los documentos de la deportación.

—Vístete, que nos vamos.

—¿Adónde?

—¡No te preocupes! —me tranquiliza el gafitas—. Sólo quieren interrogarte.

El cachas le dirige una mirada de cabreo, porque me ha revelado nuestro destino y le ha quitado el placer de meterme en el coche patrulla y verme temblar de miedo a lo largo de todo el recorrido, sin saber adónde me llevan.

Me pongo rápidamente los tejanos y una camiseta y me echo la cazadora de piel a la espalda. Varia y Nina no dicen ni mu.

El coche patrulla enfila la avenida Alexandras y deduzco que me llevan a jefatura. Esto me tranquiliza, porque demuestra que el gafitas no me ha mentido. Me conducen al tercer piso y me hacen sentar en un banco.

—Espera aquí —dice el gafitas—. Pronto te llamará el teniente Jaritos.

Pasa media hora, más o menos, y otro policía me conduce al despacho de enfrente. Me encuentro delante de un teniente de mediana edad y a primera vista ya sé que no me importaría tenerle como cliente. Es de los que vienen al local cuando su mujer está de viaje, echan un polvo sin decir palabra, pagan tranquilamente y se van.

—¿Eres Sonia Péetrova? —pregunta.

—Sí, señor.

Abre el cajón de su escritorio y saca mi pasaporte. Lo hojea rápidamente y me lo entrega.

—Es tu pasaporte. Lo encontramos en casa del asesino.

Lo cojo y me dispongo a marcharme, pero vacilo. Estoy convencida de que no voy a librarme tan fácilmente, pero resulta que me equivoco.

—Esto es todo, puedes irte —dice el teniente.

Doy media vuelta y me encamino a la puerta, tratando de disimular las prisas. No quiero que vean que estoy impaciente por largarme, para no despertar sospechas. Estoy a punto de abrir la puerta cuando oigo de nuevo la voz del teniente:

—¿Pusiste toda la heroína? ¿No te quedaste un poco para ti?

Se me aflojan las rodillas. Me detengo para recobrar del susto.

—¿De qué está hablando? —pregunto con toda la sangre fría de que soy capaz.

—La que metiste en el armario debajo del fregadero. La pusiste toda, ¿no? ¿No se te habrán despistado unos gramos?

—No tengo nada que ver con la heroína —respondo, cosa que no es del todo mentira, aunque tampoco la pura verdad.

—No vuelvas a hacerlo —replica él, en tono casi paternal—. Reconozco que nos ha convenido, porque queríamos encerrar a ese hijo de puta, pero es posible que no tengas tanta suerte la próxima vez.

Nos miramos un instante. Luego doy media vuelta y salgo del despacho, con el pasaporte en el bolsillo.

## **Nota del autor**

La novela corta *Ingleses, franceses y portugueses...* y los relatos «De refilón», «La emancipación de Tatiana», «Café batido», «Carta verde» y «Sonia y Varia» fueron publicados por primera vez en el diario *Ta Nea*.

## Un cuento infantil

El viejo iba al parque todos los días a las tres de la tarde. En cualquier época del año, siempre llevaba la misma americana a cuadros y los mismos pantalones de color oscuro, desgastados en las rodillas. Fuera invierno o verano, se cubría la cabeza calva con una gorra, en invierno para protegerse del frío, en verano para resguardarse del sol. Se sentaba invariablemente en el mismo banco. Pasaba la primera media hora apoyado en el respaldo, dormitando con los ojos entornados. A la media hora se despertaba, sujetaba el bastón entre las dos piernas, apoyaba las manos en el puño y se dedicaba a observar a los parquícolas.

Era inexplicable cómo lograba encontrar desocupado el mismo banco. Tal vez porque los asiduos lo veían llegar a la misma hora y procuraban dejárselo libre, por discreción o por respeto a su avanzada edad. O, tal vez, porque a esa hora las madres ya se habían llevado a los niños a casa para darles de comer, y los ociosos preferían las cafeterías de los alrededores, donde servían cafés y capuchinos.

La única asidua que encontraba el viejo cuando llegaba al parque era una niña pequeña de piel negra, tan negra que por la noche seguro que se la tragaba la oscuridad. Sólo su pelo rizado tenía reflejos entre castaños y rubios. Llevaba la ropa limpia, a veces tejanos y camiseta; otras, un vestidito floreado; y siempre, las mismas zapatillas deportivas de talla liliputiense.

El viejo encontraba a la pequeña en el parque incluso cuando ya no quedaban otros niños. No sabía que llegaba a las ocho de la mañana y se pasaba allí el día entero. La llevaba un hombre que rondaba los treinta, tan negro como la chica y con la cabeza rapada. La sentaba en un banco y se marchaba. La niña tendía ambas manos y tanteaba los asientos vacíos a su

lado, como si explorara las habitaciones de una casa. Después se levantaba, daba un paseo con paradas ocasionales en otros bancos y volvía al primero. Algunas veces se inventaba juegos, como pasar corriendo junto a los árboles y rozarlos con la mano o trazar círculos a la pata coja. Así llenaba las dos primeras horas, hasta las diez, cuando aparecían los primeros niños, en compañía de sus madres o abuelas.

No es que los niños jugaran con ella. En el parque regían unas estrictas normas de comportamiento. Las madres y las abuelas se hacían compañía, y su relación se reflejaba en los pequeños. La negrita no tenía a nadie y, por lo tanto, se quedaba sola. Además, no hablaba griego. Cuando unos niños intentaron incluirla en su grupo, vieron que no podían comunicarse y perdieron el interés. Pero la negrita había aprendido a moverse en la periferia de las tribus indígenas. Jugaba sola siguiendo los pasos de los demás niños, de manera que formaba parte del juego sin añadirse al grupo.

A la una de la tarde la negrita abandonaba por un rato la plaza, cruzaba la calle estrecha y se dirigía al chiringuito de enfrente. Sacaba dos euros del bolsillo y los dejaba encima del mostrador. Luego se acercaba a las bandejas con las tartas de queso, de espinacas y las pizzas e indefectiblemente señalaba con el dedo la misma tarta de queso. Por supuesto, la vendedora sabía bien qué tarta pediría la niña, pero esta seguía indicándola con el dedo. Después, tarta y servilleta en mano, se encaminaba a la nevera donde guardaban los refrescos y las botellas de agua, la abría y sacaba un botellín de agua mineral. Volvía a la plaza con la tarta de queso y el agua, se sentaba en el banco y comía. Luego tiraba la servilleta y el botellín de plástico en la papelera. Antes de terminar de comer, la plaza ya estaba medio desierta.

Un día, cuando fue a buscar su comida, el precio de la tarta había subido veinte céntimos y no le alcanzaba el dinero para ambas cosas. La vendedora intentó explicarle que debía pagar veinte céntimos más pero, como ya hemos dicho, la niña no entendía ni una palabra de griego. La vendedora lo intentó otra vez y desistió.

—Escucha, hoy pongo yo los veinte céntimos que faltan, pero mañana tendrás que traer dos con veinte. ¿De acuerdo? —La negrita la miraba sin comprender.

—Pero bueno, ¿lo dices en serio? —intervino su compañera, la que

horneaba las bandejas con las tartas—. ¿Cómo esperas que entienda que necesita más dinero si tú pagas la diferencia?

Dejó la bandeja que llevaba, cogió del mostrador los dos euros que había dejado la niña como todos los días y volvió a depositarlos en la palma de su mano. Después le señaló la bandeja con las tartas de queso, la nevera con las botellas de agua y los dos euros, e hizo un gesto de negación. Sacó veinte céntimos de la caja y los puso en la mano de la niña. Luego volvió a señalar las tartas y la nevera.

—¿Lo has entendido? —preguntó en griego al tiempo que recuperaba la moneda de veinte céntimos. Terminó la lección dándole un pequeño empujón en el trasero, para que supiera que tenía que irse. La niña comprendió y se fue.

—¡Ay, pobrecita! ¡Se queda sin comer! —dijo la vendedora con pesar.

A su compañera le pareció inútil comentar lo evidente y volvió en silencio al horno.

Aquella noche la negrita apareció de nuevo en el chiringuito, acompañada del hombre que la llevaba por las mañanas al parque. Le mostró los dos euros que llevaba en la mano y luego, la caja. La vendedora se dio cuenta de lo que pretendía y sacó una moneda de veinte céntimos.

—La tarta de queso ha subido veinte céntimos —explicó.

El negro de la cabeza rapada asintió con una sonrisa y acarició el pelo rizado de la pequeña. El día siguiente la negrita llevaba dos euros con veinte.

—¿Lo ves? Se ha quedado un día sin comer y lo ha comprendido —exclamó en tono triunfal la compañera, orgullosa de que su trato cruel hubiera demostrado ser más eficaz que la bondad, como ocurre siempre.

El viejo no sabía nada de todo eso, ni siquiera sabía que la negrita se alimentaba a base de tartas de queso y agua porque, cuando llegaba a su banco, ella ya había terminado de comer y estaba jugando sola. Al principio el viejo no prestó atención a la niña. Se sentaba en el banco y apoyaba el bastón entre las piernas. Al cabo de media hora cambiaba de postura. Dejaba el bastón a un lado, se reclinaba en el respaldo y enlazaba las manos sobre la barriga. Su mirada vagaba por el horizonte, a unos treinta metros de él. Quién sabe. Quizás añoraba los viejos cafés que antes rodeaban la plaza y donde se podía pasar el día entero con un café, mirando a los amigos que jugaban al



chaquete. Los cafés fueron sustituidos por las cafeterías modernas. Una vez intentó sentarse en una de ellas, aunque no sin muchas reticencias, porque no le gustaban las sillas de plástico ni las mesas metálicas. Para él, los cafés han de tener sillas de madera con asiento de enea y mesas también de madera, para estampar encima las cartas de la baraja y hacer temblar los vasos de la mesa contigua. Decidió ir de mala gana, porque no le quedaba más remedio. Apenas se hubo sentado y ya estuvo allí el camarero. Quiso pedir un café dulce, pero el muchacho se le adelantó.

—Abuelo, la cafetería es para jóvenes, aquí no te encontrarás a gusto —le dijo y añadió—: Además, podrían gastarte alguna broma pesada y amargarte el día. —A continuación señaló el banco—. ¿Por qué no vas a sentarte allí? —propuso—. Mira, los bancos están recién pintados y han plantado parterres. Estarás más cómodo bajo los árboles.

El viejo quiso decirle que, en sus tiempos, los paisajes románticos consistían en pinos, tomillo y florecitas silvestres, y no en tres parterres plantados para fingir zonas verdes con vistas a los Juegos Olímpicos. Pero se calló porque, de pronto, le invadió un gran temor. Que el camarero cambiara de actitud y del paisaje romántico pasara a las vejaciones. Ya sabía que era «un viejo de mierda», pero una cosa es saberlo y otra muy distinta que te lo griten en público. Cruzó en silencio la calle estrecha y se sentó en el parque. A partir de aquel día se sentía agradecido de que le dejaran el banco libre. Claro que pasar de la mesa fija en el café al banco fijo en el parque suponía un retroceso, aunque se alegraba de poder conservar al menos un lugar propio.

Fue la negrita la que primero se fijó en el viejo. Seguramente le llamó la atención su actitud, sentado así con la espalda apoyada en el banco, la mano derecha en el bastón y los ojos cerrados. A lo mejor, hasta llegó a pensar que estaba muerto. Los niños pequeños confunden fácilmente el sueño con la muerte. Por los ojos cerrados y la inmovilidad, no por filosofar sobre el tema, como los mayores. Se acercó, pues, para verlo de cerca y examinarlo con más detenimiento.

Pero el viejo ni dormía ni estaba muerto. Por entre los párpados entornados espiaba a la niña que se acercaba. La vio detenerse delante de él y observarlo. Entonces abrió los ojos de golpe y la amenazó con el bastón.

—¡Largo de aquí, negrata! ¡Vete! —le gritó, pero no tenía fuerza suficiente para sostener el bastón en alto mucho rato y pronto tuvo que bajar la mano.

La negrita no se asustó demasiado. Se limitó a retroceder y siguió observándolo con curiosidad. Él murmuraba un monólogo exasperado.

—Negros, egipcios, albaneses, de todas partes... Si ahora lo raro es oír hablar griego por la calle... Y luego dicen que estamos en democracia... ¡En tierra de nadie, estamos! Metaxás<sup>[14]</sup> no permitió que nos invadieran los italianos y los de ahora van y dejan entrar a los albaneses y a los negratas...

La niña escuchaba con atención las palabras del viejo, aunque no entendía nada. Seguramente le resultaba interesante su imagen, la forma en que se inclinaba para mirarse las puntas de los zapatos mientras hablaba solo. Sin embargo, no tardó en perder el interés. Llegó el turno de tarde de los asiduos del parque, y la negrita corrió a participar en el mismo simulacro de juego que había hecho por la mañana, en la periferia del grupo de niños.

Al día siguiente cayó un chaparrón a primera hora de la tarde, y el viejo no fue al parque. La negrita buscó refugio bajo el tejadillo del chiringuito. La vendedora la vio pegada a la pared para no mojarse y se apiadó de ella. La hizo entrar en el chiringuito y le ofreció un taburete.

—Es una pena, pobrecita, quedará empapada —se justificó ante su compañera.

La otra quiso decirle que no era asunto suyo cuidar de niños desconocidos y que la clientela no vería con buenos ojos que una negrita estuviera sentada en el taburete observándolos. Por no mencionar que «negro» significa, ante todo, «sucio» y que esto podía ahuyentar a los clientes. Pero prefirió no discutir con su compañera de trabajo y siguió ordenando en silencio las latas de naranjada en la nevera. A fin de cuentas, no llueve todos los días.

La vendedora interpretó el silencio de su compañera como aceptación, sacó una tarta de espinacas del mostrador y la ofreció a la niña. La otra tampoco protestó, aunque pensó que, si el día siguiente también llovía, debería poner freno a la generosidad de su colega.

Por suerte, a última hora de la tarde dejó de llover. Por la mañana salió el sol y secó los bancos del parque. Así la niña pudo corretear de nuevo a sus anchas y el viejo volvió a encontrar su banco. Y otra vez llamó la atención de

la pequeña, aun sin proponérselo. Ella se acercó y se puso a observarle. En esta ocasión no se había reclinado en el respaldo del banco ni tenía los ojos entornados. Apoyaba ambas manos en el puño del bastón y mantenía los ojos bien abiertos, aunque contemplando un punto indeterminado.

Al final, la presencia obstinada de la niña le obligó a dirigir la mirada a ella. Fiel a sus principios y a sus prejuicios, cogió el bastón y la amenazó con él.

—¡Vete, lárgate! No te acerques, no quiero pillar tus piojos. Sólo me faltaría eso, en mi situación.

El viejo no se dio cuenta enseguida de que la niña estaba sola en el parque. Lo descubrió un día por pura casualidad. Miró a su alrededor y no vio a ningún otro negro. Entonces dedujo que la pequeña se encontraba sola. Al principio pensó que su acompañante habría ido a hacer algún recado, pero al observar lo mismo el día siguiente y el otro, comprendió que la niña se quedaba sin compañía. «Fíjate —se dijo—. Dejan a sus críos en el parque como si fueran perros abandonados. Si no vuelven a casa por la noche, ni preguntarán si se han perdido o los ha atropellado un coche. Se alegrarán de tener una boca menos que alimentar».

Este pensamiento satisfizo sus convicciones, aunque no su curiosidad. De forma que, cuando al día siguiente volvió a ahuyentar a la niña con la amenaza del bastón, se arrepintió enseguida. Dio la vuelta al bastón y, en lugar de agitarlo contra la pequeña, lo agitó señalándose a sí mismo, al tiempo que susurraba «ven, ven», con esa hipocresía edulcorada que sólo los viejos dominan a la perfección.

—Ven, acércate, quiero decirte una cosa...

La negrita había retrocedido dos pasos, como hacía siempre que el viejo la amenazaba con el bastón, y seguía observándolo con curiosidad renovada. Era como si jugaran cada día al mismo juego. El viejo la amenazaba con el bastón y ella se apartaba un par de pasos y se quedaba mirándolo con curiosidad. Esta vez, sin embargo, la sorprendió el cambio en el tono de voz del viejo y se entretuvo para escuchar un poco más. No entendía qué le decía, pero el sonsonete tembloroso de su voz le resultaba agradable. El viejo se dio cuenta, dejó el bastón a un lado y la llamó con un gesto de la mano.

La niña se atrevió a acercarse un pasito.

—Ven, siéntate a mi lado —indicó el viejo, y dio una palmadita al asiento del banco para transmitirle que la invitaba a sus aposentos. La niña, sin embargo, no se atrevía a acercarse tanto. Hasta hacía un momento, el viejo la amenazaba con el bastón, y esa amabilidad tan repentina le resultaba sospechosa.

El viejo comprendió que la negrita no estaba dispuesta a sentarse a su lado y se apresuró a formularle la pregunta que lo carcomía antes que se marchara.

—¿Estás sola? ¿No tienes a nadie que te acompañe? —Su voz había perdido el dulce sonsonete y la pequeña se alejó corriendo.

El viejo, sin embargo, no iba a desistir tan fácilmente. Volvió a intentarlo al día siguiente. Esta vez, procuró no asustarla con el bastón. Recurrió enseguida al sonsonete melindroso y al «ven, ven, que te diré una cosa...». Y la invitó de nuevo a sentarse a su lado dando palmaditas en el asiento del banco.

El bastón que no la amenazó, por un lado, y el dulce tonillo que se repitió, por el otro, indujeron a la pequeña a acercarse más, aunque no llegó a sentarse en el banco. Seguramente buscaba la manera de pasar el rato hasta que llegara al parque el turno infantil de la tarde.

—¿Vienes sola aquí? ¿Dónde está tu madre? —preguntó el viejo a la niña.

Por el tono de voz, ella supo que el viejo quería charlar, así que decidió quedarse, aunque ya iban llegando los primeros niños. Tal vez le pareció más interesante jugar a adivinar qué le decía el viejo que seguir de lejos los movimientos de los niños.

—Os abandonan en el parque como si fuerais perros. Entiendo que tu madre tiene que trabajar para alimentarte, pero ¿no habría sido mejor quedaros en vuestra casa? Ojalá supiera qué tiene este país que os atrae a todos. Es un lugar de mierda. Allí estarías en tu pueblo, y los pueblos son otra cosa. Conoces a todo el mundo y todos te conocen, siempre hay quien te ofrece un plato de comida en un momento de necesidad. Aquí estás en tierra extraña. Cuando yo vine a Atenas tenía veinticinco años, y esto todavía era un pueblo. Ahora vivo en el extranjero. Ni los conozco ni me conocen.

La negrita, absorta en el monólogo del viejo, se había olvidado de jugar.

No entendía ni una palabra, aunque quizás el tono de su voz le recordara los viejos de su tierra. Todos los viejos de todos los lugares y latitudes del mundo hablan de la misma manera y agitan el bastón del mismo modo. Las generaciones cambian, pero los viejos son siempre los mismos.

—¿Y te pasas el día entero aquí sola? —prosiguió él. Ahora la miraba a los ojos. La mirada de la niña delataba que no entendía nada de lo que le decía, pero no le importó en absoluto—. ¿Y quién soy yo?, te preguntarás. Otro tipo solitario. No soy un negrata, como tú, soy griego. En tu caso, se entiende, pero ¿en el mío? Al menos tú puedes corretear de un lado al otro. Yo me quedo sentado durante horas en este banco, hasta que me levanto para ir a casa a sentarme en el sillón. Debes caminar, dice el médico del seguro. Ya camino, pero ¿qué quieres que te diga? Voy arrastrando los pies porque lo manda el médico. —Contempló a la niña como si le acabara de ocurrir una idea genial—: Oye, allí, en tu aldea, los negros viejos se sientan con las piernas cruzadas al suelo, delante de sus chozas, y los jóvenes pasan y les besan la mano, ¿verdad que sí? Aquí nos sentamos en un banco y ni nos miran siquiera. Y el médico del seguro me grita al oído, como si estuviera sordo. Si es viejo, piensa, o está sordo o chochea, lo mejor será gritarle.

De repente, como si se avergonzara de haberle confesado sus debilidades o como si la considerara responsable de sus desgracias, agarró el bastón y empezó a agitarlo.

—Ya basta, vete de aquí. ¡Vete, negrata, largo!

La negrita hacía rato que había asumido los cambios de humor del viejo y no se asustó. Corrió hacia los niños y reemprendió su juego solitario de siempre.

A lo largo de los días siguientes, aquel encuentro del viejo con la pequeña se convirtió en una rutina. El viejo se reclinaba en el respaldo del banco, cerraba los ojos y dormitaba durante media hora. Mientras dormía, la niña no se acercaba. Esperaba que abriera los ojos y la llamara, siempre de la misma manera:

—Ven aquí... ven... que te diré una cosa...

La niña siempre aceptaba la invitación, como si visitar al viejo formara parte de su agenda diaria. Y él le contaba siempre las mismas penas y los mismos lamentos, hasta que se hartaba y la echaba con el bastón.

La relación se estrechó más cuando, por fin, la niña respondió a la invitación persistente del viejo y se sentó a su lado en el banco. Cruzó los brazos y lo miró, esperando que iniciara el sonsonete incomprensible de todos los días. Pero esta vez oyó cosas distintas, al menos eso le pareció, a juzgar por el cambio de su tono de voz. Como si quisiera recompensarla, el viejo empezó a hablarle de su hija, que estaba casada en Canadá y cada año por Navidad le enviaba una postal escrita en inglés y un jersey de lana. En casa tenía catorce jerséis, tantos como años llevaba su hija en Canadá, todos por estrenar, porque estaban hechos para el clima de Canadá y, si te los ponías en Atenas, te asfixiabas de calor. A veces se cabreaba al pensar que su hija había olvidado hasta el clima de Atenas y que lo confundía con el de Vancouver; otras veces se lamentaba de ello.

Aquel fue el principio de una hermosa amistad, como dijo Humphrey Bogart a Claude Rains en la película *Casablanca*. El viejo invitaba a la niña a su banco y ella se sentaba a escuchar sus monólogos. Seguía sin entender nada, aunque la inflexión de su voz y la expresión de su rostro, surcado de arrugas incontables que se contraían y se dilataban, la ayudaban a imaginar sus propias historias. Del viejo aprendió su primera palabra en griego: «abuelo».

—Yo soy el abuelo —le repetía—. Abuelo... di «abuelo»... —Y silabeaba la palabra.

La negrita pronunció mal la palabra repetidas veces, hasta que consiguió aprenderla. Se sentaba junto al viejo y, cada vez que se acordaba, gritaba sin que viniera a cuento: «¡Abuelo! ¡Abuelo!» Pero llegaba un momento en que se aburría, se levantaba del banco e iba a jugar. El viejo se indignaba por el abandono, pero la niña no volvía, por mucho que la llamara. Entonces el viejo recordó el viejo arte de la compra de la amistad. Unos días después llamó a la negrita:

—Ven, que tengo una cosa para ti. Ven...

Y sacó un caramelo del bolsillo de su chaqueta. Empezó a agitarlo, pero cuando la negrita se acercó para cogerlo, lo retiró bruscamente y exigió que antes se sentara a su lado. A partir de ese día el viejo siempre llevaba en el bolsillo una provisión de caramelos para atraer a la pequeña, aunque ella sólo se quedaba a su lado hasta que la golosina se deshacía en su boca. Alguna vez

que quiso masticarla para terminar antes, el viejo la detuvo, agitando un dedo:

—No..., nunca... —le advirtió—. Se te estropearán los dientes.

Al principio lo decía para evitar que la niña hiciera trampas para terminar antes, pero al poco tiempo empezó a preocuparse de verdad. Un día, cuando un chico empujó a la negrita para apartarla y la tiró al suelo, el viejo le gritó y lo amenazó con el bastón.

Y así ocurrió que el viejo empezó a pasar más tiempo en el banco. Se decía a sí mismo que era porque hacía mejor tiempo y no tenía por qué apresurarse en volver a su pisito de dos habitaciones. En el fondo, sin embargo, se quedaba para cuidar de la niña, aunque no quisiera admitirlo ni ante sí mismo. Y acabó conociendo al negro de cabeza rapada que iba al parque a recogerla. En cuanto entraba en el parque, la niña lo dejaba todo, corría a su lado y le cogía la mano. En un par de ocasiones, señaló al viejo y dijo: «¡Abuelo! ¡Abuelo!» El hombre sonrió y le habló en una lengua incomprensible. El viejo tenía ganas de decirle que la gente no deja a sus hijos abandonados como perros en el parque. Pero lo vio tan alto, fuerte y rapado que prefirió callar. Era negro, es decir, imprevisible. A saber cómo reaccionaría. También temió otra cosa. Que hiciera caso de sus comentarios y no llevara más a la niña al parque.

La relación de la pequeña con el viejo, que siempre llevaba un surtido de caramelos para atraerla y se quedaba hasta tarde para cuidar de ella, prosiguió a lo largo de varias semanas hasta que un día el viejo dejó de ir al parque, así, sin aviso previo. La negrita se extrañó al principio, miraba en silencio el banco vacío pero, transcurridos algunos días, otros empezaron a ocupar el asiento del viejo y ella reemprendió sus actividades habituales, que consistían en esperar el turno infantil de la tarde para jugar en su periferia.

La ausencia del viejo habría pasado desapercibida por completo si una de las mamás de la tarde no hubiese dicho a las demás:

—¿Os acordáis del viejecito que se sentaba en el banco de enfrente?

—¿Quién? ¿El que jugaba con la negrita?

—Sí. Lo encontraron muerto en su casa. Se ve que alguien entró a robar, lo encontró dentro y le mató.

—¡Santo Dios! En qué mundo vivimos, Dios mío... —dijo una de las

madres, santiguándose, como si antes no supiera en qué mundo vivía.

—¿Lo han cogido? —preguntó otra.

—Qué van a coger —respondió la primera con sarcasmo—. Se ve que los conocía, porque no habían forzado la puerta ni las ventanas. Esto significa que les abrió él mismo. Al menos, eso cree la policía.

—Ya, bueno, la policía no se entera de nada —intervino en tono despectivo la mujer que se había santiguado.

Era cierto que la policía no sabía nada. Y nunca se habría enterado de no ser porque una de las vecinas del viejo pasó casualmente por el parque en el momento en que el negro con la cabeza rapada llegaba para recoger a la niña y llevarla a casa. Entonces corrió a la comisaría para decirles que le había visto merodeando cerca del piso del viejo.

La policía no tuvo que investigar mucho para descubrir que el viejo jugaba por las tardes con la negrita, que solía llamarle abuelo. Tampoco tuvo dificultades con el negro, ya que este confesó casi enseguida el asesinato y delató a su cómplice.

—Ellos son así —comentó la primera madre con despecho—. Confiesan con la misma facilidad con la que matan.

El único problema, si se puede hablar de problema alguno, era la negrita. Los vecinos del inmueble donde vivía nunca habían visto a una mujer en el piso. Sólo al hombre y a la niña, a la que consideraban su hija. Cuando la policía registró el apartamento, encontró sólo un colchón y un catre, donde al parecer dormía la pequeña. Las camas estaban hechas y la casa, impoluta. Ni un vaso sucio en la cocina.

Así la negrita acabó en un orfanato. El personal de la institución intentó preguntarle su nombre, pero descubrió que no sabía griego. Se dirigieron a ella en inglés y en francés, sin resultado alguno. Sólo hablaba una lengua extraña que nadie entendía y algunas veces pronunciaba la palabra «abuelo». De modo que decidieron llamarla Marina. Claro que hubieran podido averiguar su nombre por el padre, pero ¿qué más daba? Cualquiera sabía cuándo saldría de la cárcel y cualquiera sabía, además, si querría recuperar a su hija. Mejor para ella tener un nombre griego.

La negrita pronto se acostumbró al nombre Marina y aprendió el griego tan bien que la palabra «abuelo» ya no le causaba ninguna impresión. En



menos de un año, se había convertido en una auténtica griega, con excepción de su color. Es una forma de integración.



PETROS MÁRKARIS, (Estambul, 1 de enero de 1937) es un traductor, dramaturgo, guionista y narrador griego, conocido ante todo por sus novelas policíacas protagonizadas por el comisario Kostas Jaritos. Nació en Turquía en una familia cristiana, de padre armenio y madre griega. Hizo la secundaria en el colegio austriaco San Jorge, en Estambul, y después estudió Economía en Grecia, Turquía, Alemania y Austria antes de especializarse en la cultura alemana y dedicarse a la traducción de autores como Bertolt Brecht, Thomas Bernhard o Arthur Schnitzler. Muy elogiada ha sido su traducción de Fausto de Goethe. Como miembro de la minoría armenia, durante muchos años no tuvo ninguna ciudadanía; obtuvo la griega después de la caída de la Dictadura de los Coroneles y el retorno de la democracia en 1974, junto con el resto de los armenios que vivían en Grecia. Residen en Atenas desde los años cincuenta. Comenzó su carrera literaria en 1965, como dramaturgo, con la pieza Historia de Ali Retzos. Desde entonces ha escrito otras obras de teatro, guiones cinematográficos y su famosa serie detectivesca del comisario Jaritos, cuyas novelas han sido traducidas a numerosos idiomas. Ha colaborado asiduamente con el director de cine Theo Angelopoulos, con el que ha coescrito los guiones de cinco películas. Ha obtenido el VII Premio

Pepe Carvalho 2012.

# Notas

[1] Chipre e Imia representan derrotas políticas y territoriales frente a Turquía. Aquí Adriani mezcla el fútbol con la política. (*N. de la T.*) <<

[2] Iniciales en griego de Centro Atlético Olímpico de Atenas. (*N. del E.*) <<

[3] En Grecia, la mano levantada con los dedos abiertos es un gesto obsceno.  
(*N. de la T.*) <<

[4] Se refiere a la liberación de los nazis, cuando el ejército alemán se retiró de Atenas tras cuatro años de ocupación. (*N. de la T.*)<<



[5] Se refiere a Kostas Kenderis y Katerina Zanu, los velocistas griegos que fueron descalificados para los últimos Juegos Olímpicos por haber fingido un accidente en moto para evitar un control antidoping. (*N. de la T.*) <<

[6] Se trata de dos municipios al norte del centro de Atenas.(*N. de la T.*) <<

[7] *Música eslovaca. (N. de la T.)* <<

[8] Uno de los barrios más poblados de Atenas. (*N. de la T.*) <<

[9] Barrio periférico popular de Atenas. (*N. de la T.*) <<

[10] En griego, las letras «a» e «i» juntas forman diptongo y se pronuncian como una «e», excepto cuando la «i» lleva diéresis. (*N. de la T.*) <<

[11] El golfo del mar Egeo donde se encuentra el puerto de Salónica. (*N. de la T.*) <<

[12] Llaman «vaselinas» a los seguidores del Panathinaikós. (*N. de la T.*) <<



[13] Se trata de dracmas, antes de la introducción del euro. (*N. de la T.*) <<

[14] Dictador ultraderechista, primer ministro de Grecia desde 1936 hasta 1940. No permitió la entrada de las tropas de Mussolini en territorio griego.  
(*N. de la T.*) <<